Alfredo Maria Bonanno.

AUTOGESTIÓN

EDICIONES CRIMENTAL
Valle del Maipo, Enero 2016
ediciones.crimental@riseup.net
https://edicionescrimental.wordpress.com/

NINGÚN DERECHO RESERVADO
Alentamos la reproducción total o parcial de esta obra, mediante cualquier medio.
Se repúdia cualquier intento de lucro.

Diseño y diagramación:
Ediciones Crimental

PIRATEA Y DIFUNDE

Ingredientes

A Modo de Prologo.....8

El Concepto de Autogestión.....14

1.Autogestión de la producción...14

2.Autogestión de la lucha.....18

3.Autogestión de la revolución...21

Autonomía y Autogestión.....32

1.- Autonomía del individuo.....32

2.- Autonomía de la clase trabajadora.....45

La Lucha por la Autogestión....59

1.- Conquista por la autonomía...59

2.- Superación de la división del trabajo.....63

3.- Conquista de la información..68

4.- Desarrollo de la capacidad creativa.....76

5.- Autogestión y expropiación revolucionaria.....82

Anarquismo y Autogestión.....88

1.- Superación del anarquismo idealista.....88

2.- Las bases de un
anarquismo materialista.....98
3.- La historia y el hombre.....107
4.- El determinismo dialéctico..114
5.- El voluntarismo anarquista..119

La Contra Partida.....123
1.- Los partidos de
trabajadores.....123
2.- Los sindicatos de
trabajadores.....127
3.- El capitalismo.....135
4.- El Fascismo.....143

La Ideología de la Producción..151
1.- El Neoliberalismo.....151
2.- El socialismo autoritario...155
3.- El Neofascismo.....161

Lucha de Clases y Autogestión..163
1.- El problema de la
elección de medios y como
condicionan los fines.....163
2.- Elección de medios y aumento
del movimiento obrero.....172
3.- Cohabitación con el
poder y autogestión.....180

4.- Alternativa a la ideología
de la producción.....191
5.- La destrucción del trabajo...195
6.- Técnicas de sabotaje.....200

Autogestion y
Elección Económica.....209
1.- España.....209
2.- Yugoslavia.....216
3.- Alemania Federal.....221
4.- Checoslovaquia.....224

Autogestion Anarquista.....230
1.- La actuación de la
minoría anarquista.....230
2.- El problema organizativo....241
3.- El sistema de valor.....253
4.- Unidad productiva de base...268

A MODO DE PROLOGO[1]

1 Palabras previas aparecidas en la edicion de Cuadernillos Incendiarios del 2010, las hemos mantenido por que de dicha edicion extrajimos el texto y compartimos el fondo de recomponer a la practica de la autogestión su sentido revolucionario y su caracter antagonico a las estructuras de poder o que apelan a serlo, clarificando conceptos y manteniendo posturas firmes para no caer en el juego de la recuperacion reformista ni en el mero autofinanciamiento o solo como un concepto economicista. (N.del E.)

"Desde hoy, cara a cara, mostrando los dientes al enemigo. Desde hoy, temidos y no humillados. Desde hoy, en estado de guerra contra la sociedad burguesa. Todo, en el actual mundo capitalista, es indignidad y delito; todo nos da vergüenza, todo nos causa náuseas, nos da asco. Se produce, se sufre y se muere como un perro. Dejad, al menos, al individuo la libertad de vivir dignamente o de morir como hombre, si vosotros queréis agonizar en esclavitud. El destino del hombre, se ha dicho, es aquel que él mismo se sabe forjar; y hoy no hay más que una alternativa: o en rebeldía o en esclavitud"

- Severino di Giovanni,
bajo el seudónimo de Briand

Desde algún tiempo, la autogestión se está convirtiendo en la poción mágica de la cual beben diversas agrupaciones políticas y gubernativas[2], y "Ante las diversas formas de entender la autogestión que defienden siglas, movimientos, corrientes y países, y ante la constante manipulación que se hace de esta palabra, rebajando la auténtica dimensión de la autogestión a una prolongación de lo establecido"[3], esta es la principal razón del porque este libro escrito por Alfredo Maria Bonanno y editado por "campo abierto"en 1977 es de tanta actualidad y es ahí donde radica la importancia de su reedición.

Este libro es una denuncia, ejemplificada principalmente en el engaño del poder del bloque socialista y los sindicatos hacia el mismo pueblo que dice liberar, hoy podemos perfectamente conectar su acertada critica con los procesos "revolucionarios" llevados

2 Como ejemplo podemos citar, a algunas facciones de las juventudes comunistas(JJCC), organizaciones sociales, ONGs, al MIR, colectivos mapuche, grupos anarquistas y antiautoritarios, e incluso al mismo Estado Chileno con su proyecto de autogestión de los hospitales.

3 Prologo de la edición de 1977 escrito por el colectivo libertario Zalua-Alía.

en territorios sudamericanos como Venezuela, Bolivia y en menor medida Ecuador, en estos países "En teoría los medios de producción pertenecen al pueblo, pero éste se encuentra ajeno a la toma de decisiones que cotidianamente los dirigentes de los partidos marxistas, al controlar el aparato de Estado, establecen respecto a los salarios, número de hijos, horas de trabajo, cultura, sexualidad, producción, distribución, consumo, política exterior, etc. la propiedad estatal y el estado-partido es quien determina las "reglas del juego" que deben ser reproducidas a todos los niveles de la vida. Es muy triste la paradoja en que se encuentra el pueblo, teniendo la propiedad pero no la capacidad de disposición. Los verdaderos amos son los que tienen el poder de decisión; decir que el pueblo es el propietario es lo mismo que no decir nada"[4].

La autogestión va mas allá de la gestión económica, es más que la expropiación de los medios de producción y su administración, la esencia de la autogestión es la persona consciente en su infatigable búsqueda de la libertad, es la practica cotidiana de las relaciones horizontales y equivalentes, para

4 Ibid.

disfrutar de la autogestión es necesario practicar la autonomía individual y colectiva, nunca permitiendo que otrxs decidan por nosotrxs mismxs, tanto dentro como desde fuera de nuestros colectivos y grupos de afinidad.

La rutina del trabajo y el aburrimiento que de el mismo expele, nos aleja de él. La autogestión tiene la gracia de dejar de producir cuando lo creamos prudente ya que no esta basada en la competencia, sino en la subsistencia, rompiendo con la lógica del capital y destruyendo la obsesión productivista con la cual hemos sido bombardeadxs toda nuestra vida, pero no nos engañemos la autogestión no existe en una economía capitalista, cada proyecto de trabajo autogestionado en un mundo autoritario terminará transformándose siempre en cooperativas o instituciones cogestionadas, si lxs participes de estos proyectos están perfectamente conscientes de los limites de su organización y no se autoengañan, la respuesta a la preferencia de trabajar para un patrón o entre compañerxs es predecible.

Nos interesa abrir el debate y la autocrítica en el "movimiento" local sobre la eterna dificultad de solución de nuestros problemas

de subsistencia, entre nosotrxs mismxs no hemos puesto nuestra energía en la organización de instancias económicas sustentables, ya sea por falta de interés , necesidad, comodidad o por que las experiencias organizativas no han dado los frutos esperados, este es una de los muchos obstáculos que debemos sortear en nuestra guerra contra la explotación.

La autogestión es parte de la lucha contra un sistema económico-socio-cultural opresivo, La autogestión es una aventura revolucionaria que nos permite, con errores y aciertos, la reapropiación de nuestras vidas. La autogestión en si misma es una lucha contra el poder.

EL CONCEPTO DE AUTOGESTIÓN

1.- AUTOGESTIÓN DE LA PRODUCCIÓN.

El problema de la autogestión está de moda. Más en otros países que en Italia, en todas partes se habla de esta "nueva" forma de organizar la producción. Algunos se proclaman favorables a la autogestión; otros la combaten sin saber bien de qué se trata, quedándose en la misma obtusa ignorancia. Los partidos políticos de izquierda arrancan consignas de todas partes, con un ojo en Yugoslavia y otro en Argelia. Los sindicatos se reservan la palabra esperando aplazar las cosas en un último intento de salvar la poltrona y su prestigio frente a los trabajadores.

También entre los trabajadores de izquierda fuera del área tradicional, el conocimiento de la autogestión es superficial y confuso. Quedaría el movimiento anarquista que por motivos que ya veremos más adelante, debería haber trabajado este problema: sin

embargo no creemos que lo haya hecho.

Queda por decir, que el principio autogestionario no puede ser separado de una crítica de la realidad en sus aspectos centralizadores. Para lo cual no basta con decir qué se entiende por "autogestión", sino que es necesario indicar los peligros de una versión economisista del problema y las deformaciones visibles en las diferentes tentativas ya realizadas.

Para cada hombre el concepto autogestión conlleva un aspecto técnico distinto; desde el punto de vista de la productividad y de la eficacia neocapitalista puede convertirse en una ulterior forma de explotación, más sutil y peligrosa.

No se puede considerar la autogestión como un asunto puramente técnico, encuadrado y codificado dentro de unas directrices precisas, incluso como iniciativa de la base, ni solamente como característica de la naturaleza técnico-organizativa. Esto significaría reducir la autogestión al problema de cómo hacer funcionar la sociedad futura, una vez que la actual sea destruida por el hecho revolucionario. Es obvio que esta concepción debe ser corregida. Autogestión es también,

y principalmente autogestión de las luchas que llevarán a las clases de productores y de explotados a destruir el poder patronal. En otras palabras no podemos esperar construir una sociedad futura autogestionada partiendo de una organización piramidal de la lucha, construida por un partido o por una casta dirigente de carácter profesional.

El problema no es solamente no es solamente qué hacer después sino principalmente, qué hacer en este momento para que después no nos encontremos delante de una estructura que vuelva inútiles los esfuerzos de los trabajadores.

De un estudio sobre la autogestión debemos esperar: aportes teóricos y técnicos sobre la posibilidad de funcionamiento de una sociedad autogestionaria, y también aportes sobre cómo autogestionar la lucha de hoy, frente a un enemigo que nos ataca y termina por instrumentalizar nuestras mismas consignas: incluida la de autogestión.

El poder podría hoy, en una situación de explotación capitalista, englobar la idea de autogestión, y transformarla en una explotación más refinada del trabajador. Este es el ejemplo que nos llega de los países donde ha

sido aplicada la autogestión, o donde se ha intentado en presencia de un poder centralizado de estructura burocrática. Está comprobado que el trabajador, que de esta forma cae en la trampa, lo único que llega a gestionar es su propia miseria.

Por tanto, primero, autogestión de la lucha, después, destruido el poder patronal, autogestión del trabajo de la sociedad.

El peligro mayor, en este sentido, podría venir de la colaboración que los sindicatos prestan a la patronal. A través de ella se podrían realizar procesos autogestionarios, en situaciones de programación centralizada, con lo cual habría un aceleramiento de la alienación, una explotación gestionada por el mismo trabajador, enmascarada bajo el símbolo de la autogestión y de la construcción progresiva de la sociedad de mañana.

Por este motivo debemos preguntarnos: autogestión sí, pero ¿con qué fines y a cuenta de quién? Si los fines están identificados con el productivismo, si un fatigado sistema económico encuentra la solución de sus propias crisis cíclicas al empujar a los trabajadores hacia la falsa perspectiva de una participación en la dirección de la

empresa; entonces, este tipo de autogestión no es la que buscamos. Del mismo modo, si la autogestión está organizada desde lo alto por cuenta de un partido, o de un grupo de personas que se arrogan el derecho de utilizarla para "construir el socialismo", tampoco esta nos interesa.

2.- AUTOGESTIÓN DE LA LUCHA.

La autogestión de la lucha y la organización de la economía presuponen la organización revolucionaria de la lucha decidida y determinada desde la base y la unión de las empresas de producción en manos de los trabajadores. Los partidos y los sindicatos mantienen que para llegar a ello se debe pasar por la fase experimental y provisional constituida por la lucha reivindicativa de conquista de mejores condiciones de trabajo; y también por la fase autogestionaria orquestada por los patrones y por sus intermediarios.

Para nosotros, lo que cuenta, es que estas proposiciones sean analizadas por la base tal como son; instrumentos de afirmación de un poder naciente que intenta sustituir al viejo

poder del capital. En contra ello, no existe otra solución que la lucha y la preparación metódica de las masas para la autogestión.

Aquí, el discurso pasa al plano organizativo del movimiento revolucionario que propone la autogestión. Si en la base de la propuesta militante hay una intención estructural, una intención centralizarte, ésta suena desafinada. Es en este sentido donde las propuestas marxistas dirigidas a sugerir la posibilidad de construir una sociedad futura en forma autogestionaria con la presencia de un Estado resultan poco creíbles. Incluso tratándose de un Estado proletario que asuma la tarea de centralizar cada forma de iniciativa popular, tanto en el marco de la lucha como en el más especifico de la organización técnica de las empresas productivas. En este punto, las mejores intenciones abortan en el stalinismo latente incluido en cada propuesta que hace de la supervivencia de la estructura misma.

Son evidentemente más lógicas algunas proposiciones marxistas que, como las de Humanité Rouge, critican abiertamente el concepto mismo de autogestión, considerándolo una teoría mal definida y contra-

dictoria, fruto de las reflexiones teóricas de los anarquistas y consecuentemente condenables como espontaneistas, contrarias a la dictadura del proletariado, etc. En cualquier caso, más lógicas que aquellas que pretenden utilizar instrumentos espontáneamente elaborados por los trabajadores para transformarlos en instrumentos de demagogia.

La prueba más válida de la situación de ruptura que existe hoy entre las tareas tradicionales de las organizaciones de los trabajadores (entre las cuales figuraba la huelga general, como antesala de la revolución social), y aquellas a las cuales se dedican hoy estas organizaciones, viene dada por el hecho de que la huelga, perdiendo su significado inicial de lucha directa, de lucha proveniente de la base, se ha transformado en un instrumento de búsqueda de compromisos políticos y económicos, a costa de los trabajadores. Y, como es natural, transformada la huelga, se transforma el concepto mismo de camino hacia la revolución social, que pasa a través de las organizaciones de los trabajadores. Con este desmoronamiento caen también los conceptos de "libertad en el trabajo" y de autogestión.

En este sentido decimos que la autogestión que proponen los políticos está vacía de contenido: es una fórmula abstracta que cuando ha actuado en ciertas situaciones históricas, a pesar del espíritu de sacrificio y a la iniciativa de los trabajadores, ha terminado siempre en un fracaso.

3.- AUTOGESTIÓN DE LA REVOLUCIÓN.

Nuestra perspectiva revolucionaria parte de una consideración fundamental: las revoluciones las hacen las masas y las hacen porque se encuentran en una cierta situación de explotación, de alineación, de eliminación progresiva de los aspectos positivos de la vida. La tarea revolucionaria es siempre un hecho complejo, colectivo de las masas en un momento de concienciación de clase, nunca un hecho elitista o reservado a algunos individuos.

Actualmente ya no es posible caer en la ilusión de un vago populismo o de un obrerismo programado a base de fórmulas.

No se puede tampoco dar crédito a una perspectiva universal de pacificación. El análisis de los intereses de las clases opues-

tas y de sus contradicciones es tan claro que no deja dudas, como podía suceder a los revolucionarios de 1848.

Si hay algo que la historia puede enseñar es que las revoluciones verdaderas, las que determinan el progreso, son llevadas por un movimiento de masas, un movimiento que tiene sus raíces en su situación objetiva de explotación, en la progresiva modificación y en el lento deterioramiento de las condiciones económico-sociales y culturales precedentes.

El hombre en la sociedad de consumo, se encuentra en una situación de autoexplotación. Todo le lleva a un callejón sin salida, donde el obrero que hace horas extraordinarias para comprarse un automóvil no puede después usarla por falta de tiempo. Todo en la sociedad de consumo actúa sobre el individuo llevándolo hacia una forma de explotación: su sitio en la sociedad depende a menudo del modo en que se viste, de la casa en la que vive y del automóvil que posee.

Cambiadas las condiciones externas de la gestión del poder, esta forma de autoexpolotación persiste y toma el nombre de autogestión de la producción en régimen centralizado.

En efecto, el concepto de autogestión parte del concepto fundamental de autonomía y de responsabilización de los individuos. Sólo obteniendo un mínimo de autonomía puede el individuo despertar sus propias fuerzas vitales que lo llevarán hacia horizontes más amplios de responsabilización: aquí empieza la historia de la autogestión.

La caída progresiva de las costumbres y de los modos de ser impuestos por la tradición, la anulación de los valores del pasado que soportaban los pilares fundamentales de la explotación, el desenmascaramiento lento y progresivo de las fuerzas que se escondían tras los tradicionales conceptos de patria, honor, familia, pureza, etc. Todo esto, en un conjunto orgánico, pone las bases de la autogestión.

Y, en esta dimensión, se coloca el proyecto revolucionario, como proyecto fuertemente autogestionario, no ciegamente confiado a la "buena voluntad" de los hombres o a la "armonía" de las leyes de la naturaleza.

La antítesis explotación-autogestión, se transforma en un binomio paralelo, cuando, o bien el proyecto revolucionario no deja clara la relación voluntad-cohesión, o bien

el aumento de los medios adoptados para desintegrar el sistema no consigue proporcionar aquellos elementos de liberación y de progresiva aniquilación de la gestión centralizada que son indispensables.

El proyecto revolucionario debe fundarse en la autogestion, pero ésta no pertenece a las condiciones esenciales que hacen posible el suceso revolucionario. Este puede realizarse incluso en ausencia, o con escasa conciencia autogestionaria, y por tanto estar destinado a un fracaso más o menos precoz, a un aborto en sentido autoritario. Las ilusiones de más o menos buena fe, como dictadura del proletariado y extinción progresiva del estado, no soportan el impetuoso avance de los acontecimientos.

Por ello los anarquistas hablan de autogestion de la revolución, preparando el terreno ante un enfrentamiento que podría resultar ruinoso para las masas, si el concepto de libre elección y de determinación de la base no encontrara suficiente lugar.

Como habíamos visto, el poder, en las actuales condiciones, explota todas las posibilidades que se abren delante de él para sobrevivir a las crisis cíclicas de su gestión

capitalista de la economía. Entre las soluciones, ha sido prevista y estudiada también la autogestionaria, bajo la forma de cogestión primero y de autogestion después. La idea vendría dada como continuación del consumismo: se asistiría a una reinversión notable y a un crecimiento de la producción, impensable hoy. La huelga resultaría ilógica (el obrero no podría, de hecho, estar en huelga contra si mismo, una vez que llegue a ser considerado dueño de la fábrica). Persistiendo la dirección centralizada de los sectores de la producción y la dirección capitalista de mercado, el sistema seguiría resistiendo hasta la próxima crisis, unos veinte años.

Escapar a esta nueva forma de explotación no es fácil. Primeramente, necesitaría salir de una vieja lógica sindical, reformista o interclasista, que tiende, como efectivamente sucede, a colocarse de lado del patrón para garantizar la supervivencia del sistema capitalista.

La idea más reciente es la de conseguir una integración entre agricultura e industria de modo más eficiente, para garantizar, en los países desarrollados que sufren desfases de producción y crisis monetarias, la superación de los momentos de mayor peligrosidad.

La lógica reformista sólo puede conducir a esas conclusiones. Queriendo a todo precio salvar el barco, no se dan cuenta cuando hay que abandonarlo por demasiado viejo e incapaz de navegar y se continua obtusamente tapando los agujeros mientras el agua ya llega al cuello.

En una crítica que la C.F.D.T[5] se hacía a sí misma se lee: "Es necesario rehusar la concepción puramente piramidal de la organización del poder, ya se presente en forma de pirámide jerarquizada, en forma de consejo de trabajadores, o en forma de centralismo democrático. La experiencia muestra, en efecto, que este modo de ejercitar el poder, fundado en una concepción rígida y jerarquizada de la delegación del mismo, pone en movimiento rápidamente un proceso de burocratización y tecnocracia".

No sabemos hasta qué punto estas afirmaciones son sólo palabras, pero desde luego es una crítica sincera. Es una alternativa que no puede perseguir un sindicato en cuanto tal, es decir en cuanto organismo fundado en presupuestos centralizados que hoy en día lo caracterizan.

5 Confederación Francesa Democrática del Trabajo (CFDT)

Del mismo modo, no estamos de acuerdo en la insistencia en las fórmulas del pasado, cooperativas, consejos de fábrica, comités de base, comités de sectores, etc., tal como fueron experimentados en situaciones históricas pasadas y en relaciones de producción en condiciones distintas.

Los peligros de aparición de soluciones de este tipo son evidentes. El trabajador no es propenso a hacer cálculos de lucha a largo plazo, prefiere ver las cosas en su realidad inmediata, determinada económicamente, presionado por la división del producto realizado y por la explotación consiguiente. Se le puede hacer un discurso más amplio de regeneración social, se le puede hablar de una perspectiva revolucionaria que intenta partir del hombre para construir una sociedad diferente, pero el primer discurso no debe ser abandonado. Lo que no significa, sin embargo, que este razonamiento deba de ser considerado por sí sólo capaz de proporcionar frutos notables. De la sociedad cooperativa de hoy no podrá salir más que una explotación más racionalizada ya que no existe ninguna educación para la colaboración.

De un posible y futuro cambio de línea

capitalista desde una economía de consumo elitista a una economía de consumo social, no puede salir más que una posterior explotación. La gran preocupación del capitalismo en torno al problema ecológico, no tendría ningún sentido si ni se viera a través de la lente de este tipo de modificación económica futura. En otras palabras, el capitalismo es explotación con el mar contaminado o sin contaminar.

Por ello los esfuerzos de los reformistas y de todos los que demuestran interés en frenar las luchas de emancipación de los trabajadores, van dirigidos, en cuanto al problema de la autogestion, a circunscribir esta forma organizativa al aspecto puramente económico.

Autogestion de la producción, únicamente de la producción. De lo cual se desprende lógicamente que no pudiendo existir autogestion de la producción por si misma, debe organizarse también la autogestión controlada por el Estado. En otras palabras, siendo ilógico pensar que los obreros de las industrias y los campesinos puedan autogestionar la producción sin estar en contacto con los demás sectores y problemas de la comunidad, la tesis autoritaria y reformista resul-

ta evidente: es necesaria una coordinación central, un punto de referencia central, que pueda prever los planes de producción y coordinar la compleja vida de la comunidad. Obviamente este punto central tendrá más asuntos de su incumbencia, los militares, de policía, legislativos, etc. volviendo a las dimensiones clásicas del Estado, pero bajo el nuevo aspecto de la autodeterminación de los trabajadores.

Siendo ésta la posición patronal y oportunista, incluso la organización que parta de la base con fines prefijados en la destrucción del poder central, resulta difícil de mantenerse.

Por tanto. Si la revolución debe continuar sirviéndose después de un centro organizador, más vale no destruir la maquina del Estado, sino dejarla intacta para después utilizarla en su plena eficiencia. Conclusión: separación definitiva entre conceptos de autogestión y revolución.

Muchos compañeros caen a menudo en este curioso error. Viendo cómo la idea de autogestion es explotada a nivel patronal y a nivel reformista, viendo que también los partidos políticos del área parlamentaria y los sindicatos hablan de autogestion, viendo

que incluso algún gran industrial empieza a hablar de cogestión como el camino que abra paso a la autogestion, concluyen que más vale buscar una nueva solución, dejando la autogestion de lado y los intentos de estudiarla y examinar sus defectos y virtudes.

El concepto de autogestion para nosotros es muy importante, porque representa una característica "compleja" que por motivos obvios, los traidores a la causa obrera no pueden aportar. El concepto de autogestion concierne al problema de la lucha por la emancipación (luchas reivindicativas y revolucionarias), y a las formas de organización de la sociedad futura. Considerar la autogestion como un problema de la naturaleza económica solamente, es cuestión de ignorancia o mala fe.

El concepto de autogestion en el sentido estatal, no comprende tal amplitud, se reduce al aspecto económico solamente. El concepto anarquista de autogestion se amplia a la toma de conciencia de los trabajadores, a la madurez de la clase explotada, para llegar a la construcción de la sociedad futura siempre a través del socialismo.

El examen del problema de la autogestion

proporciona los elementos clarificadores sobre la sociedad del futuro y sobre la posibilidad de prever su realización y defectos, nos habla también sobre las luchas de hoy y sobre las posibilidades de desarrollarlas al margen de a jerarquía seudorevolucionaria.

AUTONOMÍA Y AUTOGESTION

1.- AUTONOMÍA DEL INDIVIDUO.

El hombre tiene la obligación fundamental de asumir, frente a sí mismo, sus propias responsabilidades. No tanto porque tiene la posibilidad de razonar, o sea de escoger, como porque sólo a través de su propia responsabilidad puede ser auténticamente libre.

Naturalmente, esta formulación filosófica de fondo no tiene sentido preciso si se deja en la oscura noche de la metafísica. Realmente, no es del todo verdad que el hombre esté continuamente inmerso en un proceso de reflexión y de decisión: la mayoría de las veces, en la mayor parte de las acciones que cumple la vida y que constituyen la regla general del vivir cotidiano, actúa según la costumbre, se abandona al "dejarse vivir".

El hombre que vive asumiendo sus propias responsabilidades no es un hombre excepcional, ni por ello puede definirse anar-

quista, es únicamente un hombre que reconoce la obligación moral y las reglas fundamentales de vivir libre.

De este modo, construye día a día su "autonomía" basándola en las leyes que experimenta a través de la "experiencia" suya y de los demás, sin que ésta constituya para él puntos de referencia obligatorios, leyes. La mayoría de las veces, por tanto, sus acciones responsables, se realizan haciendo aquello que hacen los demás, pero ésto es siempre un decir hacer aquello que la propia responsabilidad moral tiene por justo, no habiendo en absoluto un salto de calidad cuando la propia responsabilidad moral decide algo diferente de lo que hacen los demás.

Es importante aclarar que el hombre que acepta totalmente las órdenes de otro hombre y las sigue sin someterlas a una crítica responsable, no es autónomo pero no por ello cesa se responsabilidad en las acciones que cumple siguiendo órdenes recibidas.

Es lógico que haya muchas acciones de la vida humana que se traspasen a un plano distinto de aquel de la responsabilidad personal, y es bastante razonable que así suceda. El que va al médico y sigue sus prescripcio-

nes, el que se confía a un arquitecto para el proyecto de un puente o de su casa o cualquier otra situación, delega su autonomía en las manos de otra persona que es técnicamente más hábil que él para tomar, en su puesto, ciertas decisiones: pero esta delegación nuestra debe ser siempre revocable según el giro de los acontecimientos y de las propuestas de aquél en quien hemos delegado.

Para un hombre autónomo no existen decisiones de otros hombres que puedan tomar la forma de "ordenes": de aquí el conflicto entre autonomía y autoridad en la perspectiva individual.

La autoridad es la posibilidad que alguien tiene de ordenar a los demás un cierto comportamiento activo o pasivo. Esta presupone, por tanto, la existencia de un poder que permite esta posibilidad de orden. Por este motivo no siempre es posible distinguir entre poder y autoridad. En principio el poder está constituido por todos los medios que alguien posee para ejercitar una autoridad(o sea una posibilidad de dictar normas de comportamiento activo o pasivo).

Los filósofos políticos han hecho una distinción entre poder y autoridad un tanto

diversa, complicando con ello las cosas increíblemente. Nos dicen: si un ladrón me constriñe con un arma a entregarle la cartera yo obedezco porque temo un daño mayor, pero no reconozco al ladrón ninguna autoridad sobre sí mismo, no reconozco más que un poder (fundado, realmente en el arma que empuña). Por el contrario, cuando el Estado me llama para el servicio militar, o para el pago de impuestos, obedezco porque le reconozco el derecho de hacer lo que hace, o sea, le reconozco autoridad.

El razonamiento está equivocado. La distinción entre poder y autoridad es de tipo metodológico y no sustancial: Obedezco al Estado que me obliga a cumplir el servicio militar, o apagar impuestos porque temo un daño mayor (pecuniario, personal, etc.), por tanto, es justo decir que reconozco al Estado un poder en todo similar al de un ladrón que empuña una pistola en la oscuridad de la noche, y una autoridad idéntica a la que el ladrón le viene de la pistola.

De este modo tenemos dos resultados: primeramente se han fundido los significados de autoridad y poder, desvaneciendo el sentido de la primera palabra si no está asis-

tido de la presencia de la segunda: segundo, se ha reducido el significado de poder al instrumento concreto a disposición de la autoridad para que pueda realizar lo que, de otra forma, quedaría en letra muerta.

Traspasando nuestro sencilla razonamiento al campo político, el Estado ya no es la organización a la que se le "reconoce" una autoridad suprema en el territorio donde se ejerce esta autoridad, sino la organización que posee los medios adecuados (el poder adecuado) para ejercitar la autoridad más fuerte en un territorio dado sobre los que, para evitar un mal mayor, acaban por reconocerlo.

La otra autoridad, la desligada del instrumento represivo del poder, la verdaderamente democrática, elaborada en los organismos asociativos de base, la que nace en las discusiones de las asambleas, nunca ha estado tomada en consideración. Y es sobre ésta sobre la que debemos poner nuestra atención.

En efecto, cuando me encuentro delante de un problema nuevo, puedo recibir dos "comunicaciones" del exterior; una, de tipo autoritario en el sentido tradicional, que me dice lo que tengo que hacer; la otra de tipo asociativo en el sentido nuevo y revoluciona-

rio, que me proporciona solamente la ocasión de entrar en contacto con el problema que desconozco, dándome al mismo tiempo motivos de elucidación sobre el por qué y las consecuencias de lo que tengo que hacer.

Se debe añadir, para evitar una crítica fácil, que este último comportamiento, para ser verdaderamente democrático, debe adoptar el mismo procedimiento no sólo en la decisión relativa a cierto problema, sino también en cuanto a la elección del problema mismo.

Con el procedimiento democrático, en la reunión, me encuentro en contacto con el problema, y realizo un proceso que permanece siempre autoritario (vista la necesaria presencia del compañero mejor informado), y está caracterizado por una autoridad que podremos definir como "persuasiva" y que no posee un instrumento idóneo para transformarse en autoridad "coactiva". Es decir está privada de poder en el sentido que antes habíamos visto.

Obviamente, este esquema sirve de modelo límite del comportamiento político pero, en realidad, el hombre se encuentra constreñido a luchar en particulares condiciones históricas que lo ponen en contacto

determinado con la autoridad. En efecto, hasta la autoridad más despótica del mundo, da razones para obedecer a sus imperativos y razones para combatirlas. Aquí está la dificultad de la solución del problema político y de la lucha revolucionaria. A medida que se pasa del régimen autoritario al social-democrático, aumentan las razones para obedecer a la autoridad estatal y se hacen más difíciles de individualizar las razones para combatirla y destruirla.

Esto es lo que caracteriza de un modo preciso el conflicto autonomía-autoridad en la vida comunitaria. El hombre está llamado a afrontar problemas mucho más complejos de los específicos de la vida individual. Para la mayor parte de los hombres la "comunidad" se presenta como algo extraño y enemigo, algo que se realiza concretamente bajo el aspecto de burocracia y de tradición. El Estado, con todos sus aspectos coercitivos; la cultura, en todos sus aspectos conservadores fundados sobre la tradición, acaban por construir al hombre individual una serie de obstáculos insuperables que lo separan de una toma de conciencia y además de una responsabilización de los problemas políticos. De este modo, cada uno se construye

una ética barata, reducible casi siempre a un concepto de obediencia a ciertas prescripciones, a ciertas personas que representan la autoridad de una manera más inmediata, a ciertos preceptos de orden general.

Es el aspecto político el que da significado a la autonomía moral, por lo que la posibilidad de separación entre empeño político y responsabilidad llega a ser puramente teórica.

Tenemos como consecuencia que la autonomía del hombre individual está relacionada a la toma de conciencia de ciertos hechos, a la documentación, al desarrollo de ciertos contactos ambientales. El poder democrático moderno se funda en la ignorancia y en la apatía de las masas, características éstas que son alimentadas certeramente por ciertas iniciativas.

La situación actual del capitalismo desarrollado requiere niveles tales de información que no es fácil para el hombre común, obtenerlos sin unos esfuerzos considerables. La estructura burocrática y tecnológica es tan compleja que puede poner en serio peligro la posibilidad de autonomía del hombre individual.

La solución más lógica es la de la democracia: los hombres no pueden pensar en ser autónomos hasta que no se den un gobierno

hecho por ellos, un gobierno que no sea sobre el pueblo o a favor del pueblo, sino un gobierno hecho por el pueblo. De esta forma, las órdenes de este gobierno serán legítimas porque será el pueblo mismo quien las ha dado. Se trataría, según esta concepción, del paso del concepto de autonomía del individuo al concepto de autonomía colectiva, de individuos.

Teóricamente la solución democrática debería empezar en la democracia directa: cada individuo se expresaría sobre cada acontecimiento y sobre todas las leyes, dando su asentimiento o su disconformidad. Pero, en la práctica, aparte de las cuestiones técnicas que hacen improbables la utilización de estos medios a amplia escala en la sociedad de hoy, queda el hecho de que la decisión del individuo, ante una determinada ley, no contemplaría el momento sucesivo, el de la aplicación coactiva de la ley se confía a un organismo investido, por esta misma razón, de un poder totalmente diferente al decisional que había llevado a admitir la oportunidad de la ley.

La solución más corriente sería, por tanto, la de un persistente conflicto entre deber e interés, que llevaría a la comunidad a una

situación tal que haría válida la intervención de instrumentos creados para la aplicación coactiva de la ley. De ahí a la formación de la ley sobre la voluntad y la autonomía individual al paso sería breve: sustancial modificación de un estado de derecho a un estado de fuerza.

Con la solución de la democracia representativa se superan algunos obstáculos: el del tiempo a dedicar a los asuntos políticos (no todos disponen de tiempo para ello), el de los conocimientos técnicos necesarios, el del número de personas que se debería consultar sobre cada disposición. Se trata de obstáculos que en realidad no existen y que han sido aumentados por aquellos que están interesados personalmente en que se realice la delegación del poder. Prácticamente todos deberían tener tiempo para dedicarse a los problemas políticos y la vida de hoy nos enseña cómo toda nuestra existencia está señalada por la dimensión política: lo mismo es válido para los conocimientos técnicos necesarios, salvo que se quiera tener presente la dimensión de la sociedad capitalista marcada por la clásica división entre trabajo manual y trabajo intelectual. Por lo que concierne, finalmente, al problema

del número de los individuos a consultar, sería también inexistente una vez que se parta del concepto asociativo, federativo y descentralizado de la estructura económica-social del futuro.

Pero el problema más importante, en este terreno, es éste: ¿puede la democracia representativa garantizar la autonomía del individuo, y al contrario, puede un hombre responsable sentirse comprometido en respetar las leyes aprobadas por los demás, incluso si son sus delegados?

Cuando alguien se encuentra en la imposibilidad de expresar su propia opinión o de tomar una decisión cualquiera acerca de un argumento de su interés, puede delegar a otro para que actúe en su lugar, definiendo los límites del mandato conferido.

Estamos frente al concepto de delegación que, en su visión original, debería servir como salvaguardia de la autonomía del individuo.

Pero los límites de la delegación de poder en la forma clásica son demasiado estrechos para poder identificarlos en el mandato parlamentario. En efecto, ¿Que es lo que determina mi elección de un candidato al parlamento? No son ciertamente las indicaciones precisas y detalladas sobre las futuras

leyes que él votará, que no conozco y que tampoco él conoce: la base de mi decisión la constituye su programa político, base muy aleatoria y vaga para poderla identificar con los límites precisos y circunscritos del mandato de representación.

Por tanto, dada la imposibilidad de un mandato preciso, dado que las decisiones tomadas en el parlamento serán tomadas en nombre de la nación y por tanto llegarán a ser coactivas para el individuo independiente de su opinión personal, que se verá de este modo privado de su autonomía y responsabilidad: dado que no existe otro camino para garantizar la obligación moral que, siendo necesaria para vivir en sociedad, solamente puede encontrar origen libertario en la decisión del individuo, el instrumento democrático entendido bajo forma de delegación representativa parlamentaria no tiene utilidad y debe ser criticado, atacado, boicoteado con todos los medios a disposición.

La cohabitación de la estructura parlamentaria con la estructura autónoma necesaria para la autogestion no es pensable. Están en contradicción fundamental. La primera utiliza formas democráticas que sólo

aparentemente tienen en cuenta la autonomía de la base, la segunda hace de esta autonomía al punto esencial de partida de todas las posibilidades constructivas. Una sociedad autogestionada que deja intacto su sistema de delegación no es solamente impensable, sino que aunque llegara a realizarse durante cierto tiempo, estaría dirigida al fracaso total y hacia una dictadura.

Todas estas reflexiones sobre la autonomía del individuo, en cuanto tal y como elemento de una comunidad, nos llevan directamente ante el problema de las clases y de la contraposición de clases.

No es cierto que hablar de "autonomía del individuo" excluya la posibilidad de un razonamiento de clase, en cuanto no es cierto que el individuo sea una creación de la fantasía filosófica reaccionaria. El individuo es una realidad concreta de la cual no se puede prescindir en un razonamiento de clase, si no se quiere transformar el proyecto revolucionario de liberación en un proyecto autoritario. El modo más expedito de acabar con el individuo es el partido y el centralismo, estructuras mentales concretas que lo ahogan en nombre de un pretendido interés superior.

Por el contrario, aclarando las condiciones que garantizan la autonomía del individuo, resulta mucho más simple deducir el paso a las condiciones a que aseguren la autonomía de la clase explotada. De hecho, la responsabilización hacia las propias acciones y las propias ideas es condición esencial para la construcción de una perspectiva concreta en el conflicto de clase: una perspectiva que prevenga de la base y que se dirija hacia un socialismo antiautoritario. La negación de la validez del sistema representativo, el examen de los límites de la delegación, son también condiciones indispensables al trabajo constructivo de todo lo dicho. Lejos de ser elementos de una torre de marfil donde el privilegiado acaba encerrándose, estas condiciones de la autonomía del individuo son la base esencial de la autonomía de la clase explotada.

2.- AUTONOMÍA DE LA CLASE TRABAJADORA.

El camino que se presenta ante el proletariado en lucha ésta obstaculizado. Los partidos reformistas, los sindicatos, los patrones han hecho coalición para impedir cualquier

crecimiento de los niveles de lucha y cualquier conquista que abren el camino a la radical transformación revolucionaria de las relaciones de producción.

La alternativa proletaria es sólo una: construir el comunismo directamente, pasando sobre las construcciones burocráticas contrarrevolucionarias. Para llegar a esto es necesario un análisis rápido inmediatamente y se deben materializar aquellos elementos mínimos de la autonomía de base que son los núcleos productivos.

Estos núcleos, en nuestra opinión, no deben ser confundidos con la fábrica, el taller; el concepto debe extenderse a la visión global de la fábrica, barrio, escuela, campo. En esta globalidad debe ser reinterpretada la visión de la autonomía de la clase trabajadora en relación a la autonomía del individuo, elemento de constante y de enmienda de las eventuales tendencias a construir la primera en prejuicio de la segunda.

Si hubo un tiempo en que la posibilidad revolucionaria podía ser confundida con el simple hecho de la expropiación de los medios productivos (sobre lo que todavía perdura el equivoco marxista), ahora sabe-

mos con certeza que los mismos burgueses están dispuestos a transformar su titulo de propiedad a condición de que sea garantizado, bajo distinto aspecto, la continuación de la explotación. El paso "suave" al socialismo de Estado es la perspectiva más difundida en el ambiente "progresista" de la burguesía.

Contra semejante fracaso la clase trabajadora debe construir los medios adecuados a la lucha y a la reconquista de la perspectiva revolucionaria.

El examen analítico de la "clase" trabajadora podría ser un asunto bastante complejo. A menudo, los compañeros prefieren volver al análisis marxista, incluso al más sofisticado, para salir rodeados de gloria con afirmaciones que intentan limitar "el uso de Marx" a lo más reducido posible (en general identificado con el análisis económico y con el materialismo histórico), para construir las verdaderas perspectivas libertarias de la autonomía de los trabajadores y de su lucha.

Francamente nunca he podido decidirme a tanto. Quizá porque siento aversión a la metafísica y gran parte del análisis marxista, incluso en economía y en metodología histórica, huelen a metafísica.

Como los mismos padres fundadores han admitido, los temas sobre la problemática de clase no son su "invención".Ellos, Marx en particular, se han limitado a relacionar la existencia de las clases con ciertas y precisas fases históricas del desarrollo de la producción de donde, con un notable salto lógico, han llegado a la conclusión de la ineluctabilidad de la dictadura del proletariado y de la consiguiente mitología de la transición a la sociedad sin clases.

He oído a menudo resaltar el "realismo" de Marx, centrándolo en su rechazo de cualquier "lamento" sobre la "inmoralidad" de la sociedad y en su análisis de que el "hecho" de la explotación y los "sucesos" de la lucha de clases son un proceso necesario hacia la liberación de la sociedad, un proceso saludable y evolutivo. En todo esto no veo nada de científico. Marx no podía seguir a sus predecesores como Saint-Simon, Fourier, Owen o Sismondi, por dos motivos: creía en la revolución a su modo y había estudiado a Hegel (sin digerirlo a pesar de las críticas juveniles). De este modo lograba fundir en su cerebro "sistemático" el realismo del propagandista y del periodista político y el optimismo del

metafísico que identifica racional y real.

Lo que más impresiona es que los compañeros anarquistas, a menudo, sin darse cuanta suscriben un programa que tiene sus raíces en el medioevo del misticismo protestante alemán (ver la deuda de Hegel en este sentido), un medioevo filosófico que todavía hoy insiste en la pretendida diferencia entre "clase para si y clase en sí". El paso de una a otra sería la toma de conciencia, el punto de partida, la determinación objetiva obtenida en la distribución de la propiedad privada. A veces la toma de conciencia se hace coincidir con la organización de clase.

Aparte de las premisas metafísicas, el único dato concreto en este asunto es la historia. Por primera vez, con gran claridad y despliegue de fuerzas analíticas, Marx consigue liberar el razonamiento sobre el hombre de cualquier idealización de tipo religioso, biológico, evolutivo, etc. Nos queda el hombre en la historia: hecho nada despreciable, que, de todas formas, resulta desperdiciado gravemente por la pretensión "racionalizante" de encerrar todas estas vicisitudes en el estrecho ámbito "novelesco" de la fenomenología del espíritu (aunque se

le haya dado la vuelta). De esta forma del proceso dialéctico, en un ritmo de estructura fija, emerge la justificación de la historia del hombre. La historia se lleva hacia la razón, a través de un proceso metafísico, del mismo modo como otros historiadores, necesitados de otro "punto de apoyo", la colocaban bajo el dominio de Dios y de la evolución de la especie. Una vez "racionalizada" la historia, la razón histórica deja de ser "razón absoluta" (por ejemplo como lo era para los teóricos de la vieja democracia), y se llega a ser "razón dialéctica". La racionalidad se convierte en el envoltorio en que se envuelve una vieja pacotilla despachada así como si fuera una mercancía nueva. Pero vieja o nueva, esta mercancía siempre es producto de las fábricas "Metafísica & Co." establecimiento de fama mundial, proveedor de todas las "Reales Casas" del mundo.

Ciertamente, la vieja "razón absoluta" había realmente perdido crédito. Reinterpretar el mundo con estas armas, hubiera sido una operación muy difícil y fácilmente desacreditable, como lo fue la tentativa de los ingenuos materialistas de la primera mitad del ochocientos, románticos enamorados de

la materia y de sus "sensaciones" metafísicas, incapaces de separar al hombre de su periodicidad: explotación-rebelión, y vuelta a la explotación-rebelión. En la otra vertiente se repite la misma situación: torpeza para entender la historia, torpeza en los intérpretes idealistas. La marcha del espíritu no quería un movimiento progresivo: la explotación seguía reconstruyéndose después de la revuelta, la sangre de los trabajadores en las calles y todo volvía a estar como antes.

Sin embargo, a pesar de tanta pobreza de medios, de tanta contaminación en las pocas ideas de base, Marx supo de todos modos salir de la inútil producción de su tiempo, unificando optimismo y realismo en una reconstrucción verdaderamente notable, aunque falta de muchas partes, y necesitaba de transformaciones fundamentales. Una de las partes más deficientes es, desde luego, la problemática de las "clases": no sin motivo el manuscrito inédito de El capital se para en ese punto.

A nosotros los anarquistas deberían salirnos las cuentas fácilmente. Los razonamientos del tipo "cosa en si" no deberían interesarnos. Lo que sea la "clase en si" no nos

parece un problema importante, al contrario, ni siquiera parece un problema. De qué modo esta "clase en si" puede llegar a ser "clase para si" nos parece una broma de pésimo gusto. Dejemos estas "bromas de tipografía" a los profesores de filosofía y razonemos más simplemente, ateniéndonos a los hechos.

No sabemos y no queremos saber si existe una clase en sí, lo que nos interesa es saber que existe un poder. Este hecho macroscópico, que cruza toda la historia no se puede negar. En este sentido la historia puede decirse marcada por el poder y por sus transformaciones para persistir en cuanto tal. Pero, un razonamiento de este tipo empezaría a oler a metafísica en cuanto nos llevaría a la pregunta: ¿es el poder el que determina la historia o hay algo en la historia que hace posible el poder de una u otra forma? Dejemos aparte razonamientos similares: puede decirse que la historia está marcada en su desarrollo por varios acontecimientos más o menos constantes: el poder, la religión, la producción, el sexo, la lucha de los explotados. Y, en efecto, sería posible construir un desarrollo histórico por cada uno de estos

acontecimientos, pudiendo por tanto, haber una historia en base al poder, una en base a la religión, otra en base a la producción, otra en base al sexo, otra en base a la lucha de los explotados.

No se nos malinterprete en el sentido de que creamos posible una historia militar, una historia de la religión, una historia económica, una historia sexual y una historia de la lucha de los explotados. Sabemos, como todos, que la historia tiene una unidad indisoluble; lo único que decimos, es que de esta unidad, se podrían separar los acontecimientos mencionados, por amor a la discusión.

Esto prueba, al menos parece que lo prueba, que un modelo externo siempre es reconstituible, sea al dialéctico (modelo metafísico), sea el idealista (modelo religioso), sea el materialista (modelo económico), el genético-conductista (modelo sexual), el descriptivo (modelo empírico); prueba que un trabajo de este tipo es del todo inútil.

Para los anarquistas la historia es todo junto y otras tantas cosas más. Pongamos los aspectos irracionales y metafísicos: incluso esa historia, aunque muchas veces aislable y condenable, no por eso puede eliminarse.

Actuando de otro modo caeremos en alternativas insolubles, como la que opone idea a acción: si es la idea la que determina la acción ésta la que determina a la primera. En la práctica nada de todo esto nos importa: dejemos semejante trabajo a los profesores de costumbre. Miremos la realidad.

Este preámbulo nos coloca delante un último obstáculo metafísico. ¿Debemos preguntarnos qué es la realidad? La pregunta no es superflua. El marxismo tiene tanto crédito porque ha sabido camuflar la respuesta a esta pregunta con un reenvío al infinito, la realidad no se diferencia de la historia. No nos interesa identificar la historia en un sentido o en el otro, o sea en una estructura o en otra justificativa a priori; y tampoco nos interesa hacerlo con la realidad. La realidad es al mismo tiempo: poder, religión, producción, sexo, lucha y tantas cosas más que no recordamos y que no sabemos; lo que cuanta no es identificarla con la totalidad (que sería el problema metafísico de la "cosa en sí"), sino identificar los elementos resaltables, los parámetros esenciales, útiles para construir un programa de acción.

Todos los esfuerzos analíticos deben ser

dirigidos hacia este fin. Tomemos por ejemplo partiendo de un modelo que tome las luchas de los explotados rastreable, con frecuencia, en la historia. Examinemos la suerte común de estas luchas: ser absorbidas por el poder. Esta absorción que ha costado millones de muertos y sufrimientos increíbles, no ha aniquilado la voluntad de lucha.

Tenemos así dos elementos: la lucha y la voluntad de lucha. Veamos por qué esta lucha ha fracasado constantemente y qué significados tiene este fracaso. Un motivo que nos explica el primer punto viene dado por la presencia de una minoría "que guía" estas luchas, minoría que si por un lado se pone en la cabeza del movimiento de los explotados, por otro, asume el papel de élite ascendente, es decir, de minoría dirigida a hacerse con el poder, para explotarlo en beneficio propio, sustituyendo a la élite que cae. Otro motivo nos explica más profundamente el primer punto: la persistente religiosidad de las masas explotadas, de ahí la necesidad "de un guía", o de un grupo de personas capaces de "materializar" su deseo de venganza. Este segundo motivo, sobre el que volveremos más adelante, en este mismo libro, nos

abre ahora el camino al segundo punto: ¿Qué significado dar al constante fracaso de las luchas? La conclusión se relaciona con la autonomía del individuo. Sólo la voluntad de liberación, fruto y razón al mismo tiempo de la lucha por ser libres, puede determinar la eliminación del sentimiento de religiosidad intrínseco, todavía hoy, en las luchas de los trabajadores.

Si el análisis de la clase de los explotados es oscuro, y no pude ser de otro modo una vez que hemos dejado la historia en nebulosa (o sea, la misma realidad, como hemos visto), tenemos al mismo tiempo la posibilidad de utilizar en nuestros análisis elementos pluralistas que irremediablemente hubieran quedado fuera en el caso de haber elegido apriorísticamente un sistema preciso (por ejemplo, dialéctica, religión, economía, metafísica). Si la construcción de este modelo analítico resulta difícil, más rico debería ser el resultado en el caso de aplicarlo, no debiendo contribuir, ni a la construcción de un partido ni a la defensa de un estado de cosas preestablecidas.

Una primera conclusión sería la de ligar la clase obrera a la progresiva eliminación

del sentimiento de religiosidad que funda la necesidad de "guía". Las tentativas de "actuar por sí mismo" constituyen para nosotros un síntoma de asumir el proceso objetivo que se da fuera de la explotación. La lucha, tomada en sí misma, como fenómeno de una masa amorfa, o más o menos sensibilizada bajo la insignia de la iglesia o de un partido no es suficiente para definir una clase. El proceso productivo, tomado en sí mismo, como reparto preciso de la propiedad de los medios de producción, excluyendo a una parte del género humano, no es suficiente para definir una clase.

Los marxistas pueden hablar de "conciencia" de clase, el término no nos preocupa. No por ello, debemos involucrarnos en sus disputas filosóficas internas a este seudoproblema. El hecho que determina la autonomía del individuo es su responsabilización frente a su elección en la viada: También esta responsabilización puede tomar el nombre de "conciencia". Sería preferible definirla como "voluntad". Voluntad de actuar de sí mismo, voluntad de intervenir en primera persona, voluntad de romper el círculo mágico de la religiosidad, voluntad de

revolver la tradición, voluntad de construir su propia autonomía. Y, en ese sentido, la autonomía del individuo y la autonomía de la clase de los trabajadores hallan su propio punto de encuentro.

LA LUCHA POR LA AUTOGESTION

1.- CONQUISTA POR LA AUTONOMÍA.

La maduración de los distintos niveles en la lucha de los trabajadores es cosa ahora ya aceptada por todos. Hay algo más, los partidos de los trabajadores, presionados por todas partes, se han preocupado hace tiempo de codificar en su repertorio esas luchas, estudiando la manera de hacerlas entrar lo más rápidamente posible, en el marco de la legalidad.

En un tiempo, pongámonos en la época de Sorel[6], la teorización de la huelga general, antecámara de la revolución, parecía y era considerada un hecho tan peligroso como para ser objeto de la más precisa atención por los organismos de policía; hoy, con 70 años de distancia, las huelgas generales se suceden una tras otra sin que nadie pestañee.

En un tiempo, la formación secreta de los consejos de fábrica, según el modelo de

6 Filósofo francés y teórico del sindicalismo revolucionario, partidario del Sabotaje.

los alemanes del período espartaquista, era un hecho tan grave como para hacer concurrir, en santa alianza, todos los organismos represivos del poder: hoy, son un elemento contractual del uso.

En un tiempo, la ocupación de fábricas y de los campos significaba el máximo ultraje a la propiedad privada, la vigilia de la revolución; hoy, las ocupaciones son a menudo solicitadas por los mismos patrones que con este hecho salen ganando a través de oscuras operaciones de poder marginal.

En un tiempo, el concepto de la autogestión de la producción se encontraba exclusivamente en los libros de los teóricos anarquistas; hoy todos los partidos de la izquierda, todos los sindicatos y muchos países capitalistas o seudo socialistas, hablan y aplican la autogestión.

¿Evolucionan las formas de lucha? De un modo más preciso se debería hablar de "englobamiento" de las formas de lucha.

Ahora ya está claro que un poder rígido existe solo en teoría. Todos los estados modernos se caracterizan por la adopción de un tipo de poder que es denominado "flexible" y "blanco", o sea capaz de adaptarse a

las varias formas de lucha de la base de los trabajadores, consiguiendo la meta final de difuminar los aspectos más peligrosos y de encuadrar los otros con los intereses económicos generales.

Es precisamente esta política la que caracteriza a los "Estados modernos" mucho más inteligente que las obtusas dictaduras del pasado. Incluso Estados declaradamente fascistas, como España, hacen esfuerzos enormes por liberarse de las facciones de extrema derecha y por construir un sistema de poder modelado a base de una "gestión blanda".

De ahí el proceso continúo de modificación de las formas de la resistencia colectiva. Este nuevo tipo de lucha viene elaborada por la misma base de los trabajadores. Un ejemplo reciente es el de la continuación de la producción en forma autogestionaria y con una organización clandestina.

Mañana quizá nos encontremos con una asimilación de esta forma de resistencia, pero hoy, sólo el hecho de hablar de ella podría hacer pensar en un crimen y en la apología de un crimen: del mismo modo de ayer, hablar de ocupación de una fábrica hacía pensar en seguida en un delito, como

sucede con la huelga general y con la organización autogestionaria de la producción.

La realidad es que las formas de lucha evolucionan no porque alguien hable de ellas en abstracto o teorice en términos esenciales, sino porque las masas se encuentran ante un poder que anula sistemáticamente los efectos positivos de la forma de lucha precedente y por tanto se ve constreñida a escoger de nuevo.

La conquista de la autonomía constituye, sin embargo, no tanto un avance del nivel de la lucha como un salto cualitativo muy preciso. Un salto de tamaña importancia que pone en discusión la coyuntura anti-obrera ejercitada por todas las fuerzas represivas. No se trata de una elección estratégica limitada a los medios empleados en la lucha, se trata de un reexamen fundamental de la situación de clase en su conjunto, se trata de una reelaboración de las relaciones entre los representantes de los trabajadores y las fuerzas patronales y de las que actúan a su servicio.

2.- SUPERACIÓN DE LA DIVISIÓN DEL TRABAJO.

La crítica del sistema capitalista nos ha hecho comprender algunos hechos fundamentales referentes a la esencia del trabajo en una sociedad caracterizada por la separación entre capital y trabajo. En una sociedad como la nuestra el trabajo es la actividad especifica y esencial del hombre, o sea la actividad que lo hace creador de objetos. Sin embargo, esta actividad resulta desviada, impedida, de ahí el concepto de alienación. Aparte de la problemática intrínseca al concepto del trabajo, que examinaremos más adelante, nos interesa, en este momento, entender cómo el sistema capitalista, fundado sobre la propiedad privada de los medios productivos, no consiente al individuo la utilización de estos medios de modo creativo, en cuanto pertenecen a una clase definida: la de los capitalistas. Negándose, entonces como hombre creador, el trabajador llega a ser obrero, o sea creador que pone su fuerza al servicio de otro hombre, el capitalista que la explota.

Lo que escapa al trabajador, en la dimen-

sión capitalista, es el dominio de la producción, de los objetos que salen de sus manos. De este modo entra en el campo del trabajo forzado, un trabajo terrible y extraño.

Aun siendo discutible que sea el trabajo el que determina la esencia del hombre, cosa que a menudo parece un giro metafísico, parece claro que sustraer el producto al productor es la base del extrañamiento entre trabajador y producción. De ahí la necesidad de reconstruir su capacidad creativa uniendo su espontaneidad de productor con libre disponibilidad de la cosa producida. Y, ello no puede suceder sino en el puesto del trabajo "Revolución en el trabajo", es decir, organización autogestionaria de la revolución y contemporánea organización autogestionaria de los embriones de la sociedad futura que son, por supuesto, los núcleos productivos de base, fundados en la autonomía de las luchas.

La duda legítima de si en la situación de gestión capitalista socialdemacrática será posible ver tras la alienación del trabajador una posibilidad de realización creativa revolucionaria ha surgido ya. Ciertamente, bajo la acción de la explotación el trabajador lleva

a cabo proyectos de lucha que ha menudo, no son suyos, en cuanto vienen sugeridos, o impuestos por las fuerzas que instrumentalizan los empeños de liberación que vienen desde la base. El mismo razonamiento puede hacerse para la capacidad creativa en relación con el trabajo. El trabajador, aunque bajo la explotación, es decir, encontrándose en una situación de alienación, no pierde su propia capacidad operativa para hacer objetos a partir de cierto proyecto de producción.

Los marxistas, sostiene que en cualquier caso, el trabajador obtiene progresivamente capacidades revolucionarias y técnicas que no podría conseguir de otra forma, siendo el capitalismo la mejor organización para acelerar el desarrollo del proceso de liberación.

Esta afirmación posee ciertos aspectos verdaderos, pero no debe ser interpretada en el sentido de una pacífica espera de la explosión del sistema y de la utilización de estas capacidades ya no a favor del patrón (o del partido), sino a favor de la victoriosa clase obrera. Sin embargo, la estructura del capitalismo no es de tipo rígido, no recuerda en absoluto a la de la economía feudal y mucho menos a la economía esclavista.

Por la misma fuerza de enorme desarrollo que lo caracteriza, el capitalismo evoluciona incesantemente. Actualmente, en los países de economía avanzada, nos encontramos ante una estructura distinta de la que se puede observar en los países subdesarrollados entregados a una gestión dictatorial de tipo fascista. El orden socialdemocrático del mundo occidental, queriendo limitarnos a este modelo de capitalismo, sin hablar del capitalismo de Estado de tipo soviético o chino, está basado en una progresiva participación cada vez más amplia del trabajador en el consumo superior. Esta perspectiva, si determina algunas condiciones de crisis, típicas del consumismo, permite la sobre vivencia, a corto plazo, del capitalismo.

Como efecto colateral, pero no secundario, determina una modificación de la relación del trabajador frente al proceso de alienación. Primeramente, el desarrollo de la estructura industrial moderna ha acentuado el proceso de división del trabajo, llegando a extremos impensables hace cien años, o sea, ha adelantado el proceso de explotación, ha consentido una mayor fuerza de contratación al capital, y ha determinado una difi-

cultad suplementaria en el acaparamiento de la técnica de realización del trabajo. En segundo lugar, ha esclerotizado el proceso de formación de la conciencia de clase, hecho alimentado -aunque sea indirectamente- por las miras políticas de los partidos guía, dedicados, ahora totalmente, a la dimensión reivindicativa que acaba en sí misma.

Queda por examinar, por tanto, la situación nueva que emerge del conflicto entre espontaneidad creativa (que en definitiva consiente la realización del proyecto laboral también en régimen de explotación), y el influjo negativo determinado en el proceso consumista, influjo que tiene consecuencias precisas sobre la capacidad de lucha, sobre la capacidad organizativa y, en un palabra, sobra la capacidad del proyecto revolucionario.

Pero, siendo la dimensión laboral la base del proyecto revolucionario, debe cuidarse constantemente, incluso hoy, tanto en los detalles realizativos como en la tendencia a la espontaneidad que la caracteriza. Y, es cierto que las más grandes contradicciones emergen en el interior de las burocracias sindicales y reformistas. El trabajador, solucionando él solo el proyecto revolucionario

y productivo, adelanta a la estructura burocrática, amenaza hacerla saltar: de ahí la gran carrera de recuperación de los sindicatos frente a la lucha autogestionada por los trabajadores.

3.- CONQUISTA DE LA INFORMACIÓN.

Tradicionalmente, las luchas reivindicativas de los trabajadores se han concentrado en la presión sobre los organismos estatales con el fin de ver reconocido el derecho al trabajo. A menudo estas luchas han sido conducidas por las organizaciones sindicales en armonía con los intereses patronales, aunque sin querer llegar a la realidad extrema de los sindicatos abiertamente financiados y deseados por estos últimos. Ha sido la misma lógica del capital, con su dios supremo, "la producción", la que ha influenciado la estrategia sindical, hasta hacerla coincidir con una especie de "desarrollo paralelo". Es lógico que este desarrollo encuentre un límite, que pagarán en primera persona los trabajadores, en las leyes de explotación y de acumulación, que rigen la economía capitalista.

Tras la experiencia negativa (para ellos) del mayo del 68, los sindicatos se han dado cuenta de que la base podía reaccionar automáticamente, sin una intervención "desde arriba" y que si aquella vez fue posible dominar la situación, esto no quería decir que siempre iba a resultar posible.

Era necesario examinar bien el fenómeno. Primeramente sacudirse de encima todos los preconceptos negativos que circulaban en las altas esferas sindicales hacia el "espontaneismo obrero" y hacia "aquel loco acontecimiento que fue el mayo del 68", era necesario revalorizarlo a posteriori incluso a pesar de que "ponerse en una perspectiva histórica" les impedía ejercer una verdadera y peligrosa influencia sobre las masas trabajadoras.

Esto es lo que se ha hecho. Los sindicatos ya no ponen cara de disgusto ante su recuerdo, al contrario hablan de él como si fuera cosa suya. Han comprendido que uno de los mayores resortes que pueden hacer ocurrir un "Mayo del 68" es el conocimiento que los trabajadores tienen de ciertos fenómenos, de ciertos hechos -aunque sean mínimos- y de ciertas decisiones verticales que se toman siempre en su nombre y a sus espaldas.

De aquí arranca toda una teoría sobre el "derecho a la información". Información confeccionada por la patronal y filtrada por los sindicatos.

Cuando decimos "filtrada" no queremos decir necesariamente desvirtuada o peor todavía falseada sino simplemente diferida en el tiempo, suministrada cuando el "clima" se ha enfriado, diluida, interpretada.

Por ello existe la necesidad de la "conquista" de la información, con el fin de organizar las luchas resolutivas que llevarán a la autogestión de la economía por parte de los trabajadores no como medio de pacífica evolución hacia el socialismo, sino como conclusión violenta, revolucionaria, de toda una perspectiva social.

Actualmente los trabajadores reciben noticias sobre su fábrica o industria, sobre el sector económico en el cual operan, sobre la economía nacional relacionada con este sector y también sobre las relaciones internacionales. Los sindicatos se ocupan de unir esas noticias. Incluso en los encuentros internacionales organizados por las confederaciones se habla de ello y se intercambia la documentación relativa.

Sin embargo, se trata de informaciones parciales que cuando caen sobre el trabajador lo dejan frió. El mismo modo en que están redactados, el instrumento de divulgación utilizado para que llegue a la base (periódico confederal o circulares), no son ciertamente ideales para que sean absorbidos por el trabajador.

Es sistemático que la información dada por la dirección a los comités de fábrica siempre es pesimista, mientras la misma información dada los socios (en relación al balance anual), a menudo es optimista. Es impresionante, por ejemplo, el tono pesimista usado en una relación pasada a los representantes sindicales en una gran banca italiana que luego a nivel balance anual, presenta varios miles de millones de utilidades.

En fin, en el curso de importantes huelgas, la información dada la opinión pública, va dirigida a probar que la industria está bien gestionada, que su beneficio resulta de múltiples esfuerzos conseguidos a través de los años, que están dando sus frutos en este momento, que en mercado internacional está casi conquistado y que sólo la huelga amenaza destruir todo; huelga, que por otro

lado está provocada por gente que ha tenido todas las mejoras, todas las ventajas sociales posibles.

Para ser precisos debe decirse que muchas veces la información suministrada a los representantes sindicales en vez de ser pesimista es optimista pero bajo condiciones: es decir, se precisa que la industria va bien, sólo que es necesaria una mayor colaboración para evitar que el beneficio presente se convierta en fracaso.

La prueba de que este modo de concebir la información no llega a interesar a los trabajadores y no deja ver lo que la información realmente significa como instrumento de lucha, viene dada por el hecho de que se luchó para que las horas de asamblea dentro de la fábrica se pagaran. Antes, el cansancio del trabajo, el escaso interés por lo que se decía, la desconfianza en la posibilidad de hacer algo, hacían que las asambleas fuera de las horas de trabajo estuvieran desiertas.

Prácticamente sólo en estos últimos años hay conciencia de la enorme importancia que la información asume en la lucha de clases.

Realmente los primeros que se han dado cuenta de esto han sido los patrones, cons-

truyendo secciones especiales tecnológicas, con el fin exclusivo de elaborar un sistema perfecto de información, no sólo desde el punto de vista "pasivo", o sea, codificación y catalogación de todas las variantes sociales, sino desde el punto de vista "activo", creación y solicitud de un cierto tipo de variante, la más útil al poder patronal.

Desde el momento en el que la televisión ha empezado su desarrollo comercial, los patrones se han dado cuanta de cómo podía ser utilizada como instrumento de condicionamiento y de control, cada vez más perfeccionado y eficaz a través el tiempo. Por este camino, los mismos hechos laborales podrían ser, en un futuro, modificados profundamente, hasta hacer las relaciones de clase extremadamente nebulosas, con consecuencias catastróficas para la lógica de la lucha revolucionaria.

La fusión del teléfono y televisión, con todas las increíbles posibilidades que este "imperio" de la información daría a un poder central, es vista por parte de Estados modernos más avanzados, con los Estados Unidos a la cabeza, como un programa preciso. Las posibilidades electrónicas suministrando

calculadores de potencia y capacidad inimaginable hace diez años, dejan suponer menos fantásticamente de lo que parece a primera vista, una posibilidad de poder absoluto de poder sobre las masas.

Por lo que respecta a los intelectuales, esta clase de servidores del sistema, parecen salir de una fase de "crisis de conciencia", y disponerse a este último pacto con el poder. Los mejores servidores de mañana podrían ser los más agresivos contestatarios de ayer, educados en la nebulosa manipulación de los conceptos claves de una seudo revolución que habrían querido hacer paredes adentro.

Sin embargo, existen posibilidades notables de poseer y autogestionar cierto tipo de información. Todo consiste en darse cuenta de la existencia de estas posibilidades. Aquí encontramos las mismas dificultades de orden general que muchos encuentran ante el concepto de "autogestión". El problema es siempre el mismo: ¿que podemos hacer solos? ¿Qué sentido tiene contraponer nuestro mísero panfleto a la contundente acción integradora de la gran editorial o del periódico que tira trescientas mil copias cada día?

Y sin embargo tiene sentido. Lo vemos

en el ensañamiento con que la policía persigue nuestros "míseros" panfletos, mientras deja pasar nuestros libros tranquilamente, cuando contienen las mismas tesis y las mismas frases de los panfletos.

Tiene que haber un motivo. Y está en el hecho de que el poder conoce perfectamente la gran peligrosidad del panfleto, del número único, del periódico local, en suma de todos los pequeños instrumentos que crean un nivel de información directo para corregir la acción integradora del sistema.

Al lado de esta técnica activa de información que a nuestro parecer todavía no ha alcanzado la dimensión autogestionaria, sino que se usa simplemente como información alternativa gestionada por grupos especializados, debería desarrollarse la técnica pasiva de información, en los lugares de trabajo, en las escuelas, en cualquier sitio donde se de el contraste de clases; técnica que garantizaría la posesión de aquellos instrumentos de mayor ayuda que deciden la lucha en el momento decisivo.

Comprender la importancia de la autogestion de la información significa entender los motivos por los cuales hoy en un siste-

ma patronal centralizado, o mañana, en un sistema socialista centralizado, la autogestion acaba por ser una pantomima que actúa a beneficio del poder solamente. De hecho, en esta realidad, los trabajadores no tienen la posibilidad de elaborar una información de base, no son dueños de la información, al menos no más de lo que lo hoy los son respecto a la mencionada información sindical; esta les llega a través del "filtro" de la burocracia, condicionada preventivamente a tenor de los intereses que intenta alcanzar, directamente, en primera persona, o indirectamente a cuenta de terceros.

4.- DESARROLLO DE LA CAPACIDAD CREATIVA.

El capitalismo ha determinado, en el curso de la historia, cierto complejo desarrollo de las fuerzas productivas de las que el hombre dispone. No nos interesa aquí la cuestión de la "presunta "necesidad" histórica del capitalismo, como inevitable fase sucesiva de la organización feudal y postfeudal de la producción, y sí, en cambio el problema en cuanto, el progreso de las fuer-

zas productivas ha sido máximo e inevitablemente "necesario".

El problema no es insignificante. Efectivamente, este desarrollo, este crecimiento del potencial tecnológico, este perfeccionamiento de las capacidades laborales ha llegado pero, por motivos precisos, no puede ser considerado una fase "necesaria" del desarrollo absoluto de la historia. Este esquema sería demasiado hegeliano para ser aceptado por un análisis moderno que quiere ser libre de las pesadas hipotecas del imperialismo cultural marxista. Si aceptásemos la tesis de la fase intermedia y del desarrollo máximo, deberíamos admitir, hablando de un modo determinista, del advenimiento así mismo necesario, en un futuro más o menos próximo, de la fase comunista en la organización de la producción, lo que haría pasar a segundo plano el empuje revolucionario. No debemos olvidar que aún cuando los comunistas autoritarios (por ejemplo Gramsci o Lenin) han criticado la hipótesis del determinismo marxista (Bajurin) considerándola una visión vulgar del materialismo dialéctico, han sugerido que esta hipótesis continuaba siendo válida y utilizable "en los momentos de crisis

y desánimo" en el movimiento obrero. Una vez más la visión táctica acaba por deformar la importancia sustancial del problema. La expectativa mesiánica del determinismo podía ser útil en momentos de "cansancio" por qué daba a los hombres una fe en la sociedad comunista de mañana que de cualquier forma debía llegar y a la que se podía mirar con esperanza desde el fondo de las negruras de la noche. Todo éste material que no nos interesa.

El concepto mismo de necesidad ha degenerado en filosofía y presenta características demasiado precisas para pasar inobservado. El esquematismo filosófico alemán, en general, mantiene el término "necesidad" relacionado constantemente con "ser", "ente", "sustancia", etc., a base de juegos de manos y de éstos últimos reciben del primero no sólo un reflejo sino la misma posibilidad lógica de pretender un significado. Es un juego que ya Marx denunció, sin constatar que estaba metido en el hasta el cuello a pesar de la buena voluntad manifestada en las tesis programáticas sobre Feuerbach.

El desarrollo capitalista es un hecho, el actual nivel de desarrollo de las fuerzas

productivas es otro hecho, como el nivel de la lucha de clases y consiguientemente de la fundamental contradicción que mina el sistema capitalista y que trabaja ininterrumpidamente en su destrucción. Que este sistema, como todas las organizaciones tenga la pretensión de no querer dejarse morir y de buscar por todos los medios (fascistas incluidos) encontrar una solución para sobrevivir, es una cuestión relacionada con el crecimiento, la persistencia y disminución, de la capacidad creativa del obrero. Si la hipótesis de la "necesidad" fuera posible como punto de partida, tendríamos que esta capacidad de los trabajadores de "hacer proyectos" aumentaría constantemente, por lo cual podríamos prescindir del estado actual de las contradicciones del sistema, de la lucha de clase, del nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, y afirmar que hoy está así, que mañana será un poco mejor y así sucesivamente, para encontrarnos por las buenas en el momento revolucionario.

Pero el problema es diferente. La capacidad creativa puede ser utilizada por el sistema capitalista como instrumento alternativo en su supervivencia, y de este modo resultaría

envuelta en una lucha que aunque aparentemente extraña, resultaría positiva y fuente de mejoramiento. Esta lucha podría hacer perecer la capacidad creativa rápidamente. Sucedería esto en el caso, no totalmente impensable, de una sensible disminución del horario de trabajo, de un proceso de automatización cada vez más amplio, del empleo de otras fuentes de energía, de una utilización a nivel global de las fuentes de información, de una centralización del tiempo libre y de todos los problemas relativos a él. Anuncio de programas de este tipo son, por ejemplo, los frecuentes "deslizamientos" que la administración pública concede a los burócratas jubilaciones anteriores en tiempo a los términos que marca la ley, con el fin de que la masa de trabajadores vaya disminuyendo, la presión de la desocupación y así con todo lo demás. Efectivamente, su sustancial papel productivo había sido de tal forma reducido, preventivamente, que la jubilación no determina ningún auténtico problema en el interior de la organización burocrática.

Como hemos dicho anteriormente, el problema es de gran importancia. Las organizaciones productivas se lo han plantea-

do, pero solamente como correctivo frente a situaciones específicas que caen sobre el plano reivindicativo, no como un problema del futuro, que podría condicionar la gestión productiva postrevolucionaria, si en una mañana de maniobras patronales consiguieran verdaderamente "reducir" la capacidad creativa actual del trabajador.

Aquí, en nuestra opinión, se insertará un nuevo aspecto del concepto revolucionario de la autogestion. Adueñarse hoy de la capacidad de hacer proyectos, significa inmunizarse contra esta probable acción futura patronal. Estudiar los medios para una producción gestionada por la base, significa desbaratar el programa patronal, especialmente en el caso de que éste pasase por la falsa "autogestion" centralizada; llevarlo a cabo en todas las ocasiones posibles, incluso en el transcurso de los mismos sucesos de la lucha de clases y no como ultimo expediente, sino como constante punto de referencia, puede ser el camino para la solución del problema.

5.- AUTOGESTIÓN Y EXPROPIACIÓN REVOLUCIONARIA.

La perspectiva autogestionaría como habíamos visto, no se ve como un lejano sobre el cual solamente se puede teorizar, sino que presenta características precisas y modalidades determinadas. En la fase de la organización revolucionaria, entre los problemas que pone al descubierto está el de la justificación ética y política de la expropiación.

No puede haber dudas acerca de que el hecho autogestionario, sea en su concepción de organización del suceso revolucionario, sea en su concepción de organización de la producción y de la distribución en forma distinta de la capitalista es un hecho expropiador. Patrón y servidores deben ser puestos aparte, el derecho a la propiedad del primero y los pretendidos derechos de los segundos, deben ser borrados o destruidos.

Esto nos lleva ante el problema de la expropiación, de modo particularmente agudo en el caso de encontrarse frente a tentativas parciales de realización de modelos autogestionarios. Examinemos las conse-

cuencias más importantes.

Las masas expoliadas tienen derecho a reapropiarse de todo aquello que le ha sido quitado. De hecho, el que roba -excepto el caso límite de quien se apropia del sustento para sí mismo y para los suyos al serle imposible proveerse de otro modo- no hace más que transferir la propiedad de las cosas, no cumple ningún acto directamente revolucionario. Con la expropiación, en cambio, los bienes se transfieren desde la propiedad de un individuo a la libre disponibilidad de la colectividad expropiante, consiguiendo en una sola operación un doble resultado: la sustracción de algo que había sido robado a la colectividad y la eliminación de una superestructura jurídica -el derecho a la propiedad- que hacía la sustracción "legal".

Lógicamente no podemos esperar que sea el pueblo en armas quien determine la expropiación de todos los medios productivos si lo único que hacemos es alimentar esta perspectiva y educar a la masa para el momento revolucionario final. En la espera debemos actuar con sentido revolucionario realizando expropiaciones que lleven a cabo minorías revolucionarias en lo que concierne

a la realización del hecho expropiatorio pero siempre a favor de la colectividad por lo que respecta al destino de los bienes expropiados.

Tenemos así expropiaciones de tierra, de capital, de bienes de equipo y consumo.

El primer obstáculo a superar es la renuncia latente incluso en las minorías revolucionarias militantes en comprender el concepto de que la expropiación revolucionaria no es un robo. A menudo muchos compañeros quedan bloqueados ante la idea de apropiarse de algo que les pertenece "cerrazón ética", residuo de la especial educación burguesa recibida por todos nosotros a través de los canales tradicionales (familia, escuela, iglesia). Está claro, es lógico, que la burguesía titulares de de los bienes de producción, tengan gran interese en difundir una ideología que esconda sus robos presente y pasados, denunciando a recriminación publica a un ladrón, sin pararse en sutilezas sobre si se trata de un ladrón común o de un expropiador que transfiere los bienes sustraídos a la comunidad.

La expropiación revolucionaria de la tierra, cuando es un fenómeno aislado, debe ser realizada, en los límites de lo posible

hasta el final. De hecho, haciendo hipótesis sobre el fenómeno aislado, nos encontramos ante la eventualidad de una duración muy limitada en el tiempo de la expropiación. Ciertamente la represión llegará para reconstruir el estado precedente del dominio patronal. Pero mientras dure el nuevo estado revolucionario todas las condiciones que lo harán reconocible en el futuro deben ser llevadas a cabo. La gestión comunitaria, la eliminación de la propiedad y de la explotación, con todos los resultados conseguidos aunque modestos y de breve duración habrán sido realidad.

La expropiación revolucionaria del capital, bajo la forma de industrias productivas o dinero debe dirigirse al mismo fin y organizarse del mismo modo. La industria será inmediatamente atacada por las fuerzas represivas; sin embargo mientras funcione en gestión comunitaria deberá dar la máxima evidencia del hecho a efectos de propagar el uso del sistema expropiativo a la larga escala a quienes estén dispuestos a tomar el asunto en consideración. En el caso de la expropiación de dinero, el ataque patronal irá contra las realizaciones revolucionarias y

comunitarias que se llevarán a término con este dinero, más o menos como en el caso de expropiación de tierras e industrias.

Queda por decir que la expropiación aislada debe ser siempre dirigida a solucionar los problemas de las masas explotadas y no servir como refuerzo de una cierta minoría revolucionaria. Son los problemas que tienen las masas lo que determina la dirección de la expropiación, el conflicto con las fuerzas patronales del momento, la ocupación de la fabrica o de la tierra, la huelga espontánea o con la presencia de los sindicatos a nivel marginal, todo esto es lo que determina el tipo de expropiación revolucionaria a emplear.

La expropiación solo podrá realizarse con la presencia determínate de la colectividad en lucha que deberá después reexplotar los bienes expropiados. Efectivamente, en el caso de ocupación de una tierra, la expropiación sólo podrá realizarse mediante los campesinos que la recibirán para trabajarla. Ellos conocen los problemas de la tierra, las posibilidades de trabajo y de producción, ellos sufren las gravísimas preocupaciones de sobre vivencia y la insoportabilidad de la explotación. La minoría revolucionaria podrá

actuar como empujada, desarrollando un trabajo ímprobo y más peligroso, sosteniendo las primeras luchas contra los servidores patronales, hasta que los mismos campesinos estén organizados para la defensa de los bienes de la comunidad, o mientras no vuelva a darse la victoria patronal con la reapropiación de la tierra. Incluso en el caso limite de expropiación de dinero el razonamiento es el mismo. Desde luego, mientras que el dinero salido de las cajas capitalistas se encuentre en posesión de la minoría revolucionaria la verdadera expropiación no ha llegado. Esta se realizará cuando con este dinero se concreticen hechos. Y, hechos relacionados con la masa de los trabajadores y de los explotados, debiendo ser gestionados por las masas y en último término la expropiación de dinero será plenamente realizada con el concurso de las masas y con su consentimiento.

ANARQUISMO Y AUTOGESTION

1.- SUPERACIÓN DEL ANARQUISMO IDEALISTA.

Con el término un poco ambiguo de idealismo anarquista entendemos el conjunto de todas aquellas tendencias que ponen en segundo plano la lucha social y la gestión del conflicto económico, dando preferencia a la evolución progresiva e indeterminada del hombre en sí misma, como fenómeno realizado y no considerado en relación a una cierta situación histórica.

Para esta tendencia el hombre es un dato "absoluto", dotado de características constantes que solamente la presión del poder distorsiona, con lo cual, una vez removida esta presión, con la deseducación y la lucha, encontrará su camino para llegar a las metas de la perfección.

En este "anarquismo idealista" podemos distinguir tres corrientes: A) anarquismo

liberal, b) anarquismo evolucionista, c) las tendencias naturistas, vegetarianas, esperantistas, cristianas, pedagógicas, etc.

El anarquismo de tendencias liberal ha causado mucha confusión.

Todavía hoy con mucha mala fe, muchos liberales utilizan escritos de teóricos anarquistas para vender sus propias tesis. Recientemente hemos tenido en Italia el ejemplo de algunas obras de Merlino editadas con introducción de un representante de la vieja congregación liberal (Bolonia 1974).

Hasta cierto punto la responsabilidad ha sido también de algunos anarquistas que no han querido señalar con claridad la separación neta entre libertarismo y liberalismo. Así escribía al liberal Piero Gobetti, nuestro Berneri: "¿No piensas, querido Gobetti, que podría ser útil una serie de estudios de liberalismo económico en el socialismo, en el Rivoluzione liberale? Creo que colmaría una gran laguna y quitaría de en medio muchos y viejos equívocos. Creo que entre tanta verdad histórica resultaría: Los anarquistas en el seno de la internacional han sido los liberales del socialismo. Históricamente, es decir en su función de critica y oposición al

comunismo autoritario y centralizador, todavía lo son". (Carta del 24 de Abril de 1923)

Pero en la práctica Berneri tenia ideas muy diferentes. Sostenía que debía potenciarse vigorosamente el anarquismo, separándolo de las formulas tradicionales para dedicarlo mucho más a la lucha diaria y, cosa mas importante, veía claramente que el materialismo histórico es indispensable para la interpretación de la historia y para la construcción de una norma en la acción. "Que Marx haya sido el sistematizador, el potenciador, del materialismo histórico, no es una razón para poner bajo el nombre de marxismo todo lo que pertenece ya a la moderna filosofía de la historia, que comprendiéndolo y corrigiéndolo, lo supera" (Pensiero e Volontá, 1 de Abril de 1924)

Fueron sus epígonos, los lectores interesados por sus escritos los que desarrollaron una latente interpretación liberal e idealista, haciendo de Berneri el autor más importante de un anarquismo de tipo humanitarista. En nuestra opinión, aparte de pasajes como el de la carta a Gobetti y otros escritos pocos felices como Operaiolatria[7], la cosa no corres-

7 Obra de Camilo Berneri.

ponde ala verdad y ofrece la posibilidad a los hombres políticos liberales de explotar nuestras argumentaciones para su polémica contra el marxismo, hecha en nombre de la patronal.

Ningún gran teórico anarquista, directamente implicado en al lucha sociales fue un humanitarista. Todos se dieron cuenta, aunque con distinta claridad, de la necesidad de la lucha y de las condiciones especificas que esta necesidad conlleva. Esto no quita que muchos compañeros prediquen la fraternidad universal, la unión de todos los hombres en nombre de un humanitarismo que siendo muy loable como deseo del hombre de ver desaparecer para siempre de la faz de la tierra todas las manifestaciones de violencia y de guerra, no por ello deja de ser absurdo e inútil.

Podemos identificar el anarquismo evolucionista con la gran figura de Kropotkin, quien retoma la teoría de Darwin transformando radicalmente la propuesta. Los puntos esenciales son:

Aceptación de la tendencia evolutiva del progreso de las formas orgánicas.

Lucha por la vida. Es el centro de la polémica de Kropotkin. La lucha está reconocida

no pudiéndose negar como hecho histórico. Por el contrario viene negada en el interior de la especie y queda limitada alas clases y a los grupos en contrastes entre ellos.

De esta corrección del principio Darwiniano, a la que el mismo científico inglés había llegado por su cuenta, en sus trabajos sucesivos, surge espontáneamente el concepto de "Apoyo Mutuo"

El concepto de "socialidad", que hace posible el empleo de apoyo mutuo, en la interpretación de la dinámica evolutiva de la especie.

Pero la influencia determinante la tuvo Kropotkin en el encuentro con Spencer, encuentro que le obligó a reestructurar su pensamiento para criticar el del sociólogo inglés que, en definitiva, a pesar del aspecto libertario concluía con la necesidad de gobierno.

El inmovilismo de Spencer que a menudo lo hace parecer un verdadero reaccionario, no podía evidentemente despertarlas simpatías de kropotkin. Por otra parte, la tesis de donde partía el pensador ingles, hacia inevitable su inmovilismo: el desarrollo de la humanidad es lento pero inevitable, como el desarrollo en un niño: Del mismo modo que no es posible acelerar los términos de este

último desarrollo, así no es posible hacerlo para el primero. De aquí la consideración que Spencer tenia de las reivindicación de la clase obrera, en la cuales veía el germen revolucionario que subvertiría el curso predeterminado de los acontecimientos en los cuales creía firmemente. No debe parecer extraño por lo tanto, que el mismo pensador "El hombre contra El estado" no consiguiera encontrar el camino hacia la problemática del movimiento proletario, Ni considerar los síntomas de una época en movimiento y un futuro ya en acción.

Los puntos principales de la crítica de Kropotkin, son:

Reducción en Spencer de la evolución a la lucha por la vida.

Error de partida considerando al hombre primitivo no como ser viviente en sociedad sino aislado o como máximo en pequeños grupos.

Excesiva manipulación filosófico-metafísica.

Reposición del estructuralismo de Compte, aunque puesto al día.

Por el contrario, para Kropotkin, el instinto de "socialidad" domina el primer estadio del desarrollo ético del hombre. El descubrimiento de un instinto a éste en los anima-

les superiores, conduce inmediatamente a la solución del viejísimo problema del origen de los movimientos éticos del hombre. De ahí la exclusión de todas las ingerencias religiosas es este fundamental y oscuro punto, con la exclusión, la condena de los viejos engaños, de las creencias en el otro mundo y en el castigo de los malos.

La moral debe encontrar su propio fundamento en este mundo. No pudiéndolo encontrar en la simple ley de la evolución, entendida en el sentido de la lucha por la vida o de supervivencia del más fuerte, lo encuentra en la sociedad, o sea en el "apoyo mutuo". Esta ley es necesaria del mismo modo que la ley que regula el instinto de conservación.

El segundo estadio del desarrollo ético está marcado por la reflexión especulativa. Con ello Kropotkin no intenta referirse a la filosofía militante, sino a las reflexiones de índole moral que el hombre no ha abandonado en el curso del tiempo. Por un lado estas reflexiones generan determinadas reglas de conducta, por otro, estas reglas se reafirman al perfeccionarse el instinto primordial de socialidad. En esta fase el último acto en la vida moral del hombre toma cuerpo: es

el impulso que a partir de la socialidad se define, una vez perfeccionado, como generosidad y preludio de la perfección moral del hombre.

Malatesta habla así de esta posición kropotkiana: "Según su sistema, la voluntad (potencia creadora de la que no podemos comprender su naturaleza ni su fuente, del mismo modo que no comprendemos la naturaleza ni la fuente de la "materia" o del resto de los "primeros principios") La voluntad, digo, que contribuye poco o mucho a determinar la conducta de los individuos y de la sociedad, no existe, no es más que una ilusión... Naturalmente, lógicamente, si la voluntad no tiene ninguna fuerza, si todo es necesario y no puede ser de otro modo, la idea de libertad, de justicia, de responsabilidad, no tienen ningún significado, no corresponden a algo real" (Estudios sociales, 1 de abril de 1931).

Esto no significa que Kropotkin no estuviera por la revolución, significa solamente que la consideraba un momento del desarrollo general del proceso evolutivo. Malatesta en cambio, consideraba la intervención revolucionaria, la acción insurreccional de prepa-

ración, la lucha y la organización de la lucha, actos debidos a la voluntad del hombre.

La acción revolucionaria, violenta si es necesario, es el aspecto conclusivo del voluntarismo malatestiano. Pero esta acción no debe ser aislada o peor todavía conducida externamente al pueblo. En este sentido la consideración y el estudio de las condiciones objetivas que determinan las modificaciones estructurales del hombre, sin descuidar las condiciones mismas de la evolución, no deben ser consideradas despreciables, si no deben tenerse presentes en la perspectiva de la organización directa de la lucha.

Las tendencias naturistas, vegetarianas, esperantistas, cristianas, pedagógicas, de liberación sexual, etc. Aunque en su conjunto responden a necesidades esenciales de liberación del hombre, se encuentran subordinadas al problema central de la lucha de clases. No atacando directamente las estructuras de la sociedad capitalista, limitándose (en la mayor parte de los casos) a una resistencia "pasiva" o "alternativa", demostrando no haber comprendido la esencia del poder moderno basado en la sutil técnica del "englobamiento". Algunas veces estos movi-

mientos superan las limitaciones del trabajo específico de tipo educacionista pasando a las organizaciones de clase y al ataque del poder. En este caso, aunque con el mismo nombre, el movimiento ha cambiado sustancialmente y por tanto, nuestras critica no tiene razón de ser.

Es el mismo problema que el del individualismo anarquista. La instancia primera es esencial: hay que salvar al individuo del peligro de la masificación y del peligro de una sociedad construida sobre si, en nombre de unos valores que acaban de resultarle extraños. Pero este cuidado indispensable puede alcanzarse por otro camino, es decir no a través de la negación del otro, si no a través de la colaboración de los demás en un germen organizativo que encuentre la dimensión justa y las justas relaciones para no degenerar en una construcción centralizada. Este libro es justamente una contribución a la resolución de este problema. Negamos que el problema sea insoluble. Al contrario, afirmamos que partiendo de la base, olvidando todas las estructuras de partido o de sindicato, gestionando la lucha revolucionaria y la construcción de la nueva

sociedad desde la base, se puede resolver el problema del contraste aparente entre individualismo y comunismo anarquista.

2.- LAS BASES DE UN ANARQUISMO MATERIALISTA.

El término "Idea", que tan a menudo utilizan los anarquistas, tiene dos significados en la historia de la filosofía. Puesto que es el término acuñado por los filósofos, es justo que aclaremos sus significados para superar una grave confusión que encontramos a menudo entre los compañeros. El primer significado es el de Platón: la idea es el modelo de lo existente (caballo e idea de caballo). Y sobre esta afirmación el filósofo griego construía una mitología que no nos interesa. El segundo significado es de Descartes: la idea es un concepto, una teoría, una tesis, un modo de interpretar la realidad.

Es evidente que el sentido moderno, en el que casi siempre viene utilizando el término "idea", es el de Descartes. Sin embargo cuando hacemos referencia al idealismo las cosas no están mucho más claras. Cuando decimos que el anarquismo, en algunas de

sus manifestaciones ha sido y es idealista y que debería despojarse de ciertas puerilidades para convertirse en materialista, queremos decir que debería dejar de considerar la realidad como un producto de la idea. Este es, de hecho, el equívoco.

Los idealistas (Hegel y compañía), consideran la realidad como una proyección de la idea (en el sentido platónico),y muchos de nuestros compañeros, cayendo en el mismo error, consideran la realidad revolucionaria como algo que viene determinado exclusivamente por nuestra idea, Así es como llega a idealizarse peligrosamente hasta el voluntarismo. La presencia de situaciones extrañas a los intereses del movimiento obrero en general y al movimiento anarquista en particular se explica a partir de estas teorías. Teorías que se rehacen en Schopenhauer o en Nietzsche y que son propugnadas, con la más obtusa buena fe, por compañeros que no tienen una visión clara del problema.

Consideremos, al contrario, el término Idea en el sentido cartesiano. Aquí la "idea anarquista" es una tesis, una teoría, una interpretación del mundo. No produce nada en la realidad si nosotros con nuestras accio-

nes no determinamos las consideraciones adecuadas, y si la realidad, por sí misma, no presenta características precisas que no dependen solamente de nuestra voluntad.

La voluntad no tiene cualidades articulares, no tiene capacidades milagrosas, no puede resolver situaciones irresolvibles, no puede determinar acontecimientos que no corresponden a situaciones ya existentes en la realidad: puede solamente acelerar estos procesos, enderezarla en un sentido o en otro; en una palabra, puede contribuir a marcar el curso de la historia.

Los anarquistas insisten en construir una organización de la sociedad que parta de la base que garantice la libertad de todos, las necesidades y una igual distribución de los bienes. Esta insistencia es una acción voluntaria y conciente que encuentra en frente a una realidad social muy diferente, refractaria a veces a esta solución. Tarea de los anarquistas es actuar sobre esta realidad para dirigirla, tanto como sea posible hacia expectativas libertarias.

Pero en realidad actúan fuerzas de composición y dirección muy distintas. Las fuerzas de la reacción, patrones y servidores que

sostienen la explotación, las masas explotadas que a veces luchan por su liberación de un modo desorganizado y escasamente conciente, las minorías autoritarias y revolucionarias que guían a las masas hacia la construcción de un nuevo poder y no hacia la abolición del poder. Sobre esta realidad, que llamamos"lucha de clases", debe actuarse concretamente, sin idealizar nuestra "idea" en sí misma, ni la misma acción. Su idealización nos impediría una visión exacta de la realidad.

La lucha de clases es un hecho innegable. Puede interpretarse con metodología marxista y resultar deformada en función de los fines que pretenden en función de los fines que pretenden alcanzarse. Puede ser interpretada en sentido libertario, sin forzarla a sostener tesis preconcebidas discutidas en la mesa de los filósofos de modo incomprensible.

El particular punto de inflexión dado por los marxistas al papel jugado por el factor económico, la dependencia absoluta entre estructura y lo que ellos consideran superestructura, la escasa consideración del problema ético, la instrumentalización dialéctica,

el mecanismo filosófico rígidamente ligado a una concepción totalmente superada como "visión del mundo", son problemas que no durarían mucho tiempo a una critica abierta y franca de los mismos marxistas, si salieran del rígido esquema impuesto como punto de partida. En otros términos, si desapareciera la relación autoritaria del fenómeno marxista en breve, desaparecería el marxismo para resurgir como una de las tantas teorías que pueden tomarse en consideración para analizar las condiciones de lucha del proletariado y la posibilidad de una futura sociedad socialista.

El caso Lukacs[8] es clarísimo. En cuanto se permite desarrollar una interpretación que se aparta de las directivas del partido se ve obligado a la autocrítica y, para sobrevivir, debe renunciar y declarar erróneas sus tesis. Korch, que no lo hace es expulsado del partido y casi cualquier actividad le es impedida. De este modo el razonamiento resulta absurdo y alucinante.

Las discusiones entabladas con los marxistas, especialmente en el plano del materialismo histórico, están bloqueadas no tanto

8 George Lukacs(1885-1971), filosofo Hungaro, marxista y hegeliano participe de la clase politica del gobierno hungaro.

por sus tesis como por las del partido, que las santifica y las hace inaccesibles. Mientras perdure este sentido de las cosas, no solamente será imposible hablar de apertura, sino incluso utilizar sus tesis para nuestros análisis. Por el contrario, será necesario retomar todos los puntos analíticos que han sido escogidos, examinar en qué modo han sido mixtificados y devolverlos a su originalidad.

Para concretizar nuestro razonamiento pongamos dos ejemplos. El primero nos viene dado por el concepto de dialéctica. En el sentido marxista, la dialéctica no es un modelo que nos consienta examinar un posible desarrollo de la realidad, sino al contrario, es la misma realidad en su intrínseca composición. Esta última tesis es muy válida para establecer las condiciones del dominio del partido porque siempre será posible fijar un modelo preciso y venderlo como realidad en su misma esencia. Al contrario, un modelo de trabajo siempre puede ser puesto en duda, pude ser criticado por todo el mundo y en esta suposición, un partido se encontraría en seguida en dificultades.

El segundo ejemplo lo encontramos en el concepto de clases. Como hemos visto, Marx

resulta muy oscuro. Para que haya clase es necesaria que haya la conciencia de clase; el que no la posee no se pude decir que pertenezca a una clase, aunque por ciertas condiciones extrínsecas (por ejemplo económicas) se llegaría a conclusiones de pertenencia. Este problema abriría el camino una serie de consideraciones sobre la relación vanguardia-clase, en el sentido de que el aumento de la segunda llevaría a la desaparición progresiva de la primera: pero siempre existe el peligro, siempre puede presentar la necesidad. De ahí una conclusión rígidamente centralista: lo que cuenta es la vanguardia, el proceso revolucionario hará el resto. De este modo, se rehuye el problema dejándolo abierto. En efecto, la revolución la harán los explotados, su clase no está rígidamente determinable a priori, y ni falta que hace: las condiciones de fondo de la explotación y la ética, actúan de modo que la separación existe y se mantiene. Los marxistas no pueden estar de acuerdo con esta afirmación. Para ellos sólo el proletariado industrial es una clase revolucionaria, después están otras clases, la de los campesinos, que harán la revolución: su tesis no cambia, permanece la misma. Con

este argumento no es posible obviamente, una apertura.

Pero este problema, el de la dialéctica, el de la metodología filosófica, el de las clases y de los explotados y tantos otros no son problemas "marxistas", son problemas de todos y deben ser afrontados por los anarquistas. Más allá de las palabras, la búsqueda es indispensable. Pero de la búsqueda y de la crítica a la apertura total el paso es enorme.

La conclusión de este razonamiento es la necesidad de liberar al materialismo de la hipotética dialéctica del marxismo sin reducirlo a la abstracción biológica o mecánica, sin apartarlo de su situación histórica. El hombre es un suceso histórico. Como fenómeno biológico no nos dice nada con respecto a su destino y a sus posibilidades. Sólo en la historia se exterioriza y realiza en cuanto a hombre.

Por otro lado, la afirmación de la historicidad del hombre no es un reconocimiento de su inevitable estructura dialéctica. El materialismo histórico no es una "combinación" marxista, al menos en cuanto es posible mantenerlo como idealismo sin reducirlo a un idealismo (hijo de Hegel) tan amplio que

Gentile[9] y Marx pudieran colocarse juntos.

La utilización de la razón, que hace posible hablar de materialismo, puede realizarse en un sentido dogmático (absolutista) y en un sentido crítico (no dialéctico). En este último sentido, que por otro lado es que nos interesa, podemos llamarnos racionalistas, no dialécticos, críticos, pluralistas, voluntaristas; en este último sentido la voluntad (irracional) halla el momento positivo de la razón (racional) y determina la forma histórica (material), sin resultar constreñida por un modelo prefijado (dialéctico). Al contrario del dogmatismo dialéctico (marxista) debemos aprovechar el aspecto fecundo del pensamiento en su acción real, en su realización efectiva como transformación de los esquemas, pero esto sólo es posible si partimos de una posición libre de preconceptos y de modelos preconstituidos (materialismo dialéctico).

En cuánto a la gravedad del problema, todos podemos verlo reflexionando sobre cómo muchos compañeros anarquistas resultan condicionados por las tesis marxis-

9 Giovanni Gentile (1875-1944) filosofo siciliano, ministro de instrucción pública en la dictadura de Musollini.

tas, hasta en la elección de los autores a leer. Por ejemplo, Sorel se deja de lado condena de la iglesia marxista, y lo mismo puede decirse de Stirner[10] y de todos los demás penadores que han intentado dar una visión voluntarista de la realidad. Lo que ningún anarquista debe admitir es la condena en bloque, la recusación absoluta, por principio, especialmente cuando esta condena viene de la parte marxista. Si no se hubiera contrapuesto históricamente de modo tan concreto a Marx, en el seno de la primera internacional, la misma suerte le hubiera tocado, probablemente, incluso a Bakunin.

3.- LA HISTORIA Y EL HOMBRE.

La historia habla de los hombres, de sus luchas y de sus esfuerzos por liberarse. El fenómeno más sobresaliente de la historia es el ejercicio del poder: las vicisitudes de los Estados a menudo resultan lo más importante y terminan por sumergir la historia de los hombres.

"El poder es en sí mismo un mal...No

10 Johann Kaspar Schmidt 1806-1856) filosofo Aleman, autor de la obra "El único y su propiedad" libro de cabecera de la corriente anarquista individualista.

permanece quieto, al contrario le empuja un ávido deseo, por eso mismo irrealizable: crea una infelicidad que no puede dejar de hacer infelices a los demás. Con él, ineluctablemente se cae en las manos de ambiciosas dinastías deseosas de mantenerse en el poder a individuos, "grandes hombres" o personajes por el estilo, es decir de fuerzas a las que no les importa en absoluto el progreso de la civilización" (J. Burckhardt).

Interpretación bastante cercana a la realidad, aunque necesita de notables correcciones. Este historiador, como punto de partida insiste en "el poder" como entidad central no muy identificada, que al exteriorizar su fuerza,-préstese atencion-, es siempre maléfica.

"Ciertamente el Estado, lo ha probado todo, incluidos los Asirios, los Babilonios, los Persas, y otros, para impedir la llegada de la individualidad, que consideraba desde siempre un gravísimo mal. Y siempre ha sido así; en un punto o en otro, la individualidad quería emerger pero sucumbía frente a la barrera de los ordenamientos civiles y religiosos, a las organizaciones de las castas, etc. Sin poder dejar huella de si" (J. Burckhardt).

Aquí se aprecia un contraste, una lucha.

Pero no es la lucha de clases. En la práctica, aunque fascinante, esta tesis del historiador es falsa o al menos parcial. La lucha del individuo tiene lugar en el interior de una dimensión colectiva, de una solidaridad sentida en el fondo; la otra lucha, la individual, la de los grandes espíritus libres, sirve a la primera de punto de referencia, pero no constituye, por sí misma, un signo de los tiempos o un aumento objetivo del proceso de liberación.

La característica central de la historia es la lucha del hombre en el interior de una estructura precaria, modificada poco a poco en el tiempo, en función de la necesidad, pero caracterizada por el signo de la solidaridad. Esta lucha de tanto en tanto emerge, solicitada por la necesidad objetiva, casi siempre el hambre y la miseria, la peste, la violencia de los señores o de la iglesia, la explotación. Emerge en forma de revuelta más o menos organizada, del acuerdo de apoyo mutuo, de elemental estructura de resistencia.

Se contrapone al poder en forma directa aceptando la guía de las élites revolucionarias que se aprestan a atacar el poder para suplantarlo y que precisamente por ello necesitan a las masas.

Tenemos por tanto una lucha a nivel oficial, registrada constantemente por la historia, que ve una continua sustitución de élites en el poder; y una lucha de la base, no registrada, que es constantemente recuperada por la élite en fase ascendente.

La pregunta esencial a hacerse es la siguiente: ¿Por qué las instancias de liberación de la base han sido siempre puestas en las manos de los futuros amos? ¿Por qué todas las luchas han sido recuperadas?

La respuesta parece clara. En efecto, una "recuperación" total de la lucha no se a dado nunca, siempre se han verificado "diferencias" en esta recuperación. El conjunto de esta recuperación es lo que usualmente llamamos "progreso". El progreso no puede disponerse en una línea horizontal, es decir, no se puede hablar de progreso rectilíneo; sea como fuere, a grandes rasgos, este progreso ha sido, y es reportable siempre a las luchas de los explotados. Lo que ha sido recuperado íntegramente es el sentido de religiosidad de la lucha, ligado de modo indisoluble a al situación de miseria y sufrimiento de la base. El dolor es lo que ha caracterizado las luchas históricas y lo que ha sido totalmente recu-

perado a través del mecanismo de la guía revolucionaria. Y con este dolor, el sentido de religiosidad que le acompaña, el sentido de “rescate” y de “venganza”.

Podemos así ver en la historia, por un lado el progreso material del pueblo, debido a las consecuencias de su lucha; por otro, la constancia en la necesidad religiosa que hace de la sustancial situación de explotación y de sufrimiento a que ha sido sometido. A un cambio objetivo en el sufrimiento y la explotación corresponde un cambio en la religiosidad. El sufrimiento de los pueblos antiguos fue distinto y distinta fue su religiosidad; el sufrimiento del proletariado moderno hace también distinto su sentimiento religioso.

No debemos, sin embargo, confundir religiosidad con religión. La religión comporta un sentimiento de religiosidad en el pueblo que no deriva en modo alguno de los absurdos mitos de la religión, sino de la situación de sufrimiento en la que el pueblo se encuentra. Abolir la explotación significa la desaparición de la religión. En este sentido por religiosidad del proletariado moderno entendemos la necesidad de guía, de punto de referencia, la necesidad de un partido.

Y esta necesidad es la que constantemente ha sido recuperada en la historia porque el sufrimiento ha sido constantemente reconstituido, aunque bajo distintas formas y con distinta intensidad.

No es importante fijar un momento inicial de este desarrollo histórico. Estamos más o menos seguros que de la propiedad comunitaria de la tierra se pasó, en época histórica, a la propiedad individual, coincidiendo el fenómeno con el paso del matriarcado al patriarcado y con el surgimiento de la familia y el principio hereditario; lo que cuenta, principalmente, es que la historia, desde sus comienzos, es decir, desde el momento en que es posible contar con testimonios razonables, registra la presencia de mayorías explotadas. Ellas son las que marcan el desarrollo histórico. En otros términos, la historia toda es la historia de los explotados.

La situación de explotación viene determinada por una precisa distribución de los medios de producción. La clase que goza de la propiedad de estos medios termina automáticamente por explotar a la que ha excluido. Pero este fenómeno por sí solo no es suficiente para explicar el estímulo a la

lucha, a la insurrección. La voluntad de algunos, de una pequeña minoría, que empuje a los otros a la revuelta, que esclarezca a los demás el por qué de la revuelta y sus fines, es también necesaria.

La historia no siempre ha registrado los nombres de los hombres y de los grupos de hombres que empujaron a la lucha y a la rebelión de los explotados, pero su existencia podemos deducirla de la presencia constante de estas minorías en la época histórica, o del hecho de que toda una masa de individuos explotados no reacciona del mismo modo. Los hay más sensibles, más rápidos sopesando el límite de aguante de la autoridad.

Es la eterna diferencia entre los hombres lo que crea las bases posibles de ejercicio activo de la voluntad.

A menudo, estos hombres han sido englobados por la élite ascendente, otros han sido asesinados por renunciar a la asimilación.

Contra el residual sentido de "religiosidad" el anarquismo debe luchar con todas sus fuerzas, intentando empujar a los explotados a la lucha liberadora en primera persona, explicando que el deseo de "venganza" tiene sus orígenes en la oscura noche bíblica

de la religión del pasado, que hoy debe ser visto objetivamente como residuo irracional que las élites ascendentes aprovechan para relanzar una vez más a las masas a la desesperación y al embrutecimiento.

4.- EL DETERMINISMO DIALÉCTICO.

El conflicto tradicional, que ha marcado la historia del movimiento revolucionario, ha girado en torno a la necesidad de delimitar el campo de acción de la autoridad. Que la nueva "autoridad" se contraponga a la vieja es asunto comúnmente aceptado, como componente intrínsico del curso de las cosas, sobre el que es inútil discutir, al menos, en cuanto se ha dado por cierta sustancia dialéctica de la realidad.

Problema de sustancia, pero también de método. Si por método entendemos el dialéctico, sustancia y método se identifican, y ahí que el método mismo aparezca sustancia.

El determinismo dialéctico es producto de una época histórica muy precisa y se resiente de todas las premisas científicas y metodologiítas típicas del ochocientos. El concepto de equilibrio dinámico que presupone, está

tomado de la mecánica de la época, considerada la ciencia exacta por excelencia, vistos los grandes resultados que había dado aplicada a la astronomía. Si el asunto de partida se tomó de Hegel (y sería necesario conocer los límites de este préstamo) la idea general de equilibrio dinámico es desde luego un mito de la época que encontramos idéntico en economía y en sociología.

No queremos tratar aquí de las elaboraciones que el determinismo dialéctico ha sufrido a raíz del trabajo de los revisionistas del patrimonio marxista, separándolo notablemente de la propuesta más rígida de Engels. Nos interesa, en cambio, tratar la tentativa de elaboración hecha por algunos compañeros anarquistas en el libro: "Analisi Nuova per la strategia si sempre"[11]. El problema abordado es el de la lucha de clases, pero recibe un significado particular en función de una curiosa interpretación de la dialéctica.

Nuestros autores se fatigan construyendo hipótesis de lucha de clases tripartita, que les consienta salir del laberinto dialéctico del esquema bipartito. A parte de lectura

11 "Un Nuevo Analisis pero la estrategia de siempre." en italiano en el original.

de Pareto[12], escritor respetable y crítico del marxismo, demasiado y viseralmente parcial para resultar utilizable a largo plazo; aparte de algunas reminiscencias de Kropotkin y Archinov[13], el razonamiento es aceptablemente nuevo. Sólo que no alcanza el resultado esperado. Esquema era el bipartito y esquema continúa siendo el tripartito. Hijo, el primero, de la dialéctica hegeliana, primo, el segundo, de la misma dialéctica. Realmente, no existe, una clara superación del esquema de contradicción entre dos opuestos, sino que se hace espacio para infinitos contradictores, permaneciendo fijo el mecanismo esquemático de la dialéctica. Un ejemplo bastante claro lo dan en este sentido las tentativas de Mao, en particular sus escritos sobre las contradicciones.

Pero por otro lado, abandonar todo tipo de sistematización hace difícil explicar las diferencias de clase, y acaba por confundir todo en una oscura y contrarrevolucionaria

12 Wilfredo Federico Damaso Pareto (1848 - 1923) fue un sociólogo, economista y filósofo italiano

13 Piotr Andrievich Marin (1887-.....) filosofo Marxista, traicionado por los bolchevique se acerco al anarquismo. Escribio junto a Makhno y compañia la "Plataforma Organizativa para una Unión General de Anarquistas"

noche que hace negros a todos los gatos.

Sin embargo, estamos aquí ante un problema filosófico que- como sucede a menudo- bordea peligrosamente asuntos nada filosóficos. El concepto de lucha de clases no es peligroso por bipartito, sino por estar ligado a la dialéctica, que a su vez está ligada a un mecanismo determinista, exaltado por la ciencia del pasado.

Por otro lado, si la dialéctica pude repensarse de muchos modos, hasta el punto de desnaturalizarse como tal y construir la esencia misma del objeto y no nuestro modo de comprenderlo, como nos han enseñado los marxistas, por el contrario, puede llegar a ser un modesto instrumento de interpretación de la realidad, algo extrínseco a la realidad misma, un modo de acercamiento y de construcción de modelos de acción. Reducida a estos términos la dialéctica carece de peligro. Pero puede retomar toda la carga negativa, si no se cambia la presencia del presupuesto determinista antes dicho. De este modo, el fantasma que se expulsa por la puerta, entra por la ventana.

En este punto el razonamiento amenaza con hacerse demasiado largo y complicado.

Lo importante no es fijar un nuevo esquema, ni las partes en que se divida, lo importante es desarrollar un minucioso análisis de las fuerzas en juego en una cierta realidad socio-política, utilizando incluso el mecanismo dialéctico, a condición de desnaturalizarlo de la pretensión marxista de, que eso y sólo eso es la realidad, y a condición (todavía más importante), de despojarlos del presupuesto determinista. De hecho, la lucha de clases en sí no tiene nada que haga pensar en la "necesidad" de una emancipación final y completa del hombre, y esta perspectiva tampoco puede encontrarse en la forma tripartita o en cualquier otra forma que la fantasía humana quiera darle. Sólo la acción revolucionaria, deseada por el hombre puede constituir el proyecto de sociedad futura. No hay ninguna ley soberana que gravite sobre el mundo, como la ciencia moderna ha contribuido a esclarecer. Sólo eclesiásticos y obtusos marxistas pueden todavía permanecer imperturbables hablando de las leyes inmutables del desarrollo dialéctico.

5.- EL VOLUNTARISMO ANARQUISTA.

La afirmación de que la voluntad cae exclusivamente en el campo irracional, es superficial, y como tal, todas las miradas que sobre ella caen están llenas de circunspección. Somos concientes que tras la afirmación de la voluntad pueden esconderse géneros de distinta clase (por ejemplo, la voluntad de poder, etc.). Pero la cuestión se profundiza en otro sentido.

Si definimos la voluntad como "irracional", debemos conocer con exactitud que es la racionalidad. No podemos estar de acuerdo con Hegel, diciendo que racional es todo lo existente. Esta última afirmación haría resultar racional la voluntad pero no nos permitiría distinguir nada más: igualmente racionales serían las acciones del déspota que tiraniza y las del revolucionario que lucha por la libertad.

Pero podemos distinguir entre racional en el sentido de "razón de ser" y racional en el sentido de "lo que cada individuo, en una situación de clase determinada, debe hacer en base a la propia conciencia moral". El primer sentido del término "racional", es

un sentido estático, válido en la búsqueda de motivos y conexiones de la realidad; el segundo sentido dinámico, indispensable para la acción práctica.

Este camino que sugerimos podría servir para superar la separación aparente entre razón y voluntad, entre racional y voluntario, entre determinismo y voluntarismo.

De este modo queda fijada una relación precisa entre voluntad y moralidad, determinadas ambas históricamente por las situaciones de clase. La voluntad determina así una acción que encuentra un límite en la moralidad del individuo, que no es una entidad abstracta, sino algo que nace de las modificaciones históricas de la lucha de clases, y acaba por encontrar justa colocación en la realidad concreta donde, precisamente este suceso está en desarrollo. De este modo se ha contribuido a una "racionalización de lo irracional", con un procedimiento que no es distinto del que se emplea, pongamos, en la justificación de la violencia. La violencia, considerada en sí misma, como hecho primero, es algo irracional, pero considerada en función de una limitación moral (violencia defensiva frente a un ataque constante del

Estado) se convierte en un suceso racional que ha sido transformado por medio de algo- más amplio y general- tan racional como la lucha de clases.

En 1897, Malatesta escribía: "Nadie se excuse con el deseo de participación en cosas más grandes: nadie esconda su propia cobardía diciendo que no sale a la calle sino es para cambiar el mundo. ¡Poco Es mejor que nada!" En la claridad de estas palabras, se recibe la más alta enseñanza del voluntarismo anarquista: la modestia y la constancia de la acción. La voluntad encuentra su justificación y su razón de ser en esta dimensión. Hoy, tras los sucesos de los últimos años, uno de los elementos más importantes del anarquismo es el voluntarismo malatestiano, uno de los elementos al que referirse en la interpretación de la lucha de los explotados.

En Malatesta, la necesidad de la educación y de la propaganda está clara, también la necesidad de la insurrección buscada con insistencia, estudiada y alimentada con fe y pasión, y que actúa aun cuando no se puede hablar de "revolución anarquista" como los puristas querrían que fuese.

Todo esto está presente en Malatesta,

el mismo Malatesta que en el movimiento anarquista tomo como bandera, aunque en muchos aspectos se coloque fuera del tiempo y de la lucha anarquista.

LA CONTRA PARTIDA

1.- LOS PARTIDOS DE TRABAJADORES.

Explotando lo que hemos definido como "religiosidad residual" de los oprimidos, algunos partidos se han autodefinido "guía" revolucionaria de los trabajadores y se preparan como élite ascendente en aquellos países donde todavía no han alcanzado el poder.

Partiendo de la hipótesis autoritaria, aunque los aditamentos sean distintos, los resultados son siempre los mismos, por más que la organización de la explotación sea distinta. Tenemos el ejemplo de la revolución Rusa. Si el marxismo triunfante modifica las estructuras, hace que permanezcan en pie la explotación y la división de clases; si consiente un cierto tipo de éxito revolucionario, pronto la revolución en su desarrollo lógico natural (como revolución social y no solamente como revolución económica) acaba por recular; si la moral burguesa y el modo

típico de pensar de esta clase son suspendidos por un cierto tiempo, bien pronto el chovinismo queda restablecido, destruyendo cualquier residuo revolucionario; si el viejo orden económico cae, otro toma el puesto, fundado igualmente sobre la explotación, sobre el dogmatismo teórico, sobre la religión del sistema.

El jacobinismo vengador puede llegar a ser -en manos expertas- un instrumento bien aceptado por las masas; pero el autoritarismo no es fácil de cancelar. De este modo la revolución no es ya la eliminación de los privilegios de los que goza la clase dominante, y por tanto la eliminación sustancial de la diferencia que la hacía posible; sino la sustitución de la vieja clase dominante por una nueva, igual de orgullosa y hambrienta.

La nuestra es una exhortación que haga sopesar las dos soluciones que se nos presentan: la del anarquismo y la del marxismo. La solución que el marxismo provee, no es de hecho una solución, en el sentido que comúnmente viene dado a este término, es decir, arreglo definitivo del problema; es, solamente un aplazamiento del problema, una seudo-solución.

El anarquismo podrá tener sus limitaciones, sus aspectos poco alentadores para los que tienen un paladar exquisito a causa de las lecturas de los popes del autoritarismo revolucionario; pero tiene un gran mérito, intenta partir del hombre construyendo para sí la sociedad futura postrevolucionaria, intenta por tanto realizar una revolución que sea liberación de la humanidad y no simplemente traspaso de poderes, intenta preparar la posibilidad de concretizar este complejo proyecto, aun siendo conciente de las dificultades que le saldrán al encuentro. A menudo el camino más corto acaba en un callejón sin salida.

Cuando el punto de partida es el hombre, no es posible reflexionar sobre eventuales métodos de organización de una perfecta jerarquía de partido. En estas sutiles discusiones, en estas ingenuas (aunque no siempre) pretensiones de alcanzar una disolución del Estado, en estas construcciones de poder, el hombre resulta extraño, resulta etiquetado, valorado, pesado, medido y después dirigido una vez más hacia campos de concentración, hacia el trabajo forzado, hacia el exterminio. Y el socialismo no puede ser construido

sobre cadáveres de trabajadores asesinados.

Los militantes de base de partido podrán tener todavía buena fe, pero los cuadros burocráticos ciertamente no la tienen. Es esta élite de poder, sostenida por la base, y tras el escudo ideológico, la que conduce las fuerzas revolucionarias al mar del olvido.

La reacción, particularmente en los Estados modernos, no es solamente la ceñuda figura del fascista, es también la simpática figura del reformismo que cubriéndose con palabras del vocabulario revolucionario, en esencia, sostiene la explotación de modo más eficiente de lo que pueda hacer el fascista en su obtusa oposición.

La que parecía una polémica vana, hecha en nombre de la autonomía y de la libertad del individuo, lo que era considerado individualismo y condenable, por tanto, ante las necesidades de las masas, emerge aquí, como reflexión de clase, de forma macroscópica. La negación de la toma de conciencia, de la defensa de la autonomía y la negación de la responsabilidad del individuo, combinadas con la práctica de la delegación de poder y de las decisiones, la negación de cualquier esfuerzo por comprender la realidad políti-

ca, conducen, todas juntas, a la imposibilidad de la emancipación, al fracaso de todas las tentativas revolucionarias. Reconfirman la base reaccionaria del reformismo.

Negarse a partir del hombre, significa ver desaparecer el concepto mismo de clase de entre las manos, quedar con un solo instrumento, -si se quiere eficiente para ciertos fines- la vanguardia, que, tarde o temprano, acaba por trabajar en interés propio y sobre las espaldas de los explotados.

2.- LOS SINDICATOS DE TRABAJADORES.

Mientras por un lado se difunde cada vez más entre la clase trabajadora la justa desilusión sobre las capacidades concretas de lucha de las organizaciones sindicales, por el otro persisten curiosos residuos de la que se podría definir como ideología sindical.

Es la luz de los hechos, deslumbrante en su desnudez, la que lleva a esta desconfianza, a desertar en las huelgas, a la mentalidad corporativa, al rechazo de la lucha; la luz de los hechos nos dice que el sindicato se ha transformado en instrumento maleable en manos patronales. Por el contrario, es

un defecto de perspectiva, una insuficiencia analítica, un burdo obrerismo, lo que lleva a muchos compañeros a perpetuar la ideología sindical.

Las limitaciones del sindicalismo no vienen determinadas exclusivamente por una degeneración de su estructura (ligada al desempeño de sus funciones específicas y al engrandecimiento del número de sus adherentes), sino que son típicas de la estructura de sus relaciones con el capitalismo.

La tarea fundamental de los trabajadores es la destrucción de la explotación y la creación de las bases necesarias de una organización productiva, en la que, desaparecida la explotación, la reconstrucción será posible tomando al hombre como base. Para hacer eso, se necesita sobrevivir y para sobrevivir es necesario arrancar todo lo necesario a la avidez capitalista. Pero esta gran verdad no puede oscurecer y convertir en secundaria otra verdad, la de la lucha por la abolición de la explotación.

El programa concreto del sindicalismo se puede resumir en: colaboración a la estructura productiva del capitalismo. No debe verse nada vergonzoso en todo esto. Dado

que las funciones de un sindicato son de tipo reivindicativo, para reivindicar es necesario primeramente salvaguardar la vida y la eficacia de la parte oponente. En caso contrario viene a faltar el término concreto de la reivindicación y con ello el motivo mismo de la existencia del sindicato.

Las críticas tradicionales al sindicalismo se pueden resumir en el análisis de los límites de desarrollo del sindicato. De hecho, éste nace en contraposición a la explotación de la clase trabajadora por parte de capitalista, es decir, nace de una objetiva histórica que se desarrolla en el tiempo. De ahí una evolución también en la estructura y en los fines de sindicato.

Concentración monopolista del capital y concentración sindical del trabajo, se contraponen al fin sin que ninguno de los dos resulte por encima del otro. El conflicto no se resuelve y las dilataciones acaban por redundar en beneficio de la clase explotadora que, de este modo, puede continuar explotando aún cuando ya no existan las condiciones objetivas para hacerlo.

Esta crítica no es equivocada, sólo que, en general, viene utilizada de modo equivo-

cado, según el interés político que empuje el analizador.

Los marxistas (Gramsci, por ejemplo) la han empleado para llegar a la conclusión de que la solución es el partido comunista, el partido de los trabajadores: imposibilidad de la lucha en el plano estructural, transposición al nivel superestructural y consiguiente acción sobre la estructura. Los sindicalistas revolucionarios (Pelloutier, por ejemplo) la han empleado para concluir que la solución es el mismo sindicalismo: cae el presupuesto de la eficiencia y hace permanecer la ideología sindical, el embrión de un Estado en un Estado burgués.

En estas propuestas, no se quiere entender que el sindicato, como el partido político, no puede llevar a la revolución social, pero puede determinar condiciones revolucionarias (paralelamente al desarrollo de otras condiciones) así como de hecho (en el propio proceso de explotación) las determina el capitalismo. Tras la revolución, si queremos que esta sea verdaderamente la revolución, ni los partidos, ni los sindicatos, ni el capitalismo, sólo las organizaciones de base de los trabajadores, distribuidoras en federaciones

de carácter económico y no político, serán las estructuras del futuro. De otro modo deberá empezarse otra vez todo el trabajo.

Otra crítica al sindicato es la que proviene de los militantes anarquistas, y va dirigida precisamente contra aquella parte del movimiento anarquista que insiste en el anarcosindicalismo, como hace tiempo insistía sobre el sindicalismo revolucionario, en forma unívoca, sin intentar analizar los límites y las peligrosas contradicciones del sindicalismo en general.

Uno de los debates más claros sobre este argumento es quizás el que tuvo lugar entre Monatte y Malatesta en el congreso de Ámsterdam en 1907. Monatte sostenía un programa en el que sindicalismo y anarquismo resultaban perfectamente complementarios. "En el trabajo reivindicativo cotidiano el sindicalismo persigue la coordinación de los esfuerzos de los trabajadores, el crecimiento del bienestar de los trabajadores a través de la realización de mejoras inmediatas. . . prepara la emancipación integral que no puede realizarse sin la expropiación del capitalismo". (Monatte).

Así habla Malatesta, con una claridad

fundamental: “El sindicalismo puede aceptarse como medio no puede ser nunca un fin. La misma huelga general, que para los sindicalistas es sinónimo de revolución, no puede ser considerada más que como un medio”.

No estamos totalmente de acuerdo con esta posición de Malatesta. Sin duda el sindicalismo no es un fin pero para que pueda considerarse como medio, es necesario que sea entendido como medio de preparación de la revolución y no como medio para el mantenimiento de la explotación, cuando no como medio de preparación a la contrarrevolución. Este es el problema. El problema de la presencia del sindicato en la sociedad es el problema político de poder, como el de la presencia de cualquier otra organización de poder concurrente al del Estado. La dinámica concreta con que estos manejos se desarrollan asume características tan particulares que a veces resultan difíciles de comprender las contradicciones de superficie, pero esto en nada afecta a la verdadera sustancia del asunto.

En este sentido la tesis de Malatesta resulta poco adaptable a la acción. Tesis, que importa no olvidarlo, hacía referencia al movido ambiente del sindicato fran-

cés anterior a la gran guerra, ambiente en el que los anarquistas eran activísimos, un ambiente que había visto el trabajo de Pelloutier, el fundador de la "Bolsa". Quizá hoy, frente a una situación como la actual, que ha cambiado no en el fondo pero sí en la forma verdaderamente desagradable que este asunto toma, Malatesta habría revisado su razonamiento.

Aquí el programa es claro: el sindicato se preocupa de la gestión de la economía del Estado. Frente a la incapacidad patente (según la burocracia sindical) de los políticos en el gobierno, el interés de los trabajadores reclama imprescindible la perpetuación de la explotación.

La colaboración sustancial que el sindicato aporta a la difícil vida del capitalismo asume distintas formas en los distintos tiempos de crecimiento de este último. A un capitalismo de fabrica, un capitalismo manufacturero, ligado a una restringida visión del mercado, sin una clara orientación multinacional. Un capitalismo que podríamos definir "a la antigua", correspondía un sindicalismo "a la antigua", corporativo, fuertemente ideologizado en el sentido de exaltación del trabajo (todo lo hace el obrero), dirigido al mejoramiento

salarial y principalmente ambiental (situación interna de la fabrica, seguridad en el trabajo, relaciones con los superiores). A un capitalismo multinacional, tecnocrático, un capitalismo gestionado indirectamente por el Estado a través de sus financieros, dorado de una lógica aritmética (el razonamiento sobre la tasa de beneficios resulta marginal) muy especial, capaz de tejer una finísima red de relaciones internacionales, un capitalismo que podríamos definir "nuevo", corresponde, hoy, un sindicalismo "nuevo", fascinado por las posibilidades de un razonamiento confederal a nivel europeo e internacional, no muy consciente de la posibilidad concreta de poder que semejante razonamiento deja abierta aunque decidido a dejar escapar el momento de la concretización. Al capitalista tecnócrata, corresponde el sindicalismo tecnócrata. A gran manager internacional, gran sindicalista internacional.

Nunca se hablará suficiente de peligros de esta perspectiva, y es por ello que consideramos de gran ayuda el estudio de los problemas de la autogestión; quizá serían necesarias más acusaciones a los teóricos de la ideología del trabajo, denunciar la coterrá-

nea colaboración a la explotación del capital. Decir cómo, a menudo, incluso los anarquistas caen en el error de esta perspectiva.

En este sentido nos basta verificar el proceso de modificación que el sindicalismo experimenta en función de las modificaciones de la estructura económica sobre la que debe actuar. Como todas las construcciones estructurales del capitalismo está en función de ciertas necesidades y viene por ellas condicionadas. Analizar perspectivas y contenidos completamente extraños ha sido la enfermedad específica de algunos movimientos revolucionarios, que a partir del sindicalismo han perdido –por diversos caminos- la huella originalmente libertaria.

3.- EL CAPITALISMO.

El capitalismo está considerado hoy como una estructura económica que puede cambiar, no siendo, en absoluto, connatural a la vida en sociedad.

La vieja concepción partía del presupuesto de que "capital" era todo lo que el hombre poseía, desde el arco y las flechas de nuestro progenitor el salvaje, al coche de la indus-

tria actual. Esta concepción fue desarrollada de forma clarísima por Bohm-Bawerk, que consideraba capital "todo lo que es producido para servir a la producción ulterior".

Hoy día el "capital" ya no es considerado un conjunto de cosas, sino, una relación social no el instrumento de producción como tal, sino su propiedad privada, y no solamente esta (de hecho, incluso en economía no capitalista, por ejemplo, en la economía medieval, existía propiedad de los medios de producción), sino esta propiedad en cuanto se desarrolla a través del empleo de asalariados. De este modo el capital o "capitalismo" se convierte en un fenómeno histórico, nacido en el tiempo y condenado a muerte.

Anteriormente, la tesis de la eternidad del capitalismo, típica del viejo liberalismo, partía de viejos modelos de equilibrio, tan queridos por la ciencia positivista del ochocientos, tomados en préstamo de la gloria científica de la época: la mecánica. Dejando el curso libre a las fuerzas del mercado, eliminando las restricciones de todo tipo a la libertad de iniciativa, se obtenía la posibilidad de un desarrollo progresivo, indefinido, cada vez mas amplio no solo en el aspecto

económico, sino en todos los demás aspectos del hombre: eliminación de la miseria, de la desocupación, de la pobreza, de la enfermedad, etc. un sueño utópico, que cayo con la caída del sueño imperial ingles del periodo victoriano.

No fue Marx el primero en analizar y en estudiar el mecanismo de las crisis económicas del sistema capitalista. Realmente es Smith el primero que habla de las crisis. En él se encuentran dos ideas distantes contratantes: por un lado la idea de que el orden capitalista es definitivo, por el otro, la idea de la caída de la tasa de beneficio. Contradicción lógica que Ricardo superará demostrando que la caída de la tasa de beneficio está en función de la acumulación de capital.

También Malthus y Sismondi hablaron de esta contradicción del capitalismo sosteniendo que la crisis estará determinada por la insuficiencia de la demanda: crisis de la superproducción. Más que esto, la visión que estos dos escritores tienen de la superproducción es que no es consecuencia final y periódica del capitalismo, sino premisa inicial, de lo que se desprende que el capitalismo sufre un error de partida que le impide un funcionamiento regular.

El análisis de Marx es demasiado conocido para exponerlo, aunque fuera brevemente en estas líneas, no basta con saber que según él –que elogió con entusiasmo el capitalismo- no habría habido mejor solución para la humanidad si esta forma económica garantizara además del equilibrio parcial –consumidor-productor- el equilibrio general del sistema. Es la imposibilidad de esta última condición lo que hace que el capitalismo –enfermo- manifieste sus crisis periódicas que lo llevarán a la muerte.

Entre los economistas "oficiales" más recientes Keynes, Schumpeter, y Galbraith sostienen la total ineluctabilidad de la crisis capitalista. Según, Keynes, el capitalismo asegura un rápido desarrollo de la productividad y la satisfacción de las necesidades; pero la transformación del ahorro en capital, con el que se realiza el incremento de la productividad, debería empezar a reducirse especialmente cuando se avecine el punto final en la satisfacción de la renta insisten en una continua formación de ahorro dependiente de la necesidad objetiva, del que proviene el desequilibrio y la crisis.

Para Schumpeter, la base de la economía

capitalista es la actividad innovadora del empresario, actividad que va disminuyendo poco a poco a medida que se verifica la progresiva satisfacción de las necesidades, lo que lleva a una profunda transformación del sistema empresarial y por tanto a una transformación del sistema capitalista por entero (sustitución del empresario tradicional por el tecnócrata moderno).

Con Galbraith lo que determina el desequilibrio de la economía del mercado son los procesos de redistribución de rédito. Los salarios se elevan por encima del límite de subsistencia, de este modo se alza la demanda obteniendo dos resultados: la clase dominante pasa de un beneficio muy alto a uno más modesto y se eliminan los obstáculos a la realización del beneficio general. Se trata del "consumo civilizado". Pero Galbraith se pregunta de que modo podrá frenar la carrera de la productividad: la forma resolutiva es cuando menos inconsistente: "No debe forzarse la producción más allá de lo sensato".

No hay que olvidar que estas teorías no tiene su origen en el vano dialogar de los estudiosos, vienen reflejadas por la realidad

política y social y en esta ultima encuentra su justificación. Keynes pensaba la gran crisis americana cuando reflexionaba sobre los destinos del capitalismo, Galbraith se refiere hoy al imperialismo consumista de los Estados Unidos cuando habla de los disturbios endémicos de una sociedad opulenta.

Uno de los elementos que menos se han tomado en consideración en el estudio de la crisis y del futuro capitalista de la economía por parte de los economistas burgueses es la influencia de las luchas de los trabajadores, elemento reivindicativo que empuja al capitalismo tradicional, ligado al concepto de salario de subsistencia, hacia nuevas formas que van de las fases de "estancamiento" (examinadas por ejemplo por Hansen) a las fases de opulencia mencionadas. La apertura al "consumo" es en efecto uno de los resortes pulsados en el empuje de las luchas laborales.

Por lo que hoy asistimos a la contradicción abierta entre "realidad" económica, caracterizada plenamente por las luchas obreras, y "teoría" económica , que intenta buscar justificación y asiento lógico a esta realidad, que no acierta a encontrar el camino justo para volorar en su justo punto esta variable

esencial de la ecuación socio-económica.

Naturalmente, aspectos no menos importantes son la contraoferta con la que la patronal resiste a las pretensiones de los trabajadores, convocándolos a una perspectiva consumista que los liga a una aceleración de la producción (sociedad opulenta), utilizando todas aquellas fuerzas de extrema derecha que han sido desde siempre la ultima esperanza de la clase dominante frente al miedo del colapso total.

He aquí algunos principios que rigen el capitalismo:

a) Filosóficos. La historia se considera como la realización de un principio espiritual infinito, un "espíritu del mundo" o un "espiritual del pueblo". Esta concepción hegeliana ha quedado intacta o casi en el pensamiento de Croce[14], que constituye una de las referencias constantes del antifascismo italiano: para él "la historia es obra del espíritu universal". Pero se trata de uno de los filones menos importantes en el cuadro europeo del desarrollo del problema.

Es Windelband quien desarrolla la teoría de los valores, considerado como uno de los

14 Benedetto Croce (1866-1952) filosofo italiano, participo de la resistencia anti-fascista.

aspectos objetivo de la realidad. El hombre se convierte en elemento de un cuadro más amplio, que con Rickert se amplía al cuadro cultural.

Pero es Marx Weber quien desarrollo los argumentos de su posición frente al marxismo, aclara mejor el problema. En efecto, con él la historia se convierte en el campo donde operan los condicionamientos recíprocos de los diversos sectores de la realidad. No es la superestructura (fenómenos políticos, jurídicos, religiosos, etc.) la que depende de la estructura económica, sino que, al contrario, nos encontramos frente a un condicionamiento reciproco. Weber precisa que al analizar una serie de condiciones que hacen posibles un cierto suceso, es necesario utilizar conceptos generales, no partir de casos particulares, y ésto con el fin de poder considerar la historia como una ciencia social y no como el campo donde un pensador ejerce su pensamiento.

b) Económicos. El capitalismo esta considerado como una estructura que puede cambiar.

La vieja tesis de la eternidad del capitalismo es sustituida por una tesis que se preocupa por la colocación histórica del mismo.

El conflicto de clases se da como existente pero superable con la ayuda y la colaboración del Estado, por lo que el paso a la sociedad futura deberá sobrevenir dulce y lentamente, bajo el control de los organismos estatales.

Se considera muy probable la salida hacia una forma de socialismo de Estado, naturalmente no de tipo revolucionario. Sólo que se busca conseguir que la vieja clase dominante, en la transformación, no pierda nada. Se busca reducir la transformación de los fines de la clase dominante al aspecto nominal solamente.

4.- EL FASCISMO.

La dictadura de Mussolini se resume en una "estadocracia", una monarquía y una autocracia. Este, puede constituir todavía hoy un interesante modelo de estudio, aunque como es lógico, el fascismo actual presente no pocas diferencias. En cualquier caso, los principios fundamentales que lo justifican son los mismos del fascismo de tipo mussoliniano.

Nunca la exaltación del Estado fue propi-

ciada como con Mussolini. Para él el Estado era "la misma conciencia, la voluntad del pueblo", "la autentica realidad del individuo". El Estado se convierte con él en un ser viviente, un organismo, que sin embargo no es un cuerpo, sino un "hecho espiritual y moral","la conciencia inmanente de la nación". "El Estado tiene una voluntad y por ello se define como Estado ético".

Es fácil entender cuanto de Hegel hay bajo estas afirmaciones, con todos los absurdos consiguientes, dado que para Hegel las acciones de los grandes hombres de la historia no tienen prácticamente significado más allá del complejo proceso de las instituciones humanas.

Aquí nos interesa saber para qué fines concretos fue desarrollada esta filosofía irracionalista del Estado y como se puso como cabeza visible al propio Hegel. Para Mussolini, ya en el poder, resulta fácil la identificación del poder del Estado en general con el de su gobierno. En otras palabras, una vez afirmado que el Estado es una "idea ética", el fascismo podía ser presentado como una forma de elevado idealismo político, contrapuesto al materialismo declarado de los

comunistas y al agnosticismo anticlerical de los liberales.

Por este camino, de la superdefensa a ultranza de Estado, la teoría gentiliana resulta a penas algo más que una justificación de la brutalidad de las escuadras fascistas. Cuando estas últimas entraban en acción, por ejemplo para disolver las reuniones de los sindicatos antifascistas, era la fuerza de un Estado que todavía no había nacido, pero en vías de aparición, lo que actuaba como fuerza incontrolada e irracional.

Eso decía exactamente Gentile, en un discurso pronunciado en Palermo 1924:"siempre coincide el máximo de la libertad con la máxima fuerza del Estado...Toda fuerza es fuerza moral, porque se dirige siempre a la voluntad; y cualquiera que sea el argumento aducido –su eficacia no puede ser otra que la que apremia interiormente al hombre y lo persuade a consentir".

Ciertamente las bases doctrinarias del fascismo fueron, y son, muy débiles: apenas una cobertura de la violencia desencadenada y gratuita; pero en cualquier caso, es interesante resaltarlas para ver como se contraponen al libre ejercicio de la decisión del indi-

viduo y de la comunidad. No es casual que el fascismo se coloque en el extremo exacto de la posición de libre organización de la vida y la economía.

Lo que el capitalismo social democrático quiere alcanzar con la inclusión del frente de trabajadores en la lógica consumista, el fascismo lo conseguía con la fuerza, mediante sus construcciones corporativas. Ministerio de Corporaciones, Consejo Nacional de Corporaciones, Cámara de Fascios y Corporaciones. Una estructura al servicio del Estado. Según Mussolini e término Corporativo debe entenderse en el sentido etimológico de "convertido en cuerpo", tras el que se percibe la función única y central del Estado. Al contrario de lo que puede parecer, el corporativismo no era un sistema auto-organizador de lo intereses económicos, sino simplemente una ingeniosa creación tras la cual se escondía la reducción de la economía a los intereses políticos.

En la base de todo esto, la lucha doctrinal contra el comunismo y su concepción de la historia en sentido materialista como teatro de la lucha de clases. Frente a la estructura fascista debían caer las viejas organizaciones

económicas y sociales: las sociedades obreras, las asociaciones comerciales e industriales las organizaciones con fines sociales, de asistencia mutua, las voluntarias, tanto laicas como católicas. Era el aspecto externo del totalitarismo, mientras el aspecto interno mantenía su verdadera realidad de confusión, de dominio privado, de ejercicio privado, de servicios secretos privados.

He aquí algunos de los principios que rigen el fascismo:

a) Filosóficos. Se refieren en particular a la concepción de la historia. Está implícito un reconocimiento de la autonomía del hombre olvidando la situación por la que está condicionado, de modo que la historicidad se convierte en el marco de las acciones humanas. De ahí la escasa importancia dada a las instituciones y a las situaciones y la importancia máxima dada a la acción del individuo.

En efecto, si a través de Gentile se encuentra a Hegel, el Hegel que encontramos está manipulado, victima de un esfuerzo teórico de escaso significado. El fascismo no tiene un auténtico y propio cuerpo doctrinal y la habilidad profesional de Gentile no pudo dárselo. La concepción de la historia, típica

del fascismo, tiene raíces mas profundas, que aparecen al contrastarlo con Hegel. Estas raíces se pueden remontar a Dilthey y a su concepción de la historia basada en el individuo, entendido como núcleo elemental del mundo humano. Es el trabajo de Kant en el campo físico-matemático, que con Dilthey pasa al campo histórico. Es decir, la indagación critica sobre la estructura de la razón, pero dirigida esta vez hacia el hombre entendido como ser concreto, e histórico. La historia, siguiendo siempre con Dilthey; se convierte en ciencia del espíritu, y puede ser, por lo tanto, desarrollada a través del estudio de los datos de la experiencia que el hombre tiene de sí mismo y de la comprensión que tiene de los demás.

Con Simmel las categorías historiográficas se transforman en relaciones psicológicas y en consecuencia relativas. No por casualidad Simmel habla de "intuiciones" y no por azar en su filosofía existen frecuentes elementos vitalistas. Por este camino se pueden hasta encontrar a Spengler, aunque sus formulaciones queden fuera de la corriente de pensamiento que intentamos analizar. Formulaciones recogidas y utiliza-

das por el nazismo.

b) Económicos. Se refieren a la concepción del capitalismo como estructura económica "permanente" de la sociedad. En efecto no existe una afirmación explicita en este sentido, pero dos cosas se desprenden de nuestra tesis: 1) la presencia de una idea del Estado de tipo no dinámico: un Estado siempre igual a sí mismo, desde el primitivo y embrionario al Estado moderno; 2) la inexistencia aunque sea mínima de la lucha sindical y reivindicativa en general, como elemento constitutivo del equilibrio que caracteriza al Estado moderno.

Una característica apéndice del fascismo es el sindicato amarillo. Sirve para confundir a los trabajadores y es utilizado, en la sociedad de capitalismo avanzado, para actuar en el interior del mundo del trabajo, reprimiendo, tanto como sea posible, todas las iniciativas de lucha perjudicial a la patronal.

Los sindicatos fascistas rehúsan el concepto de lucha de clases y retoman las ideas corporativas del régimen fascista de Mussolini. Teóricamente persiguen la constitución de un "Estado del trabajo" que comprenda a los representantes directos de los trabaja-

dores y de los empresarios. Es nacionalista y rechazan el internacionalismo. En Italia, de modo particular, invocan la doctrina de Mazzini y la Rerum Novarum (no pudiendo referirse directamente a Mussolini) y atribuyen al sindicato una función ética entendida como alternativa frente al materialismo profesado por los marxistas.

LA IDEOLOGÍA DE LA PRODUCCIÓN

1.- EL NEOLIBERALISMO.

La ideología dominante es la de la producción. Este término tiene un significado positivo e irracional al mismo tiempo. Al pronunciarlo, todos los hombres políticos se refieren a un hipotético bien común que se debe proteger y acumular. Servidores del sistema de todas las razas, ilustran periódicamente, los beneficios colectivos de un aumento de la producción, calculan rentas media por capita, intentan convencer a la gente de que todo es para mejor y en el mejor de los mundos posibles.

Se podría demostrar fácilmente como la ideología de la producción no se limita al sector de la economía, sino que inunda toda la sociedad: la lengua, la estructura social, el sexo y tantas otras cosas son transformadas, agigantadas, multiplicadas por esta manía productiva. En términos marxistas, se trata de un proceso de reificación, de transforma-

ción en objetos. La misma ideología se deifica y acaba en los supermercados.

La cultura esta condicionada por este fenómeno de un modo muy claro. Se distribuye ya confeccionada. Sigue la ideología de la producción, del mismo modo que los automóviles y los televisores.

La gran solución de los inicios de los años sesenta fue la de abrir la era del consumismo haciendo entrar a los trabajadores dentro del área del consumo superior. Un gran proceso de transformación y de desarrollo señalo este paso de las viejas a las nuevas formas del capitalismo. Como consecuencia inmediata, la concentración capitalista dio vida a nuevas formas de empleo del poder, causando un condicionamiento preciso no solo en el proceso productivo sino en toda la vida, naturalmente en un sentido favorable a la clase dominante.

Esta metamorfosis del capitalismo redujo la importancia de la espera del suceso favorable a la revolución: la crisis. En la practica, esta ultima se pospuso a tan largo plazo que llego a ser inaceptable como punto de referencia para un plan inmediato de lucha. Entre tanto, crecían las rentas de la clase media y

su capacidad de ahorro incidía enormemente en el avance productivo del naciente neocapitalismo. Así la clase de ahorradores medios se ve atraída totalmente en el ciclo de desarrollo monopolista, cesando su tradicional actividad de freno a las aventuras especulativas de los mas avanzados emprendedores. Nacía la clase dirigente, de contacto directo con la estructura burocrática mas elevada, la cual, a su vez, acaba por condicionar la elección y la forma de la producción, poniendo una hipoteca en la dirección misma de la clase dominante.

Fue el nacimiento y la estabilización de la sociedad tecnocrática en expansión multinacional, En este nivel se nos ocurre que la solución consumista tiene limitaciones gravísimas, que la participación de la clase trabajadora en la utilización de la producción determina su desarrollo desigual del capitalismo y lo liga a una realidad nacional que debe ser abandonada lo más pronto posible. El camino hacia la construcción de un totalitarismo multinacional de fundamentos económicos, puede pasar a través de una superación del consumismo y una nueva construcción ideológica: la de la autogestión.

El peligro de esta perspectiva es gravísimo. Los trabajadores caídos en esta trampa serán negados de modo mucho más grave del que lo ha hecho el consumismo: toda sociedad sufrirá una transformación radical y terrible: la posibilidad de un estallido revolucionario se alejará enormemente.

Pero, entre otros, un obstáculo a la existencia de esta perspectiva viene dado por el mismo capitalismo que no quiere abandonar a sus viejos ídolos y que resiste de frente a esta crisis de transformación. Y uno de sus ídolos preferidos, es el de la producción. Del mismo modo, por un extraño proceso de compensación, los enemigos del capitalismo no aciertan a superar la ilusión de la producción. El debatido futuro girara siempre al rededor de este problema. Para los empresarios se tratará de encontrar una nueva dimensión productiva, capaz de superar las limitaciones nacionales de desequilibrio interno, para encontrar, un equilibrio multinacional basado en la explotación de determinadas zonas del globo. Para los trabajadores se tratará de liberarse definitivamente, del ídolo de la producción, luchando no para reconstruir viejas formas orga-

nizativas superadas ya definitivamente, sino por un programa de lucha autogestionado que parta del presupuesto de que la nueva sociedad de mañana no deberá ya ser fundada sobre el mito de la productividad. En esta dirección la concepción de la destrucción del trabajo y de la autonomía de la lucha de los trabajadores, abre una nueva época. La problemática de la autogestión, asume una importancia determinante, cuando se inserta en esta perspectiva.

2.- EL SOCIALISMO AUTORITARIO.

La tesis de los partidos, llamados de los trabajadores, no consigue sacudirse el fantasma de la producción. Estas organizaciones sostienen un "liberación" de las fuerzas productivas confundiendo este asunto con la liberación del hombre. El peligro de semejante error es de grandísima importancia.

Aun prescindiendo de los países donde domina el socialismo de Estado. Países que han colocado en el centro de sus esfuerzos el aumento de la producción, quedan las teoría de los partidos de la izquierda oficial, en los países en los que todavía no han llegado al

poder. En ellos el tono no cambia. Se asiste a una recuperación del mejor liberalismo de nuevo cuño, con una enmiendo oportuna: cambio del consumo superior por el consumo social, incluso los teóricos del marxismo relacionan la producción con un productivismo ideológico. No se deja al hombre libre para desarrollarse por si mismo, sino que se le coloca en un esquema preordenado de "generación", esquema que según los casos puede ser: el partido, el grupo, la familia, un grupo deportivo, etc. la dimensión humana se ha transformado en un objeto cuantificable: obrero, campesino, proletario, lumpenproletariado, etc. Todo ello debido a la persistencia del modo productivo cambiado en la forma (estatificación) pero intacto en la sustancia.

De este modo los marxistas no constatan las contradicciones en las que caen. La sociedad burguesa con su organización capitalista de la producción, es la expresión máxima de este modelo organizativo. La revolución proletaria deberá mostrarnos algo más; la producción ya no podrá continuarse sobre las bases precedentes, otras perspectivas deberán abrirse a los trabajadores.

El proyecto revolucionario se deforma de este modo con la persistencia de una organización jerárquica de la ideología. Y no es una posición casual. Se permanece atado a la estructura burocrática de hoy para que pueda ser transformada inmediatamente en la estructura burocrática de mañana. Es la vieja problemática de la "destrucción progresiva del Estado".

En efecto la ideología de la producción existe, porque existe el dominio (actual) de una clase, y existe en la perspectiva marxista por que esta previsto el dominio (futuro) de un partido. El problema de la dictadura del proletariado y el de la extinción del Estado se ven con una luz especial en función de la solución del problema de las relaciones entre minoría activa y masa.

Para la minoría dominante (clase o partido) la ideología productiva es indispensable para que su dominio permanezca. El dominio mismo se cuantifica en términos productivos. Destruyendo la dominación de la minoría, la ideología productiva resulta extraña a los intereses de los trabajadores, y automáticamente desaparece, en el momento actual luchar contra la ideología productiva

significa luchar contra la explotación de una minoría y la acción paralela de sustitución en la explotación de otra minoría, la que intenta hacerse con el poder.

Debemos, por tanto, referirnos, sin perder de vista el problema de la producción, a la acción de la minoría en lo que respecta a la masa. Si estas relaciones se resuelven en el sentido de una acción en el interior de una masa, que puede dirigirse a hechos revolucionarios, y en el sentido de propaganda y de difusión de un modelo asociativo y libertario de organización económica, entonces la ideología de la producción resulta extraña y puede ser fácilmente eliminada de la perspectiva del movimiento obrero. La dictadura del proletariado se transforma en lucha armada del pueblo contra los explotadores y las fuerzas que los sostienen, guerra civil de una clase contra otra, paréntesis temporal que sin embargo debe también impulsar todos los esfuerzos posibles a la construcción de la nueva sociedad. Entonces la extinción del Estado significa abolición inmediata, en el mismo momento en que la lucha amaina y se aclara eficazmente los términos del conflicto de clase, el momento en el que,

al mismo tiempo que la guerra civil, se desarrolla la construcción autogestionaria de la nueva sociedad.

Pero la verdad no es solamente un asunto terminológico. Los marxistas siempre han tenido interés en combatir a los anarquistas como fuerza organizada, y, por ello, han recurrido incluso a la mistificación del verdadero significado de los términos utilizados por ellos.

Por ejemplo, Engels, al afirmar de la necesidad de la dictadura del proletariado, dice (cosa obviamente absurda) que los anarquistas están contra la dictadura del proletariado porque, en el momento de la revolución, se pronuncian a favor de la repacificacion de las clases, aunque las fuerzas amigas de la represión y de la explotación se estén organizando contra los trabajadores. Así es lógico que se convenza a las personas. ¿Quién podría negar que la revolución es un hecho violento y que la clase explotadora una vez expropiada, no se organizará en todo lo posible para retomar lo que le ha sido arrebatado?

Lo mismo sucede con el problema de la extinción del estado. La mala fe de los marxistas se ve en el hecho de que a menudo en sus

formulaciones se contradicen, en la tentativa de dar, a veces gran importancia, a veces ninguna, a la "persistencia" de la maquina estatal. Pasan así, de una inmediata destrucción a un reforzamiento temporal, echando en cara a los anarquistas el hecho de sostener una abolición del Estado, cosa que sonaría, según ellos, como una inmediata abolición de las clases (el Estado, de hecho, existe, en cuanto existe la lucha de clases); esta abolición se haría de pronto y por tanto, coexistiría al mismo tiempo que el rechazo de la lucha de clases contra los explotadores y su coalición. Según costumbre, el salto de cualidad es completamente gratuito y realizado con fines propagandísticos. Los anarquistas están a favor de la abolición inmediata del Estado y a favor de la lucha de clases contra los explotadores del pueblo, y saben bien que cualquier utilización de la maquina estatal, aunque entendida en sentido antiburgues, es imposible en cuanto dejaría en pie la estructura (hombre, ideas, modelos operativos, etc.) que sustancialmente constituye la "forma" abstracta de "Estado". Naturalmente los anarquistas se dan cuenta de la tarea que se le presente al proletariado revolucionario,

tarea de lucha, de organización de resistencia, de destrucción de las veleidades capitalistas de retorno a la explotación, etc.; pero todo esto nada tiene que ver con la "utilización" de la maquina estatal.

Los marxistas hacen el mismo razonamiento con respecto a la validez de la producción, validez considerarla en absoluto, medida con las mismas medidas productivas burguesas. Sus programas revolucionarios están por tanto condicionados por la utilización de esta producción, al menos por los límites en que esta permanecerá tras la revolución. Poner en discusión la producción equivale a poner en discusión el hecho de la posibilidad de utilización, con fines "revolucionarios", del Estado burgués.

3.- EL NEOFASCISMO.

Aunque camuflado de distintas maneras, según las necesidades impuestas por la burguesía, el fascismo, incluso en sus manifestaciones mas recientes, presenta características bastante constantes.

Por neofascismo podemos hoy entender las fuerzas reaccionarias que desempeñan

el papel de sostenimiento de los elementos menos progresistas del capitalismo, elementos que insisten en no comprender la evolución de la organización productiva en el plano supranacional.

Por este motivo la ideología de la producción sostenida por el neo fascismo tiene razonables parecidos con la del viejo capitalismo: insistencia en el valor de la producción nacional, requerimiento de protección estatal, intervención corporativa en los sectores laborales, absurdos proyectos de autarquismo en el plano internacional.

Lo que parece interesante notar, es la presencia incluso en campos declaradamente fascistas, de una ideología de producción casi idéntica, salvo distintos aditamentos, a la del campo marxista. La diferencia más sustancial podría encontrarse en cambio, entre neoliberalismo y neofascismo.

Abandonando las nostalgias autárquicas, fruto de regimenes pasados, el neofascismo de hoy, si llegara al poder, se abriría con todos los esfuerzos posibles, hacia el exterior así como, por ejemplo, insiste en hacerlo en España.

LUCHA DE CLASES Y AUTOGESTIÓN

1.- EL PROBLEMA DE LA ELECCIÓN DE MEDIOS Y COMO CONDICIONAN LOS FINES.

El principio fundamental del anarquismo es que la elección de los medios acaba por condicionar los fines. No es posible confiar en la autoridad de un partido, esperando su destrucción tras la revolución: acaba por transformar la misma revolución. No es posible confiar en las tácticas del reformismo, creyendo alcanzar un objetivo preciso, por que este objetivo se aleja en el curso de la reforma. No es posible utilizar la estructura estatal tras la revolución, por que la sola presencia de esta estructura acaba por ser causa de las mismas degeneraciones que en él periodo burgués.

De este modo surge el problema de la elección en los medios. Solamente basando esta elección en la decisión autónoma de

los trabajadores, se puede esperar que no se dirija hacia falsos fines, superpuestos a los verdaderos, que la lucha debe perseguir. Esta elección es ya un hecho revolucionario, unión especifica de la minoría activa y de la masa, en una relación que recibe su caracterización en la elección de los medios. No es pensable una relación de "guías" en sentido autoritario y tampoco la teorización sobre la inocuidad del fin en relación con los medios. En otras palabras, en el caso de autoritarismo, seria solamente la minoría la que escogería los medios revolucionarios, sin tener en cuenta la masa. Siendo la revolución social el fin a alcanzar, los medios adecuados no podrán nunca consistir en un partido guía, en un mítico conductor o algo semejante.

Pero este problema de la elección de medios, no se presente solamente nivel general, es decir a nivel de la elección autogestionaria de la revolución; se presenta incluso a nivel particular frente a todos los acontecimientos que la lucha trae consigo.

Algunos admitirán, en este sentido, una diferenciación entre una elección de fondo y táctica cotidiana, táctica pormenorizada. Para nosotros no existe tal diferencia. La

táctica cotidiana de lucha no puede nunca degenerar en una aquiescencia frente a la gran y eventual presión autoritaria, como, en sentido paralelo, tampoco puede degenerar en un aislacionismo por un sentido de pureza mal entendido.

Malatesta escribía en 1922: "Solos no podemos destruir el fascismo y aun menos abatir las instituciones. Por tanto, o nos unimos a aquellos que, aun no siendo anarquistas, tienen con nosotros fines comunes inmediatos, o dejamos que los fascistas continúen, con la complicidad del gobierno, tiranizando Italia, y que la monarquía reine imperturbable". Es posible que en las alianzas revolucionarias siempre se sea "traicionado". Pero nosotros..... preferimos arriesgarnos a ser traicionados por otros antes que traicionarnos nosotros consumiéndonos en la inacción".

También en 1922, pocos días después del escrito precedente: (Nueva Humanidad, 25 de mayo de 1922), escribía: "Nosotros en estos últimos años nos hemos acercado a distintos partidos de vanguardia para una acción practica y siempre hemos salido mal ¿Debemos por ello aislarnos, refugiarnos frente

a los llamado “impuros”, y no movernos o intentar movernos solamente cuando podamos hacerlo con nuestras propias fuerzas y en nombre de nuestro programa integral? Yo creo que no. La revolución no podemos hacerla solos...”

Hemos citado tan extensamente a Malatesta porque lo consideramos de gran actualidad, como otros muchos fragmentos de su obra; de gran actualidad especialmente para aquellos compañeros que hoy, acogiéndose a la indudable confusión que reina en los cuadros revolucionarios (o conocidos como tales), han acabado por encontrar la coartada mas adecuada para permanecer refugiados en el regazo materno.

De ahí las grandes contradicciones que continuamente emergen en aquellos militantes que entran actualmente en nuestras filas, tras las experiencias de lucha conducida en cuadros marxistas, luchas concluidas, según ellos, en un fracaso ideológico, pero a menudo con un balance notablemente positivo en cuanto al análisis de los problemas y a la acción concreta de propaganda y organización revolucionaria. Estos jóvenes vienen al anarquismo porque reconocen

que el error fundamental de la estructura marxista está en querer representar intacto un esquema autoritario de poder y sustituirlo, aunque sea en forma radical, por el precedente esquema autoritario burgués. Pero, además de este estimulo, que se da sin excepción, estos jóvenes traen con ellos el viejo bagaje analítico y de luchas conducidas en ambientes que aunque fuertes en materia teórica adolecen de la flexibilidad que entre nosotros tiene tanto arraigo.

Por eso los contrastes cotidianos con estos jóvenes, contrastes típicos de una divergencia no solamente de opinión sino generacional, divergencia de la que emerge, clarísima, la voluntad inconsciente de los viejos compañeros -por lo menos de algunos viejos compañeros- de no conceder a estos recién llegados ninguna consideración, de no escuchar sus problemas, es más, de colocarlos inmediatamente en la esfera de los que son -todavía- autoritarios; en la esfera de enemigos potenciales. En una palabra, mientras estos jóvenes a menudo vienen al movimiento con una notable preparación teórica y practica, muchas veces mayor que la de los ancianos compañeros, formados en épocas

de lucha muy distinta de la actual y vienen con la esperanza de encontrar un ambiente que vivifique este patrimonio suyo parcialmente equivocado no encuentran otra cosa que un claro rechazo de cualquier tipo de debate, una afirmación concisa: "tu no eres anarquista" como si perteneciera a alguien la tarea de dar fe de anarquismo.

Nosotros somos anarquistas y revolucionarios. Nuestro programa es claro. La expectativa de la lucha, de la acción directa, el rechazo de cualquier excesiva alambicación, la búsqueda de una salida insurreccional, la autogestión de la organización revolucionaria y de la producción: estos son nuestros instrumentos de contacto y de trabajo con las masas. Nuestro mensaje va dirigido siempre a las masas, a las vanguardias revolucionarias que siempre pueden transformarse en minorías autoritarias restrictivas de la libertad individual.

En 1922 Malatesta escribía (Nueva Humanidad, 25 de Noviembre): "No queremos esperar a que las masas lleguen a ser anarquistas para hacer la revolución, tanto más cuanto que estamos convencidos de que nunca lo conseguirán si primero no quedan

violentamente abatidas las instituciones que la tienen esclavizada. Y como tenemos necesidad del concurso de las masas para constituir una fuerza material, o para alcanzar un fin especifico de cambio radical del organismo social por obra directa de las masas, debemos acercarnos a ellas, tomarlas como son, y como parte de ellas empujarlas lo más adelante posible...

Pero cuando hablamos de revolución, cuando el pueblo habla de revolución, como cuando se habla de revolución en la historia, se entiende simplemente "revolución victoriosa". Las insurrecciones serán necesarias mientras existan poderes que con fuerza material subyuguen a las masas; y es probable que, sin embargo, se deban realizar varias insurrecciones antes de que se conquisten las condiciones mínimas indispensables que hagan posible la evolución libre y pacifica y la humanidad pueda caminar sin luchas cruentas y sufrimientos inútiles hacia sus altos destinos".

El punto central del discurso anarquista va, por tanto, dirigido a esta perspectiva: la lucha directa, desde abajo, desde el interior de las masas, la lucha autogestionada, por la

insurrección victoriosa de hoy y la revolución definitiva victoriosa de mañana, con la posibilidad de organización en forma autogestionaria de las fuerzas productivas.

Pero la elección de los medios no debe llevarnos al callejón sin salida de la estrechez ideológica, de la mezquindad eclesiástica; no debe aparecer una estrechez ante la cual los principios teóricos permanecen validos pero caen todas las posibilidades de acción concreta. Por el contrario, debe constituir la prueba para cualquier tentativa de apertura y de acción con otros compañeros, debe constituir un punto de referencia para controlar nuestras tesis y nuestras posiciones, sin cesiones o compromisos, pero sin salpicaduras aristocráticas, típicas de los portadores de la verdad y del fanatismo.

El anarquismo es la teoría de la verificación, ante todo. Teoría incluso de la verificación de sí mismo. Esto solo puede suceder abandonando la cerrazón mental de una doctrina cristalizada. El anarquista debe serlo y estar atento incluso a una involución eventual, es decir debe ser custodio celoso de su propio patrimonio de ideas, pero al mismo tiempo, innovador libre de prejuicios,

analista frío y destacado de todo lo que en la misma teoría amenaza con convertirse en algo superado y libresco.

Este es, a grandes rasgos, el problema de la elección de medios. Queda todavía algo que decir, en cuanto a la idealización de ciertos medios en sí mismos. Todos estamos de acuerdo en que la acción directa es clave para interpretar la validez anarquista de un medio de lucha, la garantía es que este medio no acabe por perturbar la consecución de los fines revolucionarios. Pero debemos tener presente que si el principio es válido de un modo absoluto, en la realidad concreta de la lucha debe ser continuamente verificado.

Tomemos un ejemplo concreto. Tenemos el caso de las mejoras de salario y de las condiciones de trabajo. Normalmente el avance de estas peticiones se realiza a través del sindicato, otras veces, es la misma base de trabajadores la que se organiza para presentar, contando únicamente con sus fuerzas y sin ninguna directiva sindical, la demanda. En este último caso, nos encontramos ante la aplicación con la que estamos plenamente de acuerdo en cuanto anarquistas pero que, repetimos, ante la realidad histórica específi-

ca en la que es necesario siempre colocar el fenómeno social, necesita de una reflexión que todavía no se ha hecho.

En otras palabras, como veremos más adelante, la acción en sí misma no es suficiente para autojustificarse, aunque esté fundada sobre la autogestión de las luchas, hay que referirla siempre a la realidad histórica específica y, en cuanto al ejemplo arriba indicado, parece que una petición de mejoras se critica a sí misma, prescindiendo de la forma autogestionada con que se realiza, como posible instrumento en manos de la parte contraria: mientras se permanece en la ideología productiva y del trabajo, en el actual estado de conflicto de clases en una sociedad de capitalismo avanzado, a pesar de la acción directa y de la autonomía de la base, se corre igualmente el riesgo de ser englobado.

2.- ELECCIÓN DE MEDIOS Y AUMENTO DEL MOVIMIENTO OBRERO.

De la simple reflexión sobre el problema de la elección de medios, se podría derivar que, en cuanto este punto de partida está

garantizado, la consecución del fin propuesto se convertiría en un fenómeno determinado desde el principio con toda certeza. Evidentemente un modo de razonar parecido es equivocado. Se trata de un residuo determinista.1

Este es, de hecho, un principio que prevée la libre disponibilidad de la voluntad humana, la capacidad de autodeterminarse, la estructura mínima de base en forma autogestionaria; pero, como todos los principios no puede absolutizarse.

Si la elección de los medios viene hecha de modo que no se deteriore la consecución del fin revolucionario, se tiene la garantía de que la acción en sí misma se encamina hacia la dirección justa; pero aquella puede encontrar en el curso de su desenvolvimiento modificaciones por parte contraria, es decir por parte del poder que se quiere abatir.

En la práctica, el razonamiento determinista que hemos visto antes, olvidaba que el problema revolucionario no se basa solamente en la relación entre medios y fin, sino también en la relación dinámica entre poder y fuerzas de liberación, es decir, en la lucha de clases. Insertando el problema menciona-

do en la realidad de la lucha de clases, aparece una nueva visión, históricamente determinada. Una visión que supera la aparente abstracción del principio pero que crea un nuevo problema.

Aún aplicando con toda atención el principio de la elección de medios la consecución de los fines revolucionarios puede resultar estorbada por un cambio en el poder que se intenta combatir. De este modo las relaciones del conflicto deben ser revisadas partiendo de la misma elección de medios.

Retomemos el ejemplo visto en el apartado anterior. El motivo de la evaluación positiva, por parte de los anarquistas, de la petición de aumento de salario y otras mejoras, realizado en forma autónoma, es debido al hecho de que de este modo tenemos "un aumento del movimiento revolucionario en la base laboral".

¿Qué entendemos por aumento? La posibilidad de autogestionar la lucha.

El razonamiento puede parecer completo pero continúa sin satisfacernos. En efecto, hoy nos encontramos ante una lenta pero decisiva modificación de las relaciones de conflicto que ha conducido al poder a fijar

la lucha de clases sobre una "falsa" ideología productivista. Ya hemos examinado este problema. Por lo tanto, si actualmente los trabajadores aceptan permanecer en el interior de la lucha "ideológica" por la producción, por el trabajo, por la salvaguarda del asalariado, por el mejoramiento de las condiciones de trabajo; si los trabajadores no comienzan a analizar las diferentes realidades de la lucha (es decir, donde está la dimensión lógica y donde hace el juego al poder); si los trabajadores no rompen este círculo y no examinan (siempre partiendo de la acción directa) las posibilidades de una "destrucción del trabajo", corren el riesgo de negar su propia lucha, por más autogestionada que está sea. Se tendría, en otros términos, el curioso fenómeno de que a un desarrollo de la autogestión de la lucha no correspondería un aumento revolucionario del movimiento obrero. Lo que se podría explicar en el sentido de que aún siendo idónea la elección de medios, la consecución de los fines revolucionarios se vería estorbada por una modificación de las relaciones de la lucha con el poder.

Es necesario examinar ahora este proce-

so. A menudo estamos implicados en el juego democrático sugerido por el poder, estropeando de este modo las relaciones con las masas (y por tanto la validez al escoger los medios) o la perspectiva revolucionaria.

De hecho, hoy no basta un discurso genérico de crítica a las instituciones para hacer un discurso revolucionario. El Estado democrático moderno es un Estado que se funda sobre la crítica y que encuentra en la crítica la coartada para encubrir la explotación y el genocidio. Pero debe tratarse de una crítica hecha de cierta manera y con ciertas garantías de eficiencia. Todo está perdido si un movimiento revolucionario cae en la trampa de esta crítica: por un lado hace ineficaz su discurso hacia las masas perdiendo contacto con las mismas; por el otro se habitúa a la cohabitación con el poder, debilitándose cada vez más.

No hay que olvidar que, nosotros los anarquistas, vivimos en un mundo que es el que es, que queremos cambiar con nuestra actividad, pero que evidentemente no podemos cambiar de un día para otro. El enemigo que tenemos delante y contra el que luchamos, tiene la particular capacidad de establecer

constantes contactos con nosotros, que no podemos –por razones físicas- rechazar por completo. Aun siendo anarquistas y revolucionarios tenemos necesidades imprescindibles, debemos comer, muchos de nosotros tienen familia, un empleo, estudian... en una palabra todos estamos insertos en el interior del mismo mecanismo contra el que debemos luchar, y finalmente destruir. Esta difícil posición hace mucho más complicado el trabajo práctico y, paralelamente, hace extremadamente importantes las elaboraciones teóricas que dan luz sobre la relación entre ideología y acción en el campo del pensamiento anarquista.

No hay duda, decíamos, que todos combatimos contra el mecanismo que nos hospeda, pero al que estamos ligados por compromisos cotidianos. Estos pequeños compromisos a veces son considerados por nosotros aislables y solucionables en el momento. Consideramos que el hecho de ser "necesidades" o "necesidades satisfechas", no los enfrenta en ningún momento con el patrimonio ideológico que consideramos como una conquista, que guardamos en lugar seguro, al que nos dirigimos para continuar nuestra lucha

contra el poder y contra ese mismo mecanismo que, en definitiva, es quien produce los compromisos de que hablamos.

Ahora bien, somos de la opinión que nuestra situación cotidiana, el modo de afrontar y resolver los pequeños problemas, en una palabra, el modo de colocarnos en el interior del mecanismo de poder, está en relación con la ideología de partida, modificándola continuamente, casi diremos día a día, en relación al flujo continuo de soluciones a los compromisos. Creemos, de buena fe, que las pequeñas cosas de todos los días, el trabajo, las oposiciones, los exámenes, el fin de una carrera, el matrimonio, los hijos, los gastos, la casa, las deudas u otros asuntos, son aislables y, en definitiva, separados de la idea que tenemos sobre qué es ser anarquista; pero, en la práctica, no es así. A menudo, todas estas cosas nos condicionan hasta el punto de modificar nuestros análisis, casi inconscientemente, bajo la influencia del modo como afrontamos la multitud de pequeños problemas que nos atan y condicionan.

Y así, puede suceder, que un compañero que ha conseguido ciertos pequeños resultados (seguridad material, un título, matri-

monio, hijos o cualquier otra cosa que tenga para él un valor positivo) tienda a interpretar la praxis de lucha contra el mecanismo de poder que, finalmente, garantiza aquello a lo que él atribuye valor, de un modo más cauto y circunspecto, de un modo distinto que otro compañero que no posee esas premisas discriminantes o las tiene de otro valor cuantitativamente o cualitativamente distintas.

Esto es lo que entendemos por cohabitación con el poder. Y esto es lo que intenta la doctrina burguesa de la socialdemocracia, cuando habla de libertad y de libre iniciativa.

Concluyendo con el problema de los medios y los fines, debemos subrayar este nuevo problema que emerge en el interior del primero: el problema de las modificaciones. Modificaciones en las actitudes y en los intereses del poder, modificaciones incluso en el interior de la minoría activa. Por tanto es en esta perspectiva donde se reexamina la tradicional afirmación que la elección del medio condiciona la consecución del fin.

3.- COHABITACIÓN CON EL PODER Y AUTOGESTIÓN.

Naturalmente toda la problemática que procede encuentra su justo lugar en el problema mismo de la autogestión.

El hecho de que las organizaciones reformistas de cualquier tipo, se refieran a la autogestión se puede explicar por la modificación de la relación con el poder que, en este momento, hace que el instrumento autogestionario cumpla su función en el desarrollo de la futura explotación, una vez que se ligue a una estructura centralizada.

En este sentido, algunos compañeros hacen el juego a la reacción, cuando afirman que el problema de la autogestión pertenece a la revolución del mañana y que por ellos es superfluo hablar de ella ahora, cuando todavía debemos luchar para hacer posible el proceso evolutivo que nos llevará a la sociedad del mañana.

Es un error por dos motivos. Primero: la autogestión no es un término claro por lo que muchos creen que se trata de una forma de organización de la economía solamente. Segundo: razonando de este modo se llega a

la conclusión de la inutilidad del estudio de los problemas que vendrán tras la revolución confiando ciegamente en la espontaneidad creadora del pueblo.

Con el término autogestión debemos entender no sólo una forma de organización económica que parta de la base, reuniendo a todas las fuerzas económicas del país, sino también la forma de dar la lucha revolucionaria. No es posible preparar para el futuro una estructura autogestionaria y disponer, ahora, de una organización de la lucha de base autoritaria. El contraste resultante acabaría por destruir las posibilidades de realización de la autogestión futura que terminaría estrangulada por el autoritarismo, por el centralismo, que surgiría de las mismas fuerzas que contribuyeron a producir el suceso revolucionario.

Para evitar esta patente contradicción los partidos autoritarios han elegido dos caminos: la primera es la de desnaturalizar el significado de la autogestión reduciéndola al aspecto económico únicamente, la segunda es la de rechazar la autogestión en pleno como recurso anarquista inutilizable.

He aquí un ejemplo de la primera

solución.

"No existe propiedad social sin un control colectivo efectivo de los medios de producción. La propiedad social de los medios de producción no tiene significado más que una perspectiva de autogestión. No existe planificación democrática sin discusión a todos los niveles, sin autogestión de la sociedad. No se pueden instaurar relaciones sociales más iguales sin dividir el poder de decisión y el control, sin autogestión". (C.F.D.T.).

"La autogestión será posible sólo tras la toma de poder por parte de los trabajadores del Estado capitalista. El objetivo prioritario es la apropiación colectiva de los medios de producción y la distribución relativa. La autogestión no será concedida, será impuesta poco a poco por los trabajadores y definida por la misma experiencia de la lucha y de las realizaciones, en función del desarrollo de su toma de conciencia política. El papel de los sindicatos, como el de los partidos, durante este periodo, será el de defender los resultados adquiridos por la lucha y el de dar una forma legal a nivel estatal. (P.S.U. francés).

La posición de la C.F.D.T. sólo aparentemente es más libertaria: se trata de una

afirmación programática de poco valor concreto. En la realidad, tras las palabras "dividir el poder de decisión y el control" se esconde una descentralización banalísima. El programa de estos señores es más o menos el siguiente: divide y continúa mandando. Lo mismo hacían los antiguos romanos. Insisten en dividir el poder de decisión hasta los microorganismos de la producción, es decir, hasta las fábricas, sólo que en estos microorganismos intentan colocar un representante del poder central, con funciones decisorias. Un ejemplo clarísimo de esta estructura lo ofrece hoy Yugoslavia.

El P.S.U. es todavía más claro. La autogestión se ve como una forma de organización de la producción después de que la clase obrera se haya apoderado del "estado capitalista". Competirá después a los partidos y a los sindicatos fijar los términos en los que la autogestión será "legal a nivel estatal". La lejanía de estas concepciones de la autogestión de la que venimos delineando en estas páginas es total.

Veamos, ahora, la segunda solución, la del rechazo de la posibilidad misma de la autogestión.

"Autogestión es una noción extremadamente confusa, sin una definición teórica elaborada. Quien habla de autogestión pone el carro delante de los bueyes, en cuanto trata argumentos prematuros que no corresponden a las realizaciones concretas posibles. En fin, en las experiencias realizadas (Yugoslavia, Argelia, etc.) se ha demostrado que la autogestión no asegura la realización efectiva de los objetivos que señalan sus defensores: la desalienación de los productores y la solución del problema productivo a través de la descentralización" (Humanidad Roja).

Aquí está patente la negativa voluntaria a abrirse a ciertas afirmaciones bien claras de los defensores libertarios de la autogestión. Se da por descontado que la autogestión sólo hace referencia a la producción y se niega el hecho que ésta conlleva una autonomía de la lucha. Obviamente para los marxistas el razonamiento de autonomía de la base suena a error, más vale por consiguiente refutar en bloque toda la idea autogestionaria.

"Alliance syndacaliste" está más cerca de nuestro modo de ver las cosas. "La autogestión es la forma de organización social que permite a los trabajadores detentar efecti-

vamente el poder, económico o político. La autogestión es un problema de poder. Puede haber dos modos de considerar "el poder de los trabajadores":

1) La forma subjetiva, de una minoría organizada que decide en nombre de una ciencia cualquiera, representar los intereses de la clase trabajadora;

2) La forma objetiva, la de aquellos que no creen en la magia, para los que el poder de los trabajadores es el ejercicio por ellos mismos y no el poder ejercitado en su nombre por un grupo que se pretende cualificado".

"Esto no significa la autonomía completa para cada grupo de producción, entonces el poder de los trabajadores podría ser la "anarquía". El verdadero problema del poder obrero es organizar la estructura de base en un conjunto coherente: a esta organización la llamamos federalismo".

Este análisis denuncia una sola debilidad: el miedo de oírse llamar "anarquistas". En la práctica la diferencia entre los dos "tipos" de poder no tiene ningún sentido. Cuando el poder está verdaderamente ejercido por los trabajadores acaba como poder: es la gestión

de la sociedad que parte de la base. Continuar usando la palabra "poder" es una concesión a la moda dominante del marxismo que no nos parece necesaria. La cosa se explica con la afirmación sucesiva: este "poder objetivo" de los trabajadores no debe ser confundido con la "anarquía": se trata sólo de una forma de federalismo. Y ¿qué es eso sino la anarquía? Quitando al término anarquía el significado de productores, le queda solamente el de confusión y caos.

La interpretación proporcionada por la Federación anarquista francesa, merece a nuestro parecer, un capitulo aparte y la reportamos un poco más extensamente.

"La autogestión, la gestión de la industria por parte del personal deberá ser total y tener en cuenta ante todo las fuerzas económicas esenciales del país. Aquella es el fruto de la destrucción completa del sistema económico de clases, bajo todas sus formas, capitalismo liberal o de estado, de sus estructuras de coordinación centralizadas por el Estado. La lucha revolucionaria de destrucción del sistema y la creación autogestionaria deben ser simultáneas. Sólo existe un medio capaz de destruir el sistema capitalista y de cons-

truir la autogestión al mismo tiempo, la huelga autogestionaria".

"La autogestión que los políticos proponen no tiene consistencia, está vacía de contenido. Un asunto simplemente estilístico que colorea un programa. La única posibilidad de la autogestión es desarrollarse bajo el empuje popular y extenderse a través del país con la rapidez de las grandes huelgas con ocupación de las industrias. Nosotros los anarquistas estamos por la gestión de la economía por parte de los trabajadores en cuanto estamos contra el sistema capitalista liberal o de estado; como estamos contra su agente coordinador, el Estado. La autogestión, la gestión directa, la gestión obrera, nos parece la estructura apropiada para producir los objetivos necesarios alienando al mínimo la voluntad".

"Pero, para hablar de autogestión se debe partir de la abolición del sistema económico basado en el beneficio, la plus-valía y la acumulación del capital, se debe partir de la colectivización de los medios de producción y de cambio, de la supresión de las diferencias de clase, de la abolición de la centralización estatal que funciona como coordi-

nación del sistema capitalista y como policía. Si estas son las bases, nosotros estamos por la autogestión. Por el contrario, gestionar en común una industria cuando ésta conserva su estructura de clase significa gestionar la propia alienación. Las estructuras de clase en una empresa vienen dadas por las diferencias de remuneración, por el mantenimiento de una autoridad que sobrepasa sus funciones, por la apropiación por parte del patrón de la plusvalía, del fruto del trabajo colectivo, etc.".

El razonamiento sería acertado si no padeciera una grave deformación de sentido ortodoxo sindicalista. Si es justo que "la lucha revolucionaria y la construcción autogestionaria deben ser simultáneas" no es cierto que ello debe acontecer mediante la "huelga autogestionada". De ese modo se identificaría la construcción de la autogestión con la huelga autogestionada y se cae otra vez en la dimensión productiva.

Toda la tesis de F.A. están circunscritas a esta dimensión. El proyecto autogestionario está deformado. La organización de la base debe por fuerza pasar por el sindicato, arma que mañana será de doble filo. Si por un lado, los compañeros de F.A. rechazan cual-

quier forma de coordinación centralizada de la economía (y el Estado y los partidos), por el otro aceptan el sindicato porque lo consideran un aliado de los trabajadores. Pero, examinando más a fondo la estructura y los fines de este organismo, constatamos que no es posible utilizarlo. Uniendo la autogestión revolucionaria de la lucha al sindicato, se viene a negar no sólo la posibilidad futura de una organización autogestionaria de la economía, sino la misma revolución.

Es necesario tener el valor de mirar a la realidad de frente y, si conviene, dejar de lado instrumentos que en un primer análisis parecen positivos, como sucede en este caso con el sindicato. La realidad actual no admite debilidades y compromisos: o se está seguro de los medios de la lucha empleados, o el objetivo revolucionario se esfuma y el poder sale ganando. Desgraciadamente, sucede a menudo, que la cohabitación con el poder, la costumbre del compromiso, la posibilidad de actuación política, causan verdaderas ilusiones.

En este sentido Bakunin unificaba el proceso de la revolución social con la organización de la sociedad futura. Continuidad que se mantiene gracias a la destrucción.

"¿Cuál es esta idea? Es la emancipación no solamente de los trabajadores de esta industria o de aquel país, sino de todas las industrias posibles y de todos los países del mundo, es la emancipación general de todos aquellos que, en el mundo, ganan trabajosamente su miserable existencia cotidiana con cualquier trabajo productivo y son económicamente explotados y políticamente oprimidos por el capital, o mejor por los propietarios y por los intermediarios privilegiados del capital. Esta es la fuerza negativa, belicosa y revolucionaria de la idea, y ¿la fuerza positiva? Es la fundación de un mundo social nuevo basado únicamente sobre el trabajo emancipado, que se crea por sí mismo, sobre las ruinas del mundo antiguo, mediante la organización y la federación libre de asociaciones obreras libres del juego, tanto económico como político de las clases privilegiadas. Estos dos aspectos de la misma cuestión negativo el uno y positivo el otro, son inesperables. Nadie puede querer destruir sin tener por lo menos una idea lejana, verdadera o falsa, del orden de las cosas que deberá, según él, suceder a lo que existe en el momento actual; y cuanto

más viva es la imaginación, más aumenta su fuerza destructiva, y más se acerca a la verdad, es decir, mejor entiende el desarrollo necesario del mundo social actual, y los efectos de su acción destructiva se transforman en algo saludable y útil. Porque la acción destructiva siempre está determinada, no sólo por su ausencia y su grado de intensidad, sino por el modo, por las perspectivas y por los medios que emplea, por el ideal positivo que constituye su inspiración primera, su alma" (Bakunin).

4.- ALTERNATIVA A LA IDEOLOGÍA DE LA PRODUCCIÓN.

Si la producción es la religión, el trabajo es el dios creador. El mundo contemporáneo ve en la producción, bajo sus distintos aspectos, la persistencia de una situación de explotación (conservadores), la posibilidad de un paso lento al socialismo (progresistas), la primera condición de la revolución (marxistas). Todos están de acuerdo en la existencia del dios único e indisoluble: el trabajo.

La ética del trabajo es constante en nuestra civilización. Salvo aisladas voces que no

pueden ni mencionarse. El mismo Lafargue y su Derecho al ocio entrarían en el discurso dialéctico (positivo-negativo) del marxismo.

El trabajo permite al hombre su propia realización dice Marx, le permite apropiarse del mundo exterior que, de este modo, se convierte en una parte del mundo interior propio. "En cuanto trabajo útil, creador de valor de uso, el trabajo es una condición necesaria a la existencia del hombre, independientemente de la forma de sociedad en la que viva, una necesidad natural que sirve de mediación para el intercambio entre hombre y naturaleza, así pues para la vida humana" (Marx).

Pero el trabajo es un hecho penoso. De ahí el aspecto negativo, intrínseco en la naturaleza humana. El hombre se encuentra a sí mismo a través de la aventura fenomenológica (en sentido hegeliano) que consiste en perderse (alienación) y encontrarse (reificación).

Aparte de esta mitología, de la que todavía no nos hemos repuesto, nos interesa notar dos cosas.

Primero: El paso obligado a través de la alienación y el sucesivo reencuentro en un signo de "religiosidad" en la construcción

marxista, típico de todos los intentos de instrumentalización del sentimiento de "religiosidad natural" que habíamos analizado en los sufrimientos "reales" del pueblo. En la práctica el pueblo sufre porque trabaja, y porque trabaja en un estado de bestial explotación. No le interesa en absoluto que nadie le demuestre que este trabajo le es necesario porque sin él no existiría como pueblo en cuanto no existiría la civilización; como no le interesa en absoluto que nadie le aclare el por qué de sus sufrimientos. Sus problemas los sufre cada día en su piel. La filosofía no los atenúa. Un modelo de "interpretación" de la realidad como el dialéctico, la novelesca fenomenología del sufrimiento y el reencuentro, lo deja completamente indiferente. Por el contrario, los sacerdotes de la nueva élite ascendente tienen interés en que el pueblo se encuentre en el sufrimiento, tienen interés en que vean en él un hecho que no se puede eliminar de repente, sino solamente en una futura, lejana, radiante revolución. Estas maravillosas personas tienen todo el interés en que la religiosidad natural del pueblo entre en contacto con la religiosidad fabricada por su secta. Y esta religión, como

todas las religiones del mundo parte de un hecho real. Esta es la razón por la que son muchos los que encuentran extraños puntos comunes entre marxismo y cristianismo.

Ambas formas de religión utilizan un hecho concreto: la necesidad del pueblo de liberarse, el dolor que proviene de la propia situación de explotación, la religiosa espera de una venganza contra los poderosos. La construcción dialéctica marxista no es mucho más refinada que la rudimentaria dialéctica cristiana. No sin motivo Hegel se inspiró en los místicos protestantes alemanes al construir su modelo lógico.

En semejante compañía el destino del pueblo está marcado. El círculo se cierra perfectamente. La explotación genera el sentido de la religiosidad en el pueblo y lo empuja hacia los sacerdotes de nuevas religiones que siempre surgen con la excusa de guiarlo hacia la redención, y de hacer desaparecer la explotación y con ella el sentido religioso de venganza que los acompaña. Es como el perro que se muerde la cola.

La única solución es romper el círculo. Los puntos débiles son: el trabajo y la guía espiritual, la explotación y los que la hacen

posible. En la consideración del concepto mismo de trabajo se esconde la relación empresario-obrero, es decir la lucha de clases; en el concepto de guía espiritual se esconde la autogestión; autogestión de la lucha contra la explotación es por tanto una frase que requiere no sólo una elección de medios en función del fin, sino una elección de medio teniendo en cuenta las modificaciones de la parte contraria. La alternativa a la ideología de la producción es la distribución del trabajo mediante la organización de la autogestión.

5.- LA DESTRUCCIÓN DEL TRABAJO.

Nada hace más daño a la revolución que creer que la lucha de la base, aunque sea autogestionada, conduce automáticamente, de un modo determinista, a un aumento del movimiento obrero y consiguientemente a la solución revolucionaria.

Sólo la constante verificación de las relaciones con el poder, del conflicto de clase, de las condiciones históricas de este conflicto, de los medios escogidos para alcanzar los objetivos revolucionarios, pueden obviar

este peligro. Y un proceso tal es de tipo voluntarista, hace referencia directamente a aquellos trabajadores que se han sensibilizado sobre las posibilidades reales de lucha y no se dejan arrastrar por sentimentalismos y fantasmas.

La alternativa al trabajo es la destrucción del trabajo. Pero esto no debe entenderse como un cambio de ética, de la ética laboral a la ética del ocio, o si se quiere de la estética de la producción a la estética de la espera. Se debe ver en aquella una transformación del fin del trabajo en el seno de la sociedad alimentada por la ideología productivista, en el sentido de la liberación del humano. No hay duda que esta liberación puede suceder sólo mediante una modificación de la relación hombre-trabajo, mujer-trabajo y no solamente a través de una modificación de la relación de producción tomada en sí misma como valor absoluto (o cuando menos tomada como valor imperante en una cierta situación histórica).

El signo revolucionario está en la liberación de la explotación: lo que puede suceder mediante diversas tácticas, ligadas a distintas situaciones del conflicto de clases; pero el problema de

la eliminación del trabajo no puede por menos de colocarse en un plano central.

Muchas veces algunos compañeros y compañeras se preguntan si "destrucción del trabajo" significa un pretendido y absoluto comunismo, tipo "tomar del montón" y en seguida recurren a las archiconocidas críticas a esta propuesta kropotkiana. Queremos aclarar algo. No estamos de acuerdo con el "tomar del montón" en el sentido de una conclusión idílica (que por otra parte no corresponde exactamente al pensamiento de Kropotkin), en cambio vemos posible la construcción de una sociedad comunista anarquista que se realice inmediatamente después del suceso revolucionario, al menos tras ciertas situaciones objetivas, para las que se podrían adoptar soluciones de tipo pluralista, que no realizarían directamente la sociedad comunista, pero dirigidas a ello mediante el paso por la solución colectivista u otras soluciones todavía por experimentar. No consideramos el concepto de "destrucción del trabajo" como superación de una fase histórica (la manufacturera), sino sólo como superación (transformación de la estructura productiva) y rechazo de la ideo-

logía de la productiva) y rechazo de la ideología de la producción dirigida a sostener la necesidad de la antigua gestión de la economía, aunque haya cambiado en cuanto a la pertenencia de los medios de producción. Entendemos finalmente, como "destrucción del trabajo", incluso la autogestión provisional y parcial, en régimen capitalista, llevada a cabo en forma violenta y expropiativa, por parte de los núcleos productivos incluso separados del contexto general de la producción de un país o de una zona, para que la lucha se conduzca no a favor de la producción sino a una destrucción del trabajo y a una radical transformación de la producción.

Está claro que los conceptos que exponemos aquí necesitan de una elaboración más larga y difícil. En la práctica, como veremos más adelante, hoy podemos más o menos prever la posibilidad de una sociedad anarquista tras la revolución, al menos para los grandes países del capitalismo avanzado, considerando el actual desarrollo de la tecnología productiva y organizativa (en especial de la información). Ello no obsta para que la situación de desarrollo desigual del capitalismo nos haga presuponer una enorme

dificultad en cuanto a una solución similar a gran escala, y haga aparecer probables conflictos de estructura de enorme envergadura, capaces de hacer surgir perspectivas que no es fácil solucionar desde una posición analítico-preventiva.

El pluralismo anarquista nos parece más válido que nunca en este sentido. A distintas situaciones, distintas soluciones. Ningún preconcepto de principio teórico que haya que comprobar a cualquier precio, incluso en la piel de los trabajadores, ningún interés de casta o partido, ninguna necesidad de dominio y de poder. Una vez que partimos de la autogestión revolucionaria como elemento esencial de cualquier razonamiento, y por tanto también del razonamiento sobre el pluralismo, debemos concluir con la posibilidad de que éste evolucione, hacia el comunismo anarquista, solución final al problema económico y al problema del hombre[15].

15 Todo ello es en el ámbito de una autogestión de las fuerzas de liberación que, por otro lado, son las mismas fuerzas productivas.

6.- TÉCNICAS DE SABOTAJE.

La lucha autónoma de la base de trabajadores puede llevarse a cabo técnicamente de muchos modos, todos más o menos reportables a las técnicas de sabotaje. De hecho es el sabotaje lo que golpea más a fondo la estructura productiva, poniendo inmediatamente en dificultad al empresario y a sus seguidores a causa de la imposibilidad de reducirlo a los cánones interpretativos de la lucha reformista.

Es obvio que la lucha autónoma de base trabajadora puede desarrollarse mediante otras técnicas, como por ejemplo, la de la autogestión de la unidad laboral en una situación de gestión capitalista; pero el sabotaje sigue siendo un elemento esencial de la autonomía de la lucha.

La peligrosidad del sabotaje se desprende también del hecho que todos los burgueses unánimemente y desgraciadamente, también algunos revolucionarios, alzan la voz contra él, se indignan, protestan, lo califican de medio de lucha delictivo. Pero toda esta gente que lanza tan altos lamentos es la misma que explota y mata con gran desen-

voltura en las fábricas, en el campo, que trata a los trabajadores como instrumentos de producción, cuando no le invita a combatir en un frente como carne de cañón.

La verdad es que aplicando el sabotaje a vasta escala, como acción directa de la clase trabajadora contra el empresario, estos últimos se encuentran en grave embarazo, y se encuentran obligados a desentender sobre un terreno que para ellos es desconocido, a combatir contra adversarios que se escapan y que no puedan ser separados, aislados, culpados.

En estado latente, existen formas de sabotaje realizadas espontáneamente por los trabajadores. Una de ellas es el absentismo. En este sentido la reducción de la productividad individual, en estos últimos años, ha sido notable y ha dañado de forma no desdeñable al empresario. Obviamente éstos han puesto en actuación procesos de redistribución tales que garantizaran una fuerte limitación de estas pérdidas, pero el fenómeno sigue igual y puede incluso ser incrementado con una oportuna propaganda en este sentido.

El fenómeno de "trabajo lento" se encuentra ahora con fuertes limitaciones como consecuencia de la extensión del trabajo

mecanizado incluso en la pequeña y mediana empresa. Actualmente, por ejemplo en Italia, todo el sector mecánico está organizado de este modo; sólo una parte no significativa queda fuera del trabajo en cadena. El sector químico, el otro gran sector industrial. Está ligado al mismo fenómeno en lo que respecta a la mano de obra de base (confección). Otros sectores como la construcción y el transporte permanecen más abiertos a esta forma de lucha. El problema del "ritmo" en la fábrica es una cuestión de violencia, violencia en sentido único, que produce accidentes mortales y heridas a un ritmo increíble. Cada hora laboral un hombre muere, cada seis segundos otro resulta herido. El mismo, director de INAIL (Instituto Nazionale Assicurazioni Infortuni sul Lavoro), ha declarado que se trata de un fenómeno cada vez más parecido a una guerra. En cuanto al ritmo es algo alucinante. Rara vez están previstas más de dos interrupciones al día con una pausa de unos 5 minutos, una por la mañana y otra por la noche. En algunas fábricas se llega a trabajar hasta 12 horas al día a causa de las horas extraordinarias. El asunto se agrava al hablar del destajo. Muchas veces los trabaja-

dores no pueden alejarse de la cadena porque falta la cuarta brigada (la brigada que sustituye a los trabajadores que deben alejarse por cualquier cosa). No es infrecuente que los horarios para ir al lavado estén regulados. En esta dimensión, como puede verse la forma de trabajo lento no es posible: sin embargo, la de sabotaje continúa válida. De hecho, haciendo ineficaz toda la cadena, no sólo se causa un daño considerable parando la producción, sino que se interrumpe también el ritmo de trabajo. Los operarios mecanizados saben muy bien cómo se puede romper una cadena pero es necesario que se haga "como una obra de arte", usando los medios idóneos y con procedimientos que no consientan adivinar la responsabilidad de los trabajadores.

En mejor posición, en cuanto a la utilización de "trabajo lento", están los obreros que trabajan fuera de una cadena de montaje (gruistas, transportistas, técnicos de grado más especializado, trabajo manual, etc.); los obreros de las operaciones de control en la industria química; los de la construcción y los del transporte.

La aplicación en estos sectores de las

técnicas de trabajo lento sólo puede tener resultados positivos si los grupos que deciden esta forma lucha son concientes y responsables en sus acciones y están desligados de cualquier forma de poder de tipo sindical y partidista.

Otro problema afecta a la "calidad" del producto. La aplicación de este método de sabotaje en la pequeña y mediana industria resulta bastante fácil. En la industria farmacéutica presenta problemas particulares. Antiguamente, cuando la preparación de los medicamentos se hacían en la farmacia, los enemigos del movimiento obrero divulgaron la difamación de que, en caso de lucha en el sector, los empleados de las farmacias, envenenaban los productos, dañando la salud de los compradores. Se trata de una mentira que en la época tuvo bastante éxito y que causó mucho daño al movimiento obrero reduciendo mucho las posibilidades de aplicación del sabotaje en este sector; en el alimenticio y en otros sectores colaterales (café, restaurantes, industria pastelera, etc.). Actualmente la casi totalidad de los productos farmacéuticos se prepara en las grandes industrias que utilizan cadenas de confeccio-

namiento. Y nos encontramos aquí con los mismos problemas que en la industria del metal. El envenenamiento del contenido, que sería facilísimo, es sin embargo algo muy peligroso, en cuanto no siempre se realizan los controles de calidad –como sería su obligación- antes de la entrada en el mercado de la mercancía. A menudo, frente a la urgencia de la demanda, los productos son controlados cuando ya están en el mercado (control de las muestras) y en caso de envenenamiento se perjudicaría a los enfermos.

Compañeros que han estado trabajando en el sector y se han encontrado frente a este problema lo han resulto, siempre en el ámbito del sabotaje, reduciendo el contenido a veces hasta llegar a cero mejor que envenenándolo. Modificando oportunamente (y fácilmente) la máquina dosificadora (que forma parte de la cadena de confeccionamiento) se pueden reducir cuanto se quiera las cantidades del frasco y de cualquier contenedor en general. De este modo, y gracias al mismo principio que hacía peligroso el envenenamiento en cuanto muchas veces los productos entran en circulación entes de ser controlados, se pueden poner en

el mercado productos cuyo contenido se ha reducido de tal forma que no son utilizables. Por su parte el consumidor no resulta perjudicado puesto que el farmacéutico tiene la obligación de cambiar el producto que está vacío antes de ser abierto. El único perjudicado es el industrial.

Otro instrumento de lucha es el llamado "técnica del cante". En el sector de servicios en general su eficacia es grandísima, y en particular en aquellos sectores donde el secreto y la confianza están en la base de la producción capitalista. Un sector de gran importancia, donde si se empleara esta técnica de sabotaje se vería su gravedad, es el de los servicios bancarios. No resulta excesivo decir que en pocos días la filial de una gran banca se vería obligada a cerrar sus puertas si sus empleados decidieran emplear este sabotaje llamado "del cante". Como es sabido, el trabajo bancario se basa principalmente en el secreto: en particular los depositarios no desean dar a conocer la entidad del capital depositado, los especuladores de bolsa no quieren dar a conocer el negocio habido con los títulos que se compran y venden en un cierto período de tiempo,

los comerciantes no quieren dar a conocer las sumas invertidas porque el fisco conocería sus ingresos efectivos, los industriales no quieren dar a conocer el monto de los pagos efectuados por terceros a su favor, el de las facturas emitidas, o pagadas a sus proveedores etc. Todos tienen algo, grande o pequeño que esconder. Bastaría un pequeño folleto distribuido ante la puerta de un banco, conteniendo algunos nombres y cifras, para causar un daño de tal calibre a aquella banca que modificaría inmediatamente su actitud.

Profundizando este razonamiento, se vería como un acto semejante de sabotaje tendría dos tipos de repercusión, igualmente mortales para el empresario. El primero empujaría a los otros trabajadores del sector –vistos los resultados obtenidos- a usar la misma táctica, en la misma banca o en otras, en el mismo sector o en otros (por ejemplo, el sector Seguros está ampliamente basado en el secreto). Un segundo tipo, causaría repercusiones negativas en toda la economía nacional, con cambios repentinos en los depósitos, elección de otros canales para el ahorro, consecuencias no previstas en la bolsa y en la misma gestión gubernativa de inversiones.

Otras técnicas de sabotaje pueden ser enumeradas con facilidad, sólo que no es esta nuestra intención. Hemos querido solo dar indicaciones generales.

Serán los trabajadores mismos, los grupos autónomos de base, los que decidan, cada vez, ante la situación efectiva de la lucha, los medios a escoger. Habrá ocasiones en las que el sabotaje tomará forma de absentismo y de disminución del ritmo del trabajo, pero habrá ocasiones en las que será necesario recurrir a las represalias contra los bienes de propiedad del empresario, contra los medios de producción y contra todo lo que ayuda a determinar la capacidad de resistencia de la parte contraria

Que puede aparecer incluso entre los que tienen en cuenta que el fin condiciona los medios.

AUTOGESTION Y ELECCIÓN ECONÓMICA

1.- ESPAÑA.

La situación de España no fue de las más favorables a la hora de resolver el problema de la construcción de la sociedad libertaria de base autogestionaria.

En 1936 en España había un tanto por ciento de analfabetos de un 60% sobre la población. A esto debe añadirse un escaso desarrollo general de la tecnología y la imposibilidad objetiva de hacer frente a las transformaciones importantes tras la retirada de capital por parte de las empresas extranjeras.

Como contrapartida, una notable propaganda comunista libertaria, hecha antes de la guerra civil, y una tradición de trabajo colectivo.

Oponiéndose a los marxistas que querían consignar todo en manos del Estado, los

anarquistas sostuvieron que la socialización debía ser efectuada por los mismos trabajadores en los talleres, las fábricas y en todos los sectores de la economía.

"La colectivización se desarrolló en forma muy diferente en relación a las diversas regiones: influenciada por la forma de cultivo, organización política y por el carácter de sus militantes. Sin embargo es posible aislar las formas idénticas de desarrollo" (Mintz).

La primera fase consistió en la socialización de las empresas, en las zonas en las que esto fue posible. Toda industria, almacén, taller de venta vio encargarse de la organización a los delegados de los sindicatos. En su mayor parte se trataba de personas que no tenían ninguna experiencia técnica en materia económica, pero que sabían perfectamente cuáles eran los problemas técnicos del sector en aquel preciso momento. Si a ello añadimos el espíritu de iniciativa y la auténtica explosión de "soluciones técnicas" que hubo en cuanto todos se vieron "responsables" en primera persona; podemos hacernos una idea del clima psicológico, elemento no desdeñable en la determinación del fenómeno histórico.

"En el campo, los campesinos confiscaron las tierras a los ricos para trabajarlas colectivamente. Las cosechas constituían el capital de salida. La propaganda anarquista contra la moneda y sin duda el miedo a la inflación, hicieron que a menudo se aboliera el dinero, y que el intercambio se estableciera en el pueblo. Las compras se efectuaban mediante una libreta... Un esfuerzo de solidaridad entre la colectividad sustituía la caja de crédito". (Mintz).

La coordinación entre los diversos sectores industriales la hacía el sindicato. En los sectores más ricos se constituyeron cajas de sostenimiento para las industrias más pobres. Los delegados no por ello eran relevados de la obligación de contribuir lo mismo al trabajo manual.

Se consiguió un cierto aumento de la producción media agrícola en algunas zonas y también un crecimiento de la mecanización. Muchas tierras fueron roturadas, irrigadas y cultivadas.

Después la intervención destructiva del partido comunista puso fin a esta acción. La represión de Líster[16] sobre las colectividades

16 Enrique Líster Forján, (1907-1994) fue un político y militar republicano ligado al Partido Comunistas

en Aragón es un modelo en su género.

Estas son a grandes rasgos las iniciativas de la España revolucionaria. ¿Qué problema es necesario discutir? Problemas políticos, militares y económicos. No es posible separarlos: en una palabra, problemas revolucionarios.

Las decisiones que se tomaron en el plano de la organización militar están relacionadas con las decisiones tomadas en el plano de la colaboración política con el gobierno. Desde esta perspectiva la resistencia de la base en el plano de la construcción económica de la nueva sociedad, no podía dejar de estar destinada al fracaso.

Sería ilógico y superficial criticar aquella experiencia a la luz de los hechos teóricos y del desarrollo concreto de la lucha de clases, que sólo se han aclarado en los últimos decenios. Aunque algunas cosas están demasiado claras para que puedan ser olvidadas. Para superar el problema del frente único de forma estable, se sacrificaron muchas cosas, entre ellas la misma posición anarquista. De ellos el mayor responsable fue el sindicato. Lo mismo sucede en el plano puramente mili-

Español (PCE), encargado directamente en reprimir las colectividades anarquistas de Aragon.

tar. Aceptada la tesis de una guerra lineal, no se podía sostener una autogestion de base de organizaciones militares anarquistas. Por el mismo motivo finalmente cuando las colectividades anarquistas fueron atacadas por los comunistas no se pudo tomar la decisión del contraataque. Al contrario los compañeros que se decidieron a defender las colectividades con las armas fueron mirados con recelo y casi puestos "fuera de la ley" por las mismas organizaciones anarquistas "oficiales".

Partiendo del concepto "global" de autogestion concepto que habíamos examinado en el curso de los capítulos precedentes, la experiencia de la España revolucionaria nos aporta una gran evidencia: la separación entre momento político, momento militar y momento económico no es posible desde el punto de vista revolucionario. En el caso de la obligatoriedad de esta distinción, las probabilidades de llegar a organizar la economía sobre una base autogestionaria son limitadísimas y los medios que son necesarios a emplear (sin excluir la fuerza bruta) son muy similares a los necesarios para implantar cualquier otra forma de organización económica, sin excluir la de capitalismo de estado.

No vale de nada preguntarse y reflexionar, como hace Leval, qué es lo que proporcionó la base jurídica de las colectividades españolas, si derivaron del sindicato o del municipio, o bien de las comunidades medievales. A mi entender, no es ésa la enseñanza que se puede sacar de aquellos acontecimientos. Más bien nos deben hacer reflexionar sobre la necesidad de resaltar la posibilidad positiva de organización espontánea de masa, evitando destruir esta espontaneidad con errores que se hacen desde lo alto, en aquella región "directiva", que no debe existir "por definición" entre los anarquistas, pero que de hecho se solidifican apenas se afrontan de modo crítico los problemas del frente común revolucionario y de la organización del trabajo.

En ambos casos los problemas no están en la base autogestionaria de la posible revolución. Es necesario partir de la base, de los núcleos productivos fundamentales, para desarrollar la acción revolucionaria, respetando la creatividad y la espontaneidad de la base, en la perspectiva político militar de la colaboración con los otros grupos, o en la perspectiva económica más técnica de la

organización de la producción en los sectores y en las zonas donde sea posible gracias a la presencia de grandes componentes anarquistas entre los trabajadores.

En el caso de que esta disposición armónica de las fuerzas espontáneas de base no sea seguida, en el caso de que sea una restringida minoría de dirigentes la que decida el modo de llevar la colaboración con las otras fuerzas revolucionarias, la capacidad organizativa de los trabajadores será destruida en el momento en que sus realizaciones entren en contraste con el resto de la realidad productiva que, obviamente será dirigida y guiada de modo muy distinto a causa de la influencia de aquellas otras fuerzas revolucionarias autoritarias con las cuales-en el plano político-militar- se está colaborando. En ese momento los "dirigentes" se encontrarán en una encrucijada: o abandonar la primitiva colaboración, negando su propia funcionalidad y lanzando a la más absoluta confusión la coordinación político-militar, o aceptar la tentativa de organización económica tal como la base la desea, de forma anarquista. Pero, en cualquier caso, se oponen a la masa, negándose como minoría anarquista activa

y por lo mismo como fuerza revolucionaria en sentido libertario. O se es coherente con todo, en nuestro modo de pensar, o existe el riesgo de comprometerlo todo.

2.- YUGOSLAVIA.

Ejemplo clásico de economía autogestionada y centralizada. La gestión obrera está asistida por una gestión comunal. El Estado está tas los bastidores intentando aparecer lo menos posible. Su centralismo se deja ver en los decretos y en los impuestos, además de en el plano económico. Los consejos de trabajadores existen a todos los niveles. Arrancan de las fábricas y del municipio y llegan a nivel federal donde están todas las naciones que componen Yugoslavia. Existe una planificación central fuertemente descentralizada mediante seis republicas federadas.

En la fábrica hay que distinguir el colectivo obrero, que es el conjunto de obreros, del consejo obrero que estudia los problemas de la fábrica junto con el comité de gestión que estudia los problemas que hacen referencia al aspecto económico. Por encima de todos ellos existe un director con responsa-

bilidad técnica. Este puede incluso despedir a los obreros. El director es nombrado por el consejo de fábrica y por el comité popular del municipio.

Entre la dirección y los órganos de trabajadores existe una continua tensión. Así escribe Aser Deleon, sindicalista yugoslavo: "Los directores de algunas empresas se esconden tras las decisión del consejo obrero. A pesar de que existan las condiciones autogestionarias, los directores deberían tener la responsabilidad y la obligación de poner en práctica, de manera autónoma, las decisiones de los consejos obreros; pero, algunos de ellos, hacen de este órgano de autogestion, una especie de parapeto para cubrir su falta de eficacia y de espíritu de mando. Otras veces, algunos dirigentes –directores, cuadros técnicos y administrativos- aprovechan los insuficientes conocimientos de los trabajadores para adulterar las decisiones de los órganos de gestión, rechazando aplicarlas y ejerciendo de este modo, una nefasta influencia en la responsabilidad directa de la colectividad de trabajo".

Resulta claro, que los trabajadores, no pueden luchar contra una construcción

centralizada de la economía. No tienen los medios a nivel organizativo, no tienen los medios a nivel técnico. Aunque el aparato exterior sea autogestionario, en un plano general de desarrollo económico y en la persistencia de un control político global, su función es la de la explotación.

En Yugoslavia la situación de explotación es clarísima, aún prescindiendo de las cautas declaraciones del mencionado sindicalista.

En la agricultura existe un sector privado y un sector colectivizado. El primero ocupa la mayor parte. El segundo comprende tres tipos de organismos: cooperativa general, factorías sociales (como los sovcoz), cooperativas de producción (como los colcoz).

Finalmente, tenemos la llamada "gestión social" (servicios públicos, banca, etc.) que no está autogestionada.

Las críticas a este tipo de organización de la producción son muy simples: no se trata de autogestión, por lo menos en el sentido que están tiene para los anarquistas. No sin motivo Yugoslavia existe un Estado comunista al que no se le aprecia ninguna forma de "deterioro".

Las mismas críticas internas al partido

comunista y a los sindicatos insisten en la necesidad de superar la estructura jerárquica y la división del trabajo a todos los niveles de la sociedad, pero se trata de tentativas interesadas únicamente en "empujar" la productividad del sistema económico que amenaza con descender por debajo de los niveles imprescindibles. Muchos compañeros han interpretado erróneamente estas críticas como un signo de apertura, como la indicación de que algo está cambiando en Yugoslavia; para ellos, si la estructura está basada aunque mal en la autogestion, el resultado de un cambio eventual debería ser el de un progresivo acercamiento a la "verdadera" organización autogestionaria. Nada más equivocado. Como hemos intentado demostrar, la autogestion no es un problema parcial, no es un problema de orden económico, sino un problema total, problema revolucionario.

Un elemento que no debe infravalorarse, en este fracaso de la tentativa autogestionaria yugoslava, es la presencia concurrencial de una presión, determinada por su relación con economías extranjeras. Se trata de algo de que son conscientes los cuadros dirigen-

tes yugoslavos y que empuja, a los jóvenes especialmente, a oponerse a la continuación de la autogestion. Hecho que traduce sus deseos expansionistas en política económica. No se puede dejar de reconocer un fondo de verdad a este empuje hacia un capitalismo de competencia. Permaneciendo en el ámbito de una dimensión autogestionada, los dirigentes se ven obligados a limitarse a pequeños problemas internos, a la gestión de pequeños intereses locales, a la perspectiva de una carrera no demasiado brillante; extendiéndose al capitalismo de Estado tradicional, pueden ampliar sus posibilidades, desarrollar intereses más amplios. Por su parte los trabajadores permanecen apáticos, no ven un interés objetivo en defender una estructura que lo único que autogestiona es su miseria. Esa es la verdadera esencia de las luchas internas en la economía yugoslava: no es la autogestion lo que pone en discusión, ya que ésta no existe, sino sólo una forma más o menos eficaz de explotación de los trabajadores.

3.- ALEMANIA FEDERAL.

No es un error hablar aquí de Alemania federal y su cogestión. Salvo la palabra, que es diferente, se trata, más o menos, de un fenómeno análogo al de la autogestion realizada en algunos Estados llamados socialistas.

Todas las fábricas alemanas que tienen actualmente más de 2.000 empleados son cogestionadas mediante los sindicatos. Muchas de las fábricas más pequeñas tienen una forma bastante similar a la autogestion.

"La cogestión significa que la dirección de la empresa no solamente debe dar cuenta a los accionistas, sino igualmente a los trabajadores y a toda la nación. Una verdadera democracia no se limita al sector político, sino que los principios democráticos deben igualmente aplicarse a la economía. El "partnership" no puede reemplazar a la cogestión. Los sindicatos no tienen intención de reducir el capital ni los derechos de los accionistas. Pero el capital invertido en la producción no es decisivo por si solo. Más importante es la fuerza del trabajo". (D.G.B. sindicato alemán).

El consejo de fábrica alemán tiene sus orígenes en la revolución de 1918-19.

La estructura de este consejo es tal que consiente una notable acción a los representantes sindicales que, a menudo, a un cierto nivel, son dispensados del trabajo y pagados a pleno empleo. En concreto el consejo se contrapone al comité de dirección y al director del trabajo.

En este sentido se divide la participación en las decisiones de fábrica. Los trabajadores no sólo están en manos de los propietarios, sino también en manos de una fuerte clase sindical que los instrumentaliza como quiere.

He aquí un breve y preciso análisis de Heinz Zimmermann (Interrogations, n.1.): "No es difícil entender que la cogestión paritaria es una gestión de aparato burocrático –patronal y sindical- y que las decisiones importantes se toman sin consultar a los asalariados".

"La cogestión, a nuestro entender, intenta obtener metas esenciales, según los dirigentes sindicales. La primera refleja la concepción de conjunto del partido socialdemocrático (ligado al sindicato no en el plano formal, sino gracias a una simbiosis personal y de mentalidad entre las dos organizaciones): se trata de llegar a una "regularización" de las relaciones sociales con el fin, dice un diri-

gente sindical, de atenuar, en la medida de lo posible, las injusticias sociales resultantes del proceso económico. La segunda permite la integración en el proceso económico, e industrial, de toda una clase de "funcionarios" sindicales sociales, que vienen a formar parte integrante del sistema económico y social, no abandonando a los "managers", salidos de la clase dirigente del país, este amplio campo de actividad".

Por consiguiente, eliminación de discrepancias y de los conflictos en lo posible; participación en primera persona en la gestión económica. Integración definitiva en la estructura de poder de la estructura precedente del contrapoder. Obviamente, sería superfluo explicar que esta integración es posible no por una degeneración de los sindicatos sino por una de sus características esenciales, eventualmente agudizada en el curso del desarrollo capitalista tradicional.

Meter en el mismo saco la cogestión alemana y la autogestion yugoslava tiene el significado preciso de volver a llamar la atención sobre la finalidad común del movimiento obrero cuando se pone en las manos de una minoría que accede "a los puestos

de responsabilidad". Fueron los revolucionarios de la comuna de Paris los que primero comprendieron que el delegado debe ser revocable en cualquier momento, en caso contrario se transforma en burócrata; mientras su mandato debe ser preciso, limitado y detallado en todas sus partes. Hasta que las ideas sobre este punto no se tengan claras no se podrá desarrollar el verdadero proyecto autogestionario que pasa, en primer lugar, a través de la organización revolucionaria.

4.- CHECOSLOVAQUIA.

En abril de 1968, los dirigentes del partido comunista checoslovaco buscaron resolver el grave problema que siguió a la bajada imprevista de la renta nacional, por primera vez tras la guerra. Su meta era resanar la economía mediante el paso de la forma tradicional de producción y de dirección a la nueva forma que reclamaba un cambio fundamental del mecanismo de la economía socialista. Este cambio debía suceder mediante una apertura hacia el mercado mundial con el fin de acercar los precios internos a la competencia internacional, a través de un

reexamen del papel del sindicato, y de una democratización de la economía.

El primer punto de este plano de mejoras no merece muchas reflexiones desde nuestro punto de vista. Se trata, más o menos, de la política económica perseguida por casi todos los países del Este, que invitan a las inversiones de capitales occidentales en el interior de su propia área industrial.

El segundo punto es más interesante. Vuelve a abrir la tesis sobre el papel del sindicato en un Estado socialista, en cuanto también la economía socialista crea condiciones en las que es necesario para los trabajadores defenderse de un modo organizado contra interese humanos y sociales distintos de los suyos. Afirma la autonomía del sindicato frente al partido, haciendo así caer la vieja concepción del sindicato como "correa de transmisión". Se trata de tesis que a nivel de poder tienen gran importancia y que determinaron la intervención soviética, pero que, a nivel de base, determinaron, junto al tercer punto que veremos en seguida, profundas modificaciones e interesantes reacciones.

El tercer punto es, por razones obvias, el punto oscuro del programa de transforma-

ción. No habla con claridad del nuevo papel de los trabajadores en el funcionamiento de la economía socialista, se limita a afirmar una "democratización" de la economía. Habla de la necesidad de colocar colectivos en el interior de las industrias socialistas capaces de asumir las responsabilidades de la gestión y por tanto necesitados de un verdadero y autentico poder decisional, aunque limitado en cuanto a la dirección. Pero, estos organismos deberían pretender que la dirección de la industria y los trabajadores dirigentes les rindieran cuentas. En cuanto a la composición de estos colectivos, trabajadores de la industria en cuestión y delegados de otros sectores e incluso sectores extraños a la economia1.

En efecto, estas modificaciones mucho más débiles, por poner un ejemplo, que las realizaciones yugoeslavas, no serían más que ejercicios literarios sobre papel si, otro fenómeno mucho más importante no hubiese tomado consistencia: el movimiento obrero.

Contrariamente al lerdo paternalismo que se desprende de las propuestas del programa, y al inmovilismo que debía continuar a salvaguardar la autoridad de los dirigentes en las fábricas, contrariamente a las conde-

nas de la espontaneidad creadora, contrariamente a la exaltación del "buen obrero", los trabajadores tomaron al pie de la letra la propuesta de democratización e intentaron darse organizaciones democráticas sin necesidad de esperar a que las disposiciones directivas del partido tomaran cuerpo en una farsa, según la tradición.

Así escribía Rudolf Slasky en julio de 1968: "En las fábricas checoslovacas han aparecido en estas ultimas semanas, como hongos tras la lluvia, comités de iniciativa para la creación de órganos democráticos en la gestión de la empresa, es decir los consejos obreros. En el taller W. Pieck de construcciones mecánicas es donde ha aparecido el primer comité de iniciativa...El primer proyecto que ha recibido un apoyo oficial iba dirigido a la creación en las empresas de consejos que debían estar compuestos en partes iguales por representantes del Estado, por especialistas ajenos a la empresa (independientes), como por ejemplo los representantes de los principales clientes y proveedores, etc. Y representantes de los trabajadores...entendemos que solo quien está directamente implicado puede decidir sobre nuestra industria, y

los trabajadores son los únicos directamente implicados. Creíamos, que en la práctica se llegaría a una alianza de interés entre los representantes del Estado y los mencionados especialistas independientes (neutros), en cuanto estos últimos habrían defendido los intereses de aquellos a los que les debían la nomina. Tras haber estudiado el problema, nos dimos cuenta que en el fondo se trataba de una nueva forma de aplicación de la vieja idea de la participación de los trabajadores en la gestión. Lo que los economistas habían descubierto no era más que un nuevo tipo de gestión. Esa forma de organización no presentaba ningún interés para los trabajadores de nuestras industrias, porque por propia experiencia constataron que en la práctica no tenían derecho a decidir nada".

Por ello los trabajadores checoslovacos intentaron adelantarse a las actuaciones "legales" de los nuevos consejos de fábrica, en vistas a imponer sus propios consejos de forma revolucionaria. El fin de esta bella aventura fue el encuentro con los tanques rusos.

Frente al peligro de un germen autogestionario auténtico se recurre a medios extremos, los mismos que usaron en Buda-

pest, poniendo en duda la credibilidad de la misma patria del socialismo a nivel internacional. Tal actuación, desde luego no improvisada, nos da la medida de la importancia y de la peligrosidad que semejantes iniciativas provenientes de la base revisten para el poder socialista.

AUTOGESTION ANARQUISTA

1.- LA ACTUACIÓN DE LA MINORÍA ANARQUISTA.

Tal como hemos visto, la imposibilidad de romper de otra forma el círculo contrarrevolucionario nos da como conclusión la necesidad de la autonomía de la clase trabajadora. Si esta imposibilidad objetiva se hace derivar de un pretendido proceso determinista imputable a la historia es un hecho que no nos interesa. La autonomía de los trabajadores no es un "modelo filosófico", como tantos otros, es una necesidad objetiva. Los trabajadores deben cuidar ellos mismos de los intereses que les afectan: los estímulos "religiosos" en cuanto a delegar el cuidado de estos intereses, deben ser puestos aparte.

Aquí surge un problema concreto. ¿Qué es lo que determina el nacimiento y el desarrollo de la tendencia a la organización autónoma en la lucha de la clase obrera? ¿Se

trata de un hecho automático, consecuencia directa de la imposibilidad de salida revolucionaria causada por la "santa alianza"entre capital, partidos y sindicatos? ¿O bien existe un componente preciso, minoritario, que actúa en el interior de la clase trabajadora desarrollando una clarificación progresiva, de los peligros, de los obstáculos y de las posibilidades, empujando a la masa a actuar por si misma?

La respuesta más exacta sería la dirigida a ilustrar la copresencia de estos dos componentes. Pero, en la práctica el problema mas grave que se presenta es la figura histórica concreta del proletariado y su "papel" hegemónico en la perspectiva revolucionaria.

Puede parecer que sin el nacimiento del proletariado industrial esta tendencia a la organización autónoma de la lucha no se hubiera podido verificar. Un razonamiento de este género nos resulta curioso, al menos por dos motivos: primero, insiste en conservar al proletariado industrial en el papel de "guía", incluso hablando de autonomía; segundo propone a la historia una alternativa ilógica que sería la posibilidad de la "no existencia" del proletariado.

Pero el proletariado existe, la industria y su desarrollo tienen su lugar en la historia, la revolución industrial ha determinado el nacimiento del capitalismo que, como sabemos , se ha desarrollado hasta nuestra época y manifiesta claros síntomas de seguir evolucionando en un cierto sentido; lo que acaba por simplificar nuestro problema. La clase trabajadora de hoy está compuesta por una gran parte que es el proletariado industrial. Este está directamente ligado, en su configuración de clases, al desarrollo de la producción industrial, lo que es lógico. No comprendemos, sin embargo, como de esto se puede pasar a afirmar que esta parte de la clase trabajadora debe tener un papel determinante sobre la parte restante. Y no sólo ésto, tampoco comprendemos el segundo motivo de por qué la autonomía debe verificarse solamente en el interior del proletariado industrial.

Admitiendo un razonamiento de este tipo se debe también admitir que la crisis del capitalismo, es una crisis "mortal" y no una crisis de "transformación".

En el sentido de que, siendo el proletariado industrial el extremo más sensible de la

clase trabajadora, seria también la parte más idónea para percibir los síntomas de enfermedad del capitalismo y para aportar una especifica organización de lucha: la organización autónoma. Los otros estratos, por ejemplo los campesinos, no estando en contacto inmediato con el estrato privilegiado de la producción no advertirían estos estímulos y no admitirían la posibilidad de autonomía.

No nos parece que se haya probado que el capitalismo esté en crisis "mortal". Por el contrario, nos parece que sus fuerzas están más vivas y fuertes que nunca. Su crisis, evidentísima, se presenta como una crisis pasajera, de evolución a formas de capitalismo distintas, aunque sustancialmente idénticas en cuanto a la explotación. Una evolución pacífica, hacia el socialismo de Estado sería el nacimiento de un nuevo capitalismo, mucho mas rapaz y eficiente que el actual. Por consiguiente no podemos hablar de "crisis final". Sin embargo la tendencia a la organización autónoma de la clase obrera existe.

En efecto, las posiciones actuales de los reformistas (partidos y sindicatos) no son una "respuesta" a la "crisis final" del capitalismo más de lo que lo es la autonomía

proletaria. El colaboracionismo de los partidos y de los sindicatos no es una estrategia de hoy, es la respuesta constante de la institución naciente con respecto a la institución que existe, y que se quiere destruir pero que es necesario dejar subsistir, para que la sustitución se realice con el menor daño posible a la estructura, de otro modo en el momento en el que la élite ascendente, tomase el poder, se encontraría en las manos con un cúmulo de ruinas. Este es el verdadero punto de vista de los reformistas. Del mismo modo, la autonomía de la clase trabajadora entendida como la posibilidad que queda de lucha, no deriva de la "crisis final" del capitalismo, sino hace parte de las constantes tentativas que se hacen en el interior de esta clase con el fin de liberarse de la explotación. Podemos ver como desde siempre los trabajadores han buscado organizaciones autónomas y nuevas, contrastando con las precedentes (superadas e ignoradas por el poder), con el fin de sobrevivir y de luchar; y podemos ver también como estas organizaciones han sido entregadas en mano de los dirigentes que han pasado enseguida a engrosar las filas de las lites ascendentes, y que al llegar al poder han

negado las instancias autonomistas de la base.

Por lo tanto debemos estudiar mejor este mecanismo de "entrega" de la autonomía en manos de los "cabezas" y de los partidos guía. Debemos revisar cuales son las causas de esta religiosidad, los motivos irracionales que entran a formar parte en la determinación de la estructura, la compleja confianza que parece hacer presa en las masas poniéndolas en brazos del reformismo. Nos hemos preguntado cual debe ser el papel de la minoría agente en el interior de la perspectiva de autonomía de la clase trabajadora. La conclusión nos da una constante comparación con las fuerzas objetivas que determinan las condiciones del fracaso de la autonomía de clase, es decir con esas fuerzas que hemos reagrupado, quizás impropiamente en la palabra "religiosidad", subrayando la existencia irracional. No es posible teorizar en abstracto sobre la formación de un grupo anarquista minoritario, que actué sobre la masa, más allá de los niveles correspondientes a los intereses precisos de esta última. Solo que es necesario entenderse sobre la esencia y consistencia de estos intereses. La cortina de humo alzada por el reformismo

impide una evaluación exacta de los verdaderos intereses de la clase trabajadora de un modo mucho más dramático de lo que en el pasado lo hizo el brutal poder empresarial y el fascismo. La socialdemocracia aliada con los empresarios es el peor obstáculo que se pueda imaginar en el camino hacia la liberación de los trabajadores.

Por consiguiente debemos fijar un índice de concreción a la acción anarquista en el área de la autonomía de los trabajadores. Lo que se desprende de los intereses objetivos de estos últimos, a cuya clarificación contribuye en primer lugar la minoría anarquista activa. Pero no se trata de una perspectiva "guía", que aunque asumiera la visión del anarquismo más ortodoxo, acabaría por copiar la horma de la social democracia, agente del poder. Por el contrario, se trata de una acción interna al mismo movimiento de los trabajadores, una acción que parte del concepto de autonomía y de organización autónoma en función de los intereses de los trabajadores mismos, una acción que enlaza con la autonomía del individuo vista a través de la autonomía de clase y con las perspectivas de liberación revolucionaria.

Lo malo de muchas situaciones concretas es que la acción de los anarquistas, aunque clara a ciertos niveles analíticos, se difumina a menudo en el momento de la decisión de elección de medios, decisión que implica toda la temática sobre la modificación de los objetivos a alcanzar. El ataque a la visión reformista interclasista de los partidos y sindicatos, comprende una clara visión de los medios de lucha que pueden emplearse y no debe entenderse que las decisiones deban alejarse ciegamente en manos de los trabajadores. El razonamiento sobre la autonomía no se aparta de la elección de medios de lucha: las dos cosas están entre lazadas y se condicionan. La perspectiva violenta, la acción directa gestionada por la base, el sabotaje, la destrucción del trabajo, no son actos "más a la izquierda" que cualquier otro que esté "a la izquierda"; son elecciones determinadas que dicta la autonomía de los intereses, elecciones en las cuales la presencia anarquista activa tiene grandísima importancia.

El razonamiento debe fijar la atención en los "intereses" de los trabajadores. si éstos nacieran como en el análisis marxista , de una situación de hecho , y precisamente de la dominación del capital , lo que daría una

transformación objetiva de la masa de población en un país de "trabajadores", se podría hablar -con esfuerzo lógico- de "intereses para sí", correspondientes a la "clase para si": pero estos intereses son verdaderamente los de la clase trabajadora solo a condición que esta última los reconozca como propios, se atreva a superar los obstáculos construidos expresamente por el poder, reniegue de la falsa propuesta de los reformistas, etc.

... en otros términos, nosotros vemos un aspecto voluntarista en la acción autónoma de los trabajadores, un aspecto que recoge el momento esencial de los intereses objetivos de la clase, pero sólo a condición de que este momento se obtenga a través de la lucha y de la sensibilización. Y aquí se coloca la acción positiva de los anarquistas.

Esta toma de conciencia de los propios interesados, este descubrimiento subjetivo de los intereses objetivamente dados, es la condición esencial para que se verifique la revolución social, sin paso preventivo a través del comunismo de Estado.

Otro aspecto de la acción anarquista en el área de la autonomía es el dirigido a aclarar las relaciones con el poder, de donde emerge la solu-

ción del problema de la religiosidad, del guía.

El poder no puede solidificarse en punto preciso del ordenamiento reaccionario. Diferencias sustanciales surgen entre capitalistas, burocracia, media y pequeña burguesía, intelectuales, y otros elementos de un cuadro muy completo. Diferencias no menos sustanciales se tienen entre los partidos del gobierno, partidos reformistas, sindicatos, organizaciones represivas del capital (ejército, policía, magistratura, fascistas, etc.). Pero, más allá de las específicas diferencias constitutivas y de empleo, todos ellos están acosados por la necesidad de todas las organizaciones del poder: la supervivencia. Luchan primero, por su propia supervivencia y para que se perpetúe la situación objetiva que los hace posibles, después para hacer cada vez más fácil esta supervivencia, y de ahí se pasa a la fase del desarrollo y del deseo de dominio cada vez mayor.

Que la doctrina marxista sea expresión de una clase media e intelectual que intenta apropiarse del poder, superando el ultimo obstáculo que lo separa de la propiedad, es hipótesis atrayente y valida, pero que necesita de alguna profundización, o al menos

así lo creemos. No estamos de acuerdo en considerar este asunto como algo que deba aclararse en las actitudes y en los intereses de la media y pequeña burguesía, un reflejo no secundario esta constituido por aquellos residuos irracionales que subsisten en la clase trabajadora y que, indirectamente hacen posible el desarrollo de los intereses de esta clase intermedia, que intenta alcanzar el poder. La élite ascendente, en este caso, no sería la pequeña burguesía, sino una parte de ésta, partidos y sindicatos, autodefinidos representantes de los intereses del proletariado, pero sustancialmente portadores de intereses propios, y en segundo lugar de los intereses de la burguesía menos dotada financieramente.

Por ello la acción de los anarquistas, en cuanto a minoría activa, no debe solamente proponerse como la de vanguardia de las masas que, en cuanto en tal, es sensible a ciertos niveles de lucha y, que precisamente por ello, se sienta autorizada a representar a las masas. De este modo se abre el camino a la acción violenta por sí misma, en la pretensión de que se puede empujar el movimiento obrero desde fuera, como consecuencia de

ciertas acciones, “ejemplares” y aisladas. El mismo principio de autogestión y de la acción directa, como principio de la masa de explotados y no como prerrogativa exclusiva de una minoría, entraría en contraste con una visión tan parcial de la tarea revolucionaria.

2.- EL PROBLEMA ORGANIZATIVO.

Problema muy difícil y del que mucho se ha hablado, presenta notables diferencias y contrastes evidentes. Su tratamiento más o menos completo requería un extenso trabajo, pero se reduciría en definitiva a la exposición histórica de formas ya superadas en el tiempo.

El socialismo autoritario ha resuelto el problema de la organización de un modo muy simple: no teniendo como principio de partida que la elección del medio acaba por condicionar el fin, ha reproducido la misma estructura autoritaria que intenta combatir, organizándose en partidos rígidos y centralizados.

Este método, desde un punto de vista destructivo e inmediato, puede incluso tener ventajas, pero no da garantía en cuanto a los objetivos revolucionarios. Mediante el

partido y las restantes estructuras de este tipo, la revolución sufre una transformación radical y en breve espacio de tiempo, se reduce de suceso de enorme repercusión a banal cambio de poder y da vida al nacimiento de una nueva clase dirigente más voraz que la anterior.

En la práctica, el proceso organizativo presenta dos aspectos: uno real y otro que solo es imaginario. El primer, de gran importancia, esta en relación directa con el desarrollo de la lucha revolucionaria: con el cambio de nivel de penetración en las masas, surgen necesidades organizativas cada vez mas precisas. El segundo, puramente intelectual esta en relación inversa al desarrollo de lucha: a medida que disminuye la intensidad del conflicto, crecen las cavilaciones y las teorías, se multiplican las objeciones, se agudizan en sentido de las contradicciones.

Naturalmente ello no significa que la organización, creada en relación con la lucha concreta, no necesite un adecuado análisis teórico o no deba tener presentes los resultados de los análisis de las luchas precedentes. Significa sólo que, en los periodos de "paron" revolucionario, florece la actividad

de los intelectuales que se abandonan a sus reflexiones personales perdiendo la medida de la realidad.

En general se puede afirmar que el problema organizativo se convierte en problema central, sólo a condición de que el desarrollo revolucionario de la lucha haya determinado en las masas la conciencia del problema en sí misma: sólo entonces será correcto que lo teóricos analicen las necesidades y las formas de actuación en detalles. Antes de ese momento, todos los análisis del problema de la organización tendrán una validez, pero limitada y circunscrita, y muy difícilmente llegarán a tener una influencia verdadera y auténtica en el movimiento obrero en lucha. Cuanto más se extienda los detalles teóricos, más dividirán al movimiento, más alejará la puntualización de las energías de los militantes que es lo que determina resultados positivos en las masas.

Tomemos por ejemplo, la situación del movimiento anarquista italiano. En su interior, en una situación de lejanía casi total de las luchas concretas de los explotados, se debate con gran empeño el problema organizativo. Se discute si es útil o no entrar en los

sindicatos, se discute sobre responsabilidad colectiva o individual.

La realidad es que el movimiento anarquista italiano está fuera de los sindicatos en vez de ver las cosas en su dimensión real, examinando la esencia de este instrumento y si vale la pena construir medios organizativos para entrar a formar parte de él o, si por el contrario, nos debemos decidir a la lucha autónoma, negando en absoluto la valides del medio sindical por no ser idóneo para los fines revolucionarios, se insiste en teorizar la validez del sindicalismo.

De este modo la búsqueda analítica, el debate al interior de los grupos, se convierte en excusa que esconde la capacidad efectiva de acción. Nos quedamos en la discusión sobre la organización, en vez de dejar a un lado este problema y ponernos seriamente a trabajar junto a los grupos de trabajadores que empiezan a tomar conciencia de la necesidad de lucha autónoma. De este modo se corre el absurdo riesgo de construir organismos para-sindicales, presentarse en las luchas autónomas de los explotados en nombre de estos organismos, y confundirse con los verdaderos sindicatos por falta de

una línea clara de acción.

El mismo razonamiento vale en cuanto al problema de la responsabilidad y de la división del trabajo en el interior de la organización anarquista. Hay compañeros, y son mayoría, que no cumplen las funciones que han asumido al interior del grupo, compañeros que se hacen cargo de un asunto y luego dejan pasar semanas enteras sin aparecer. Ciertamente, este comportamiento es índice de escasa responsabilización y, desde un punto vista teórico es condenable; pero ¿alguien pregunta verdaderamente si el escaso empeño del compañero se debe a la creencia de lo vacío y de la superficialidad de su acción? ¿Se pregunta alguien si a un nivel de lucha diferente el mismo compañero mantendría el mismo comportamiento? Una respuesta fácil puede ser que quien no se aplica en las cosas pequeñas mucho menos se aplicará en las grandes; pero ésta es la concepción burguesa de la selección: el niño que no es responsable en la escuela no será nunca capaz de andar por la vida, y con esta excusa se establece una selección.

En estas condiciones, nos parece imposible establecer pautas y codificar normas,

firmar pactos o sancionar acuerdos federales: todo se pierden la niebla de la insignificancia. Muchísimos compañeros activos y preparados han huído literalmente de nuestras organizaciones para ir a otras autoritarias. Especialmente jóvenes que han venido a nosotros después de 1968. Y no vale decir que si lo han hecho es que no eran elementos dignos de ser anarquistas y que es mejor así, que se hayan revelado como lo que eran, denunciando quien sabe que signos premonitores en su corta o larga estancia en el grupo. Todos estos fenómenos se dan por falta de lucha, de actividad revolucionaria, antes que por falta de organización.

En estos términos el problema organizativo se convierte en problemas de praxis y problema teórico. Este último aspecto puede solamente servir para acelerar el aumento del nivel de conciencia de las masas y de la misma minoría anarquista considerada como elemento interno de las masas. Nunca puede resolverse por sí mismo, como problema por encima de la praxis de lucha. Como problema separado de los objetivos precisos, alcanzables en concreto y no sólo soñados y fantaseados por esperanzados intelectuales.

En la lucha, quien ve la estructura y calcula el contraste entre formulaciones atrasadas con respecto a los niveles de lucha, cada día mas avanzados, es el revolucionario anarquista. En esta mediación interviene su sensibilidad, en presencia física en la lucha, su vida enteramente dedicada a la causa del anarquismo. Puede cometer errores, tener visones erradas, pero su trabajo, al lado de los demás compañeros, y su situación en la lucha de masas acabará por allanar las dificultades y los errores.

La pluralidad de consideraciones del problema está sólo aparentemente justificada por el pluralismo teórico del anarquismo. No es cierto que junto a las diversas teorías existen distintas formas de organización de la lucha y que todas ellas sean anarquistas. Si las diversas teorías proporcionan modelos y estructuras de la futura sociedad, según las distintas y objetivas condiciones que podrían surgir no proporcionan varios modelos y estructuras de relaciones con el poder: si una teoría sostuviera un compromiso con el poder, una forma de participación con él, automáticamente acabaría por negarse como teoría anarquista.

El crecimiento del movimiento anarquista no es un hecho separado del crecimiento de la conciencia revolucionaria en las masas. Si incluso a nivel de conciencia restringida existe siempre una minoría militante, se debe al hecho de que ciertos individuos han disfrutado de ciertos privilegios (económicos y morales, objetivos y subjetivos) y los utilizan para colocarse frente a un estado de cosas aceptada por la mayoría de las personas. Pero cuando el proceso revolucionario evoluciona en su crecimiento natural, es decir hacia le progresivo aumento de los niveles de lucha, entonces el desarrollo de la toma de conciencia es hecho esencial a la continuación del proceso revolucionario. En estas condiciones las clarificaciones organizativas se imponen automáticamente. Los tímidos, los indecisos, aquellos que no saben mantener su propia responsabilidad, los dilatantes intelectuales de la revolución, se quedan en casa frente al miedo a la represión: una selección natural facilita el horizonte organizativo y las cosas se aclaran.

Se podría objetar que la toma de conciencia de las masas no es un fenómeno que proceda necesariamente de un modo paralelo

a la situación económica y social en su totalidad, cosa esta última que influencia de gran manera el nivel de lucha. Ciertamente entre los dos hechos existe siempre una diferencia, que puede influir sobre las formas concretas que el movimiento anarquista puede escoger cada vez, para insertarse en lo más vivo de las contradicciones que este desarrollo acaba por determinar. Pero, en cualquier caso, no podrán ser nunca descompensaciones tales como consentir o hacer valida y aceptable una abstracta teorización organizativa, en el mejor caso basada en la consideración exclusiva de las condiciones económicas y sociales de un momento histórico dado.

Si las crisis que el capitalismo afronta y resuelve poco a poco, no es un hecho ligado a las condiciones de su estructura económica y social, la acción de las masas explotadas puede hacer cada vez más difícil ésta solución. Y determinar salidas revolucionarias cada vez mas maduras y completas, desde las primeras fases de revolución económica hasta las últimas de la revolución social. Ahora bien, la consabida acción de los anarquistas puede empujar este proceso a la revolución social, a condición únicamente de

que su estructura como instrumento activo y no sólo como mero componente ideológico, esté en situación de mantener constante la relación con el continuo desenvolverse de los niveles de lucha de las masas. Toda desarmonía en este contacto tiene como resultado inmediato el aislamiento de los anarquistas, la fácil victoria de los cuadros autoritarios, el fracaso sustancial de la revolución.

Según lo que hemos dicho, podemos analizar una relación concreta, la que tiene lugar con los sindicatos durante la lucha. Como habíamos visto esta copresencia reviste caracteres muy peligrosos, tanto en la fase pre-revolucionaria como en la inmediatamente sucesiva a la revolución.

Si la llegada a la revolución ha sido un hecho pilotado por un partido y realizado siguiendo la acción de una minoría bien organizada militarmente, capaz de arrastrar a las masas pero de cortar el impulso, al mismo tiempo de cualquier iniciativa espontánea de estas últimas, la acción de los sindicatos puede ser únicamente la de entregar armas y provisiones al partido revolucionario y, con ello, poner a los trabajadores en manos de la nueva clase, dirigente y explotadora.

Si la revolución ha sido un hecho eminentemente burocrático, una crisis de poder a nivel central como en la Hungría de los consejos, los sindicatos se autodefinen como el poder en primera persona y garantizan al Estado el cambio sin daños en la estructura de producción. Teniendo buen cuidado de disimular cualquier tentativa original y espontánea de las masas hacia una liberación definitiva.

Finalmente, si son los trabajadores, espontáneamente, como en Rusia, en Alemania, en Italia, los que toman la iniciativa constituyendo sus organizaciones de base, sus consejos y declarando la guerra a la estructura de explotación, los sindicatos se ponen inmediatamente de parte del poder e intentan negociar lo más suavemente posible el paso a la fase sucesiva normalización y centralización. En una fase ulterior de concentración, como sucedió en Rusia en el momento de la aparición del estalinismo, serán los mismos sindicatos los que perderán terreno frente al partido.

Es indispensable, por tanto, que las minorías anarquistas tengan presente las relaciones sindicato-masas, con el fin de clarificar oportunamente la evolución del papel sindi-

cal en cuanto su integración con el poder. Al mismo tiempo, es indispensable que la acción concreta y la organización misma de las minorías anarquistas se adecue al desenvolvimiento de las relaciones mencionadas, actuando como elemento alternativo y elemento de empuje de las organizaciones autónomas de trabajadores, dirigidas a la construcción de la autogestión de las luchas y de la producción.

No es posible prever el estado de la economía durante y después de la revolución. Hechos de gran importancia entran en juego en el momento de la crisis decisiva, hechos de menor importancia, pero igualmente determinantes, permanecen actuando dentro del sistema entero, de tal que hacen superficial cualquier pretensión analítica de gran aproximación. No es posible confeccionar un programa detallado, pero es posible ver algunas cosas con claridad. La presencia del control Estatal es un hecho negativo, que obligatoriamente determina las condiciones sociales con el fin de planificar la economía en una cierta dirección. Por el contrario, la economía post-revolucionaria deberá ser necesariamente una economía natural, en la

que tras la producción la distribución vendrá asegurada en base a acuerdos horizontales entre los productores (que por otro lado son los mismos consumidores).

3.- EL SISTEMA DE VALOR.

Al lado del problema organizativo de la lucha revolucionaria y de la futura organización post-revolucionaria está el problema del sistema de valor a dar la economía socialista autogestionada, una vez destruida la alianza contrarrevolucionaria.

Dificilísimo encontrar una "unidad de medida", para regular, en situación post revolucionaria la producción y la distribución comunista. Una vez resuelto, este problema permite desechar el uso de moneda y eliminar todas las consecuencias que su presencia ocasiona. Del mismo modo cae el mercado de precios y los intercambios se fijan sobre una base distinta.

Marx ha dejado algunas indicaciones, muy importantes, sobre la posibilidad de realizar este paso basado en el tiempo de producción de los diversos productos. Pero, como de costumbre, su razonamiento, resul-

ta escasamente utilizable (más allá del dato técnico en sí mismo), a causa de la referencia constante a la organización estatal "en vías de extinción".

Este contraste es muy importante. En una dictadura del proletariado, y admitida la tendencia a su progresiva eliminación, se deduce que el paso de una economía de mercado a una economía autogestionada debe seguir el progresivo debilitamiento mencionado, es decir debe permanecer sujeta a los acontecimientos políticos de una clase dirigente que , como tal, no tiene ninguna prisa en ceder el mando. El conjunto se transforma en una lucha ente las fuerzas populares dirigidas a la creación de la nueva organización de la producción y la distribución y las fuerzas antipopulares dirigidas a retardar este proceso.

De ahí, en nuestra opinión, la imposibilidad de utilización de la tesis marxista en su totalidad. Junto a los núcleos de organización autónoma de trabajadores, en la dimensión capitalista, es posible distinguir un proceso de concentración y centralización del capital: los marxistas prefieren poner el acento sobre este último fenómeno, dejando

aparte al primero. De este modo, se cierra el camino de la aplicación de la tesis de Marx que hacen referencia a la organización de productores libres e iguales.

En cualquier caso, son contradicciones internas de los cuadros marxistas que aquí nos interesan hasta cierto punto. Que la futura organización de la producción y de la distribución debe adoptar una forma distinta de la que asumen la economía de mercado típica del capitalismo es un hecho indispensable para el futuro mismo de la revolución; y es a este hecho al que debemos prestar atención.

Al abolir el mercado "libre" capitalista surge el problema de encontrar una unidad de media que pueda resolver la dificultosa contabilidad de base cuantitativa de los géneros producidos e implicados en la producción. Esta unidad de medida ya no es el precio, porque en ese caso estaríamos en el "libre mercado" capitalista o en un centro encargado de gestionar la economía en su totalidad, Por lo tanto debe ser algo distinto. Puede ser, según la hipótesis de Marx, el tiempo de producción, pero en una economía verdaderamente comunista, puede incluso llegar a desaparecer totalmente, como vere-

mos mas adelante.

En este sentido es interesante el trabajo desarrollado por "Comunistas Internacionales Holandeses" (G.I.K.H.), que de forma sencilla intenta resolver el problema de la producción en general. La formula propuesta es la siguiente: "medios de producción" + "materias primas y subsidiarias" = "fuerza del trabajo" +"producto".todos los componentes de la fórmula de horas laborales. De ahí la necesidad de una contabilidad social general que sea el resumen ideal del proceso económico y que constituya un control verdadero de la base sobre todo él. En cuanto a la hacienda pública (es decir lo que no da un producto en el sentido normal del término) deben afrontarse problemas específicos. Por ejemplo en lo que respecto a la universidad.

Partiendo siempre de la fórmula antes mencionada se obtiene, desde los costes de una sola fábrica de un solo sector, a los del sector entero y, a partir de éste, los costes de la producción total. Todo procede de este modo sin necesidad de un control desde arriba haciendo posible una economía autogestionada directamente por la base.

Aparte de los problemas y las limitacio-

nes que surgen de esta propuesta de medida, la primera condición para que pueda funcionar razonablemente es que la producción y la distribución comunista se organicen sin ninguna intervención por parte del Estado, o de cualquier organismo central. La unidad productiva de base, los núcleos de producción, los grupos autónomos, los consejos, o como se les quiera llamar deben ejercitar ellos mismo la represión de la contrarrevolución que los marxistas insisten en asignar al Estado incluso después del comienzo de la revolución.

"Cualquier partido que, como parte de los trabajadores, aspire al poder estatal y se erija en aparato estatal, tras la toma del poder, intentará sin duda poner bajo el propio control la producción y la distribución y reproducir este control para el mantenimiento de las posiciones obtenidas. Si se tiene el control de la mayoría por parte de una minoría, entonces continuaran también la explotación. El sistema de consejos no puede dejar subsistir a su lado ningún Estado a menos de quedarse sin poder él mismo. Pero sin este poder estatal separado de la sociedad, cualquier planificación de la producción y de la distribución puede ser realizada por el siste-

ma de consejos. Los organismos de planificación se convierten en una administración, al lado de otras administraciones que se funden en un único sistema de consejos. En este sentido debemos añadir que también la clase obrera en su composición va al encuentro de cambios continuos... El sistema de consejos basado en pequeños organismos industriales determina la estructura de la sociedad y obliga a las otras clases, por ejemplo a los campesinos independientes a entrar en sistema económico-social llegando a ser parte de él. En los últimos 40 años, la clase obrera, es decir el estrato que recibe una paga o un salario, ha aumentado, pero –en relación a la población- el número de trabajadores industriales ha disminuido. Una parte de los empleados trabaja junto a los trabajadores manuales en las fábricas, otra parte en el campo de la distribución y la administración. Puesto que la producción depende cada vez más de la ciencia, y las fuerzas productivas de la ciencia "tendencialmente" superan a las del trabajo directo, también la universidad, al menos en parte puede ser vista como una "fábrica". Los cambios de la organización en el trabajo contiene una superación de

la división del trabajo de la división entre trabajo manual e intelectual, entre oficina y fabrica, entre obrero y encargado: es un proceso que mediante la participación de todos los productores en la producción ahora ya socialmente orientada, puede llevar a un sistema de consejos que comprenden efectivamente a toda la sociedad y con ello poner fin al dominio de clase". (P. Mattick).

Un sistema de medida que se funde sobre el tiempo de trabajo va al encuentro, por sí mismo, de algunas dificultades que será necesario resolver. Intentemos exterminarlas.

Un importante elemento de reflexión viene dado por la tesis que una vez implantado el sistema de cálculo de la producción en base al tiempo social medio, será necesario adecuar todo el sector productivo a la empresa que produce a costes medios menores, es decir que produce con una combinación más cercana a la media del trabajo social para todo el sector. Se trata de una visión demasiado esquemática del problema y no está totalmente exenta de algunos preceptos típicos del capitalismo, entre los cuales el de la productividad. De este modo el complejo desarrollo de las luchas obreras permanece

ligado a condiciones especificas ambiéntales sin superarlas, es decir sin ponerse problemas relativos a la productividad del trabajo que hoy nos parecen fundamentales y que, a un cierto nivel, son muy debatidos.

En este sentido, como decíamos, se deben señalar oportunamente, hablando de problemas autogestionarios, los problemas de la automatización, de la información, de los mejoramientos técnicos, del empleo de la energía nuclear con fines pacíficos; problemas que transformarían notablemente todos los análisis de medida, como el mencionado, aunque sin hacerlo totalmente inutilizable. Tenemos por tanto una perspectiva social de desarrollo industrial de progresiva sustitución de la industria cuantitativa o dirigida a satisfacer el consumo social. No sabemos hasta qué punto, en esta dirección, se puede todavía reformular con nuevos datos, la tesis de "tomar del montón". Ciertamente con el problema de la reducción de la "fuerza de trabajo", en la misma ecuación que hemos visto anteriormente, aún permaneciendo términos cuantitativos que en cualquier caso serian revisados, queda abierta la problemática de la aceleración de la acumu-

lación social, que sustituirá a la acumulación capitalista y dirigida a proveer todas las transformaciones necesarias para que se pueda verdaderamente hablar de "comunismo" de un modo concreto.

Aquí esta, en nuestra opinión, el punto más interesante del problema: este proceso de acumulación puede ser impulsado de tal forma que garantice un enorme éxito de la productividad y en un tiempo razonablemente breve. Al contrario, en el sector de las realizaciones y de las relaciones entre los hombres, se podría verificar la cristalización de una estructura dirigida a regular desde lo alto (es decir a retardar) el mismo proceso para fines totalmente diferentes de los objetivos comunistas. De este modo el primer y único problema, que condicionaría una vez más la "lógica" de una contabilidad social inmune al cáncer monetario, es la supresión de una gestión centralizada.

Otro problema viene dado por las relaciones entre la situación interna del país en gestión capitalista, con su proceso de acumulación y la gestión de otros países, en otros términos el problema de la estructura internacional de acumulación. Así, quedaría por

resolver el problema surgido con la ruptura con el proceso de explotación a nivel internacional y que en el interior de una economiza dual como la italiana, se refleja en la situación nacional. El imperialismo internacional está en el problema del subdesarrollo nacional. La base de los trabajadores debe tener en cuenta estas condiciones si quiere realizar una organización horizontal directa y eliminar lo antes posible la injerencia de las estructuras sindicales y partidistas. Por otro lado, la existencia de una zona marginal, objeto de la explotación secular es el elemento propulsor, a nivel internacional y a nivel nacional de la revolución. Así es como se elabora objetivamente el proyecto revolucionario. Así es como las relaciones agricultura-industria encuentran una clarificación elemental, sin los trastornos que caracterizan el análisis de la zona de máximo desarrollo.

Todo esto permite contemplar una pluralidad de análisis sobre el viejo movimiento obrero en su fase evolutiva que no pierden de vista las condiciones objetivas de fondo, que hacen validos, en cierta situación de explotación, análisis y contrastes que normalmente deberían considerarse superados. Si a todo

esto, como hemos dicho, se añade la ambivalencia sustancial de la economía desarrollada, incluso a nivel de la mencionada realidad del futuro, si se añade que, en Italia, el meridione con todos sus problemas, está a dos pasos de Milán y Torino; se llega a la conclusión de que una mayor exactitud en los detalles seria deseable. Despreciar completamente los modelos insurrecciónales del pasado, abrasando una metodología futurista que acaba por desaparecer todo en las tinieblas, es un terror semejante al que puede empujar una aceptación de los viejos modelos analíticos sin ningún sentido crítico.

Particularmente interesante es la aplicación de estos analíticos a la situación italiana actual y al equilibrio tradicional determinado por la fractura norte-sur en la economía capitalista de nuestro país. Intentemos trazar, en grandes líneas, las condiciones más importantes de este grave problema.

Diversos puntos de vista llevan a diversas consideraciones de la mencionada "cuestión meridional", referencia constante de todos los políticos reformistas y de no pocos teóricos revolucionarios.

Hoy podríamos preguntarnos: ¿existe

una "cuestión meridional"? Desde luego, en Italia, existe un problema de desfase en el desarrollo económico nacional, un problema que determina fuertemente la crisis económica y que se podría reducir a la dimensión geográfica de un Sur agrícola, subdesarrollado y escasamente industrializado, y de un Norte muy industrializado homogéneamente representado en las luchas de la clase obrera. Pero un esquema de este tipo sería falso por varios motivos.

Ha sido el esquema marxista, con su característica de guía revolucionaria, quien ha dado la validez definitiva a esta repartición, deseada, por otros motivos, por teóricos burgueses hace más de cien años. Pero, incluso en teóricos ortodoxos como Lenin o Gramsci, está claramente presente el papel revolucionario que pueden desempeñar los campesinos. Si los obreros hacen la revolución en las fábricas, los campesinos la hacen en el campo y encargándose del ejército en amplias zonas, pueden conseguir la victoria revolucionaria. Los campesinos adheridos a facciones contrarrevolucionarias impiden la victoria de las fuerzas del trabajo. Pero todo esto no esconde la sombra de una sospe-

cha: los campesinos continúan siendo, para los marxistas, una masa de mano de obra instrumentalizable en condiciones coactivas a favor de la revolución, pero intrínsicamente reacios a cualquier transformación radical, conservadores, sino reaccionarios. Los motivos de este juicio: su inestabilidad, la tendencia a rehusar cualquier tipo de asociación política.

En efecto, analizando la situación italiana hoy, las perspectivas revolucionarias están ligadas a ciertas condiciones de atraso y de desarrollo que no pueden ser analizadas en base a la geografía de un modo neto. Si en el Sur existen condiciones objetivas de atraso, existe también una clientela, transferida por la vieja clase política basada en el baronazgo, a la nueva, basada en la burocratización de la estructura; si en el Norte existen situaciones de desarrollo industrial, existe también, y son muy notables, trazas de subdesarrollo determinadas por un tumultuoso fenómeno migratorio y por una explotación típica de las industrias colaterales.

La clase obrera, especialmente de los grandes centros industriales, está ligada a las organizaciones políticas reformistas a

través de la burocracia sindical. Esta situación de hecho puede ser invertida, es decir puede verificarse un movimiento espontáneo de ruptura que coloque a los obreros más allá de los objetivos sindicales y que obligue a los sindicatos a recuperar afanosamente. Esta eventualidad ya se ha verificado en el pasado, se está verificando en estos días a propósito de la "desobediencia civil" de aquellos grupos de trabajadores que han rehusado, en varias ciudades italianas, pagar el aumento en las tarifas de trasporte urbano. Se verificará seguramente en un futuro. Queda, en cualquier caso, el hecho de que la política de los partidos reformistas de la izquierda italiana, y en particular del P.C.I.[17] es la de un desarrollo coordinado de las estructuras productivas, de modo que se elimina cualquier foco revolucionario. La vieja alianza, derivable de la tesis gramsciana, se ha extendido de tal modo que incluye también a la pequeña burguesía, y a los grupos más reaccionarios de la burguesía media. La distinción ficticia entre revolución democrática-burguesa y revolución proletaria ha desempeñado el papel de conten-

17 Partido Comunista Italiano.

ción de la revuelta. Todo esto hace que la clase obrera tenga dificultades en adoptar una actitud revolucionaria incluso frente a los hechos objetivamente determinantes en este sentido. La ocupación de las fábricas es un signo tangible. Hoy no siempre es posible hablar de ocupaciones y de autogestión de las fábricas en el seno de los grandes organismos de masas, en el seno de las burocracias sindicales. La mayoría de las veces se tiene la impresión de que estos hechos son mitigados, como en Sorel, con la esperanza de huelga general. Un hecho enviado al infinito, en el campo probable pero desconocido del futuro.

La complejidad del problema anteriormente expuesto, típico de Italia, conduce a formular la tesis del patrón medida de la unidad productiva, en base a una dimensión muy distinta de la exclusivamente El intercambio desigual capitalista saliendo fuera del restringido círculo de la fábrica se coloca en una perspectiva nacional diferenciada que reproduce, en pequeño, las diferencias de la perspectiva internacional con sus zonas de pasto para grandes potencias. De este modo crece la dificultad de realizar rápidamente

un sistema de contabilidad socialista, pero se abre una nueva posibilidad, la de adecuar este esquema al desarrollo de la lucha, en otras palabras, construirlo poco a poco, en la lucha concreta. Además de la formula de base, típica de la fabrica, se tendría presente, por consiguiente, una entidad de plus-valor determinada por la existencia misma del subdesarrollo. La acumulación socialista, en la fase revolucionaria, resultaría por tanto de esta entidad, copiada del capitalismo, que, una vez expropiado, haría desaparecer, al modificarse, las condiciones objetivas de desigualdad.

Pero la diferencia en el desarrollo es también un elemento del proyecto revolucionario que no es posible separar netamente del proyecto organizativo si no se quiere, como habíamos visto, reducir este último a inútil pensamiento de intelectuales.

4.- UNIDAD PRODUCTIVA DE BASE.

La creatividad, la espontaneidad, la pureza revolucionaria de las masas, son hechos que pueden desbaratar cualquier estructura opresiva y cualquier falso profeta, pero no

debemos abandonarnos al optimismo. La situación determinada por el apoyo dado a los empresarios por las organizaciones de izquierda y por los sindicatos es extremadamente grave. La disponibilidad afectiva revolucionaria de las masas, disponibilidad ligada a situación de indigencia y de atraso, de miseria y de subdesarrollo podría no bastar por si sola, para hacer reales las condiciones necesarias de la revolución, si la otra parte de los trabajadores, con los obreros industriales a la cabeza quedará súbitamente ligada al reformismo.

La disponibilidad revolucionaria no corresponde nunca al potencial revolucionario de una clase. La primera ésta unida a hechos que se colocan a "breve plazo", el segundo a hechos a "largo plazo". La disponibilidad revolucionaria permanece ligada a hechos que no pueden ser atacados por la corrosión del cebo del poder. Estos hechos están, en primer lugar, ligados a la misma estructura de la crisis económica, que tiene su propio ritmo, que no siempre corresponde al ritmo gradual de las organizaciones vendidas al capital. No hay que olvidar que, en definitiva, aunque recurrieran a procedimientos

dignos de un acróbata, los capitalistas no podrían nunca anular la contraposición de clase porque anularían la explotación y con ello reducirían a cero la tasa de beneficio. Esta realidad puede ser camuflada por una "ideología colaboracionista" pero no puede hacerse desaparecer.

"El que no quiere ni capitalismo privado ni capitalismo de Estado, debe aportar otras realidades en la vida social y otro tipos de organización económica. Y que esto solo pueden hacerlo los productores, y únicamente reagrupados en organizaciones, juntos en las fabricas, en la industria, etc. Ellos deben organizarse de modo que dispongan, por medio de su organización asociativa, de los medios de producción y de esta forma organizar toda la vida económica de base asociativa" (Lehning[18]).

Pero esta organización de productores debe estar en manos de los mismos productores, y por ello ser tal que en ningún caso pueda intervenir un impedimento de acción en defensa de los objetivos intereses de los trabajadores, fijados y determinados por ellos

18 Arthur Lehning (1899-2000) Anarquista Holandes, fundador del Internacional Instituut Voor Sociale Geshiedeing.

mismos. Ahora bien, donde esto se considere tal como es no puede darse la persistencia de la organización sindical, aun cuando se tratase de una organización anarcosindicalista.

Pongamos que se discuta el problema de la ocupación de una fábrica. El interés inmediato de los trabajadores es el de la continuidad del salario. Interés muy limitado que no conlleva al menos una cierta dimensión bastante cercana al que vivimos en Italia todos los días- una puesta en discusión de la sacralización del trabajo. Por el contrario se podría dar la posición inversa, es decir que los intereses obreros inmediatos fueran los de la destrucción del trabajo, la actuación de las técnicas de sabotaje que determinarían una situación precisa de conflicto en las relaciones con los ofertantes del trabajo. Por su parte, los dirigentes sindicales pueden tener sus ideas, bien definidas sobre que debe entenderse en una gestión persistente del capital, por autogestión de una fabrica; sobre que debe entenderse por relación entre autogestión y destrucción del trabajo y así sucesivamente. Es decir puede que quieran "demostrar" algo más, algo que queda siempre "más allá" de cierto intere-

ses objetivos y contingentes, que deben ser analizados y vividos por los propios trabajadores, de forma autónoma. Ciertamente cualquier cosa puede contribuirá a hacer crecer el movimiento obrero en su complejidad, pero no debe ser una coartada para contrabandear decisiones del vértice bajo el nombre de los intereses de los trabajadores.

El problema no cambia cuando son los anarquistas los que utilizan la estructura sindical, por el contrario, en el caso de que esta estructura no exista, en el caso de que los compañeros más preparados hablen en nombre de un grupo productivo, que tiene intereses objetivos y precisos e intente obtenerlos a través de acciones precisas, coordinadas por el grupo y sostenidas por la intervención de compañeros desde el exterior: todo se acaba ahí, el razonamiento puede alargarse sin medida, llegar a ser un razonamiento social y político, abarcar una visión total del mundo, pero siempre sin peligro alguno: ninguno hablará o actuará en nombre de una estructura en nombre de una organización que, en definitiva, debe existir y defenderse para ello.

En este sentido, el caso del anarco-sindi-

calismo Sueco es rico en enseñanzas.

Suecia, como otros países nórdicos (Noruega, Dinamarca, Holanda) es un Estado donde a nivel superficial se ha difundido una ideología de "bienestar garantizado", de "tutela social por parte del Estado". De forma todavía más radical algo similar existe en nueva Zelanda y en Australia. La S.A.C. (Sveriges Arbetares centralorganisation) es el órgano anarcosindicalista bastante difundido y bastante representativo. Veamos como justifica el abandono de la tradición táctica anarquista por el más rancio reformismo, uno de sus representantes.

"La población es conciente de haber realizado, creándola, una situación particular, de ahí que la seguridad, que han obtenido desde que nacen hasta que mueren les haya impedido escuchar a los profetas de la revolución lo que implica la lucha en las barricadas y la destrucción total del sistema social existente".

"Los anarcosindicalistas han tenido sus experiencias y han sacado estas conclusiones que consideramos válidas sólo para situaciones sociales iguales a las de Suecia. Si la S.A.C ha abandonado la propaganda insurrecional y ya no quiere conducir una agitación con

miras a la destrucción de todas las demás fuerzas sociales, ha elegido este modo de actuar por que es imposible proceder de otro modo en este país. La población piensa en términos pacifistas y si nosotros intentamos conducirla a acciones revolucionarias caemos en el ridículo y provocamos una antipatía general. Las acciones violentas en una sociedad altamente pacifista tendrían como resultado asimilarnos con el elefante que entra en una tienda de porcelana" (E.Arvidsson).

Esta es la única alternativa, mientras la base trabajadora en Suecia busca nuevos caminos, dirigidos a la destrucción del trabajo, a la consecución del tiempo totalmente libre, a la destrucción de un Estado que impone el bienestar colectivo obligando a los hombres a continuar ciertos tipos de trabajo e impidiendo que sean ellos los que escojan el que quieran; mientras la base trabajadora, en el más oscuro agujero, en una angustia más terrible que la de la miseria (no olvidemos el suicidio y otros fenómenos colaterales), intenta nuevos métodos, adecuados a la estructura de poder que debe combatir, la ceguera de los dirigentes anarcosindicalistas

todavía habla de la insurrección en términos de “ elefante en una tienda de porcelana”.

El caso está clarísimo: en la presencia de la estructura, a menudo (o mejor siempre) se establece una ruptura entre los intereses económicos de los trabajadores, que ellos advierten en forma clara y distinta, y la visión de los dirigentes obreros representantes del sindicato, que tienen una perspectiva muchas veces no sólo deformada y objetivamente peligrosa para los trabajadores, si no incluso ridículamente atrasada.

Por tanto deben ser los mismos trabajadores los que conozcan y vigilen sus propios intereses, mediante la unidad productiva de base, ligada a la dimensión laboral.

Pero, antes de terminar este específico argumento, debemos dar cuenta de otros dos peligros que se oponen a esta vigilancia autónoma de intereses: el peligro de la confusión de los instrumentos de la autonomía con otros instrumentos sólo aparentemente similares y el peligro que proviene de la contaminación que aparece en el interior de la clase trabajadora por parte de la moral burguesa. Examinémoslos separadamente.

La necesidad de ver en la autogestión un

medio de liberación de la explotación que, al mismo tiempo, escapa a su plena realización, ha llevado a muchos compañeros a idealizar algunos instrumentos capitalistas que, por su composición técnica se parecen a la autogestión en cierto sentido. Es el caso de las cooperativas.

"El proletariado se esfuerza en realizar rápidamente, combatiendo con sus sindicatos, los intereses de clase que se encuentran con el progreso social; después fija las bases de la nueva sociedad por medio de la cooperación. Es verdad que la cooperación, tal como se realiza hoy en las cooperativas obreras, no se parece en nada a la nueva sociedad, se trata solamente del germen, cargado de las deficiencias que provienen del conjunto social. La cooperación no resuelve el problema, no produce armonía de los intereses, no asegura el bienestar y no puede hacerlo porque el símbolo monetario, la competencia, la propiedad, etc., la transforman en una sociedad comercial que se une a las demás, la convierten en burguesa y la constriñen a pararse ante la idea colectiva de la socialización total. Pero la base cooperativa sobre la que se regirá la sociedad futura ya está

inventada, el empuje a la cooperación libre ya se ha dado y se modela ya como podrá funcionar la futura sociedad".

"Las cooperativas obreras no pueden luchar contra la unión de los capitales burgueses. Por el hecho de ser una sociedad de capital obrero y cuyos beneficiarios no pueden ser más que los mismo miembros, las cooperativas limitan la práctica de la solidaridad. Pero el trabajador se forma, aprende a administrarse, a hacer funcionar la producción y la distribución de los productos sin necesidad de protectores ni de clases dirigentes. Supongamos por un momento que la revolución a sorprendido a la propiedad privada y a sus defensores, la autoridad; que los medios de producción y de transporte están en manos de los trabajadores; extendamos esta cooperación de la producción y del consumo a través de otras federaciones, en las diversas localidades, regiones, naciones, hasta llegar a toda la humanidad, supongamos que al mismo tiempo se han establecido las necesarias estadísticas para que en cada momento y en cualquier lugar se pueda saber exactamente en qué zona los productos y las necesidades son mas numerosas, de

modo que se pueda distribuir los primeros según la demanda. De este modo habremos organizado las líneas generales de la futura sociedad, basándolas en la misma naturaleza: el apoyo mutuo, la cooperación en todos los aspectos de la vida, a beneficio de todas las razas humanas". (J .Prat)

Debemos entender la peligrosidad de un discurso como el anterior, si se quiere difícil de analizar. A parte de su peligrosidad semejante a la del razonamiento sindical por su complejidad, existe otra, a veces presente en Kropotkin, de creer en fuerzas automáticas de liberación en el interior de la estructura capitalista.

Bien considerado el razonamiento se aproxima a otro marxista y, en cualquier caso, no se libera del presupuesto determinista. El marxista dice que las fuerzas vitales del capitalismo son esenciales para que se desarrolle la posibilidad de la construcción de la nueva sociedad tras la revolución. No resaltan de modo acertado el crecimiento de la conciencia autogestionaria de los trabajadores puesto que no es ese su interés, en cuanto creen poder utilizar un organismo directivo que regulará todo.

En un razonamiento como el anterior,

incluso los anarquistas distinguirían en el interior del capitalismo no sólo un componente tecnológico a utilizar (pobre de medios productivos), sino también un componente psicológico y autogestionario que en nuestra opinión, no existe. De la cooperativa de hoy, podrá salir mañana un espíritu autárquico y corporativo, que niegue la lucha de clases y cualquier sentimiento de solidaridad. La experiencia de las cooperativas "rojas" hoy en Italia es clarísima. El PCI ha creado una red de pequeños propietarios, explotadores ocultos de una clase asalariada (los dependientes de las cooperativas) sobre la que se basa por construir su propio imperio electoral.

En el momento post-revolucionario no podrá haber en nuestra opinión, un paso repentino e improvisado a la organización autogestionaria de la producción (y de la lucha), si, primero, en la fase de la cruenta lucha de clases pre-revolucionaria no se ha partido de una estructura de lucha autogestionaría. En este sentido el pensamiento de los anarcosindicalistas está en desacuerdo con nosotros.

"Cuando toda la riqueza social se habrá puesto a disposición de todos para producir,

intercambiar y consumir, la necesidad de un entendimiento general se impondrá como ley natural. Los productores se agruparán en diversas asociaciones, unas se ocuparán de la producción de alimentos, otras de la producción de la vestimenta, otras de la construcción, etc.

A su vez, las asociaciones se reagruparán, constituyendo grupos de asociaciones, y gracias a esta organización sectorial, se constituirá una gran federación de sociedades autónomas que abrazará en una amplia síntesis la inmensa variedad de la vida social, reunirá a todos los hombres bajo la bandera de una felicidad real y positiva."(R. Mella[19])

Este reenvió al "sucederá" nos parece peligroso. Es necesario organizarse primero de forma autogestionaria de cara a la lucha. Como hemos visto, todas las tentativas de realización de unidades productivas autogestionarias en gestion capitalista no se diferencian de otras formas de lucha del proletariado, aunque sean verdaderamente autónomas. Lo esencial, es la autonomía, en cuanto ésta es solamente la que puede salvar los intereses "verdaderos" de los trabajado-

19 R. Mella (1861-1925) Uno de los primeros teoricos anarquistas del territorio español.

res de la probable confusión con “falsos” intereses por parte de determinados grupos minoritarios o que surgen, de modo sistemático, del uso de medios no idóneos.

Llegamos al último de los obstáculos examinados: la presencia de una moral extraña a la clase trabajadora.

Si la “religiosidad” es la condición esencial para colocar la lucha de la clase obrera bajo el dominio de la élite ascendente, dirigida a la conquista del poder, la moral burguesa llega a operar, en el seno de la clase obrera, una selección radical, estableciendo la existencia de un estrato privilegiado que más tarde será el primero en ser instrumentalizado por la élite en cuestión.

El motivo es simple. Los valores de la moral burguesa, moral de comerciantes, persisten íntegros en la clase obrera. En base a éstos se opera una ruptura entre “especialistas” y “sin cualificar”, entre trabajadores provistos de calificación profesional o, que tienen un trabajo fijo, “decente”, “honorable”,”bien considerado socialmente”; y trabajadores que viven al día, presentes en general en las grandes ciudades, esta distinción, se hace todavía más aguda en lo que

respecta a los llamados delincuentes, marginados, de forma drástica por obra del mismo mecanismo. El marxismo, típico producto de la mentalidad moral burguesa, ha insistido muchísimo en este punto, poniendo al subproletariado fuera del discurso revolucionario, mirando con ojos sospechosos, lavándose las manos cada vez que se veía obligado a acercarse a él.

Lo peor es que la tesis no sólo es un parto literario de los padres de la iglesia marxista, sino un sentimiento común en la masa, un sentimiento entre tantos otros con origen corporativo que, por intereses concretos, no ha sido combatido por los reformistas. El colaboracionismo de estos últimos, de hecho, impedía una acción de este tipo habría llevado al poder a situaciones de conflicto no siempre recuperables.

Tenemos por tanto: la religiosidad en general que determina ala aceptación de guía, concretizada en la élite ascendente, y la moralidad que puede reducirse en principio a un aspecto particular de la misma religiosidad, que opera un profundo quiebre en el interior del movimiento autónomo de trabajadores, poniendo la base para la futura intrumentali-

zación por parte del futuro poder.

El primer resultado de este segundo residuo es el rechazo de cualquier tendencia espontánea en cuanto a la organización de la lucha, a cualquier recurso a la ilegalidad, cualquier acción que se salga de los "canones" de la moralidad al uso, explotada con arte por la burguesía durante tantos siglos. La ruptura en el interior del movimiento obrero provoca un quiebre incluso en la elección y en la actuación de la estrategia de lucha.

No queremos abrir aquí una discusión que necesitaría profundizarse, sólo queremos decir que el germen de la moral burguesa es tan dañino si no se extirpa a tiempo, que puede provocar una ruptura de notable importancia en el interior de la clase obrera, impidiendo la visión exacta de los intereses específicos de clase.

Incidiendo en el tema se nos ocurre que si la "religiosidad" de la venganza es fruto esencial de la explotación, pertenece por tanto a la clase de trabajadores; en cambio la concepción burguesa de la moral no es fruto de la explotación, sino adoptada por la clase productora a causa de la contaminación con la clase pequeño-burguesa, no

siempre fácil de distinguir de los productores en sí mismos.

Todos los esquemas de los que las páginas de los marxistas están llenas, ciertamente no ayudan a profundizar esta distinción. A esta clase de pequeños-burgueses pertenecen los comerciantes (distribución), los administrativos (control), los esbirros (represión). Los comerciantes representan la pequeña burguesía tradicional con su anticuada forma distributiva y en vías de transformación, por lo menos en los países de capitalismo avanzado: su moral se ha fundido sin embargo a otros estratos, como por ejemplo al de los productores especializados. Los administrativos representan los encargados del control de circulación del valor abstracto capitalista: son la clase estúpida y retrógrada, más ligada a una visión de la vida fundada sobre valores del pasado, atenta en la defensa de los privilegios obtenidos. En la fase de fuerza creciente del Estado, esta clase se identifica con la burocracia. Los esbirros son los dedicados a la represión: entrarían en esta clase los hombres políticos, los sindicalistas, policía, los curas y todos aquellos que viven al margen de la clase productora, reprimiendo

y ayudando a reprimir cualquier tentativa de revuelta. Toda esta buena gente exalta la moral burguesa y garantiza la continuidad. El estrato especializado de productores, identificable en cierta medida con el proletariado industrial, por su situación de privilegio, acaba por aceptar esta moral, imponiéndola, con su juicio negativo, sobre la clase proletaria.

Para concluir debemos ver, brevemente, la conexión entre organización autónoma de trabajadles y economía. Y cuál es la única que garantiza un concreto fundamento frente a los peligros determinados por las desviaciones que hemos visto hasta aquí.

Los grupos autónomos deben asumir la función de los núcleos de producción. No es posible otra solución. El trabajador forma parte de la máquina, de la fábrica. La explotación capitalista, todavía hoy, en la era de la electrónica, lo vincula brutalmente a la alienación casi total de la personalidad. Fuera de la fábrica es un pobre hombre acabado que debe irse a la cama para hacer el amor o para dormir. Su fuerza la pierde en la fábrica. Moverlo a la fuerza, obligarlo a ir a las "cuevas" de los revolucionarios es

un error psicológico además de táctico. Sólo una pequeña minoría altamente sensibilizada, puede llegar a esto y siempre dentro de grandes límites. He aquí porque toda organización, aunque se llame anarquista, que parta de un punto fijo para determinar su línea de acción tiene todos los papeles en regla para degenerar en breve tiempo.

Dado por cierto que el lugar verdaderamente revolucionario es la fábrica, el campo, el barrio, etc. Se deben ver las condiciones objetivas de explotación, general y particular, las condiciones del nivel de vida general de la zona, las condiciones entre los diversos sectores de la producción, las relaciones en la totalidad de la zona (Estado), los otros Estados y todavía más problemas. Todo esto determina, en su complejidad, el análisis que necesita hacerse cada vez. Pero, por sí solo no proporciona la posibilidad de que los trabajadores pongan en marcha un mecanismo alternativo de organización.

Ellos deben darse cuenta de que ésta no es una necesidad "revolucionaria", sino una necesidad natural para ellos, una necesidad ligada a la posibilidad misma de supervivencia, una necesidad que les obliga a trabajar

más duro y tal vez a sufrir ahora un poco más para estar mejor después y no sólo ellos mismos sino los demás. El razonamiento revolucionario casi nunca toca directamente a los trabajadores. Por eso el argumento sindical tiene tanto éxito: habla de sus intereses inmediatos y, principalmente, habla de lo que ellos comprenden mejor: su trabajo. El trabajador está ligado al sindicato no tanto porque le de una cierta seguridad en la fábrica, sino porque es su sindicato, lo que une a trabajadores de su mismo sector, gente que tiene problemas parecidos al suyo, con los cuales puede hablar competentemente. No es mezquindad corporativa, es consecuencia directa de la división del trabajo, que no puede ser abolida en un día. Arrancarlo de su ambiente, obligarlo a escuchar discursos que duran horas y horas, hechos por gente que hablan un lenguaje incomprensible tiene como resultado casi siempre hacerlos rechazar cualquier apertura hacia lo nuevo y diferente, hacerlo preferir el barullo de los niños en casa o el ruido ensordecedor del taller.

La revolución deben vivirla los trabajadores a través de la economía. La alternativa entre organización tradicional (sindical y

de partido) y los grupos autónomos de base (fundados sobre la autogestion) puede ser comprendida solamente en el plano concreto de las relaciones económicas y no mediante el filtro de la interpretación ideológica. En este sentido, la clara visión de los propios intereses de clase, visión determinada directamente sin la intervención de las esperanzas y de las ilusiones constituye elemento de garantía.

El hecho económico puede ser organizado sin estructura opresiva de control y sin estructura directiva que fije fines. Esto el trabajador lo entiende muy bien. El sabe perfectamente que es la estructura de la fábrica la que impide la visión completa del proceso productivo y una vez superada esta barrera él puede interpretar el hecho económico en su totalidad. El sabe muy bien que la caída de estos obstáculos significa transformaciones en el interior y en el exterior de la fábrica, en el barrio, en la escuela, en el campo, en toda la sociedad.

El concepto de gestión proletaria, visto a través de la complejidad que estamos acostumbrados a atribuirle, se le escapa. La autogestion, para los trabajadores, es ante todo gestión en los límites de su propia dimen-

sión laboral. Y poco a poco, y en la perspectiva concreta de sus intereses, siempre por sí mismo, aceptará el paso decisivo hacia el rechazo de la ideología de la producción y la destrucción de la dimensión laboral.

En la gestión capitalista, o estatal, la explotación del producto está a favor de pequeños grupos, extraños al productor, grupos de capitalistas y de burócratas, partidos y "managers". En esta realidad, la gestión del producto le falta al trabajador, y con ella, la decisión en la línea de producción y en todo lo demás. La distribución es asunto ligado a la producción. El trabajador sabe que es posible fijar una relación simple entre contribución personal a la producción y producto obtenido, fijando acuerdos de sector y coordinando las fábricas que producen lo mismo; y sabe también que de está relación puede recabarse su derecho a la distribución del producto obtenido. Razonamiento técnicamente complejo, pero vivo en la imaginación del trabajador. Es necesario explicarle con claridad de qué modo este mecanismo, en una economía comunista, puede ser fácilmente realizado, de qué modo puede entrar en posesión de todos los productos que sean

sus “verdaderas” necesidades y de qué modo puede participar en la producción “útil” según sus posibilidades.

Ante esta situación el razonamiento de la organización alternativa bien por sí solo. No puede, de hecho. Pensarse una programación de lucha directa, un plano aunque sea embrionario de coordinación entre producción de los distintos sectores, una lucha por la conquista de la información técnica, el intercambio y la mejora de esta información, si no es en el interior de una dimensión de base autónoma. Filtrando todo a través de las organizaciones de poder (sindicatos y partidos), se obtendrían el resultado de hacer llegar a la base noticias deformadas y totalmente inadecuadas para los fines que se quieren alcanzar.

La primera necesidad es hoy la autogestion de la lucha, organizada desde abajo por pequeños grupos de trabajadores que ataquen al centro de la producción. Esta lucha es la palestra de cohesión para el desarrollo ulterior del conflicto, desarrollo que puede llegar a la conquista cada vez más detallada de la información y a la decisión de pasar a la definitiva expropiación del capital, es decir

a la revolución. Es el trabajador quien establece en qué términos debe estar la relación entre actividad laboral y producto.

Hecho esto, no tiene otra solución que dejar de lado cualquier tipo de organización al servicio del poder capitalista, o de otros poderes, para proceder a la construcción de la autogestion.

En términos más sencillos. Estableciendo que la relación de base del proyecto revolucionario es la relación entre productores y producto, resulta claro que esta relación debe ser igualitaria (a cada una según sus necesidades y a cada cual según sus posibilidades), gestionado por la base (en caso contrario ya no sería igualitario, aparecerían las minorías dirigentes), simple y elemental (abolición de los mecanismos de mercado que acaban por hinchar las necesidades y el aspecto financiero de la producción).

Luchar por la autogestion y la independencia de la organización, significa luchar al mismo tiempo, por la independencia de la organización en la producción. No es posible una distinción cualitativa. En un cierto sentido; ni siquiera una distinción en fases temporales es posible. Cuando los trabajado-

res organizan sus núcleos de base autónoma, se colocan en una dirección completamente distinta de la organización sindical o de partido. Haciendo ésto, ya dejan en claro que quieren gestionar la lucha no solo en el sentido de la elección de instrumentos, sino también gestionar la elección de fines y no sólo de fines de lucha sino también los productivos.

Los principales elementos operativos de los núcleos de base fundados en la autogestion deben por tanto ser:

1. La lucha. Es aquí donde nace la cohesión y se desarrolla el espíritu de clase necesario para constatar, mediante las relaciones de producción, la explotación de clase. Aquí se aclaran también los verdaderos intentos sindicales y de partido. Aquí se construyen los métodos concretos de la acción autogestionada; sabotaje, intento de producción autogestionada, destrucción del trabajo, etc.

2. La organización. Surge de la necesidad de confrontación y de verificación. Se diversifica profundamente según el tiempo y lugar, pero se unifica sustancialmente sobre la base común de los intereses de clase. Cada grupo autogestionado surge en un terreno

social, político y económicamente distinto, pero no pueden resultar incompatibles con respecto a los datos objetivos de la producción: ellos constituyen la esencia objetiva de organización, la misma posibilidad de referencia constante a algo que es unitario.

3. La información. Se conquista destruyendo, poco a poco, la relación de producción, diversificando la división del trabajo, saboteando la producción con el fin de poder estudiar las reacciones y su limitación. Es el momento de la toma de conciencia política mediante la visión económica y productiva en particular.

"Y con tus torpes y nudosas manos
esculpiste tu amor por la libertad,

Y con tus torpes y nudosas manos
abrazaste la Anarquía,

Y con tus torpes y nudosas manos
acariciaste la polvora vindicadora,

Y con tus torpes y nudosas manos
transcribiste apasionadamente algunos
de estos capitulos...

Ante tu repentina muerte en combate,
no me queda más que sonreir por a
verte conocido"[1]

---

1 Dedicatoria de la edición de Cuadernillos Incendiarios al compañero muerto atacando la Escuela de Gendarmeria, el Panky Mauri (Mauricio Morales).